

*Amigos con
derecho a*
Navidad

SARAH RUSSELL
HUGO SANZ



*Amigos con
derecho a*
Navidad

SARAH RUSELL
HUGO SANZ

*Amigos con
derecho a*
Navidad

SARAH RUSELL
HUGO SANZ

Primera edición.

Amigos con derecho a Navidad

©Hugo Sanz. Sarah Rusell

©Noviembre, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Amigos con derecho a Navidad

©Hugo Sanz. Sarah Rusell

©Noviembre, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



—Mamá, ya he hecho la carta para Santa Claus y le he pedido que te traiga un novio —venía con ella en la mano de lo más feliz.

Era preciosa, como una muñeca, con su melena rubia, esa que heredó de mí, y los ojos verdes de su padre.

—Pero, ¿le has dejado bien claro que tiene que ser uno con dinero?

—¡No! Ahora vengo, voy a escribirlo —reía mientras se marchaba hacia su habitación para ponerse en su escritorio.

Paula, mi hija, solo tenía siete años, pero leía, escribía y hablaba muy fluidamente. En el colegio siempre me comentaban lo aplicada que era y la atención que le prestaba a todo, siendo la alumna con mejores resultados de la clase.

Su padre era catedrático en una de las universidades de la ciudad y mi pequeña decía que quería seguir sus pasos. De ahí su vocación por los estudios.

Me casé con Jesús, a la edad de veinticinco años y él, treinta. Nos queríamos muchísimo y veníamos de tres años de relación que fueron inmejorables.

Nos mudamos a una de las casas de sus padres, ya que eran promotores inmobiliarios y le regalaron una a su hijo.

Paula nació al año de nuestro enlace y tres más tarde nos separamos de mutuo acuerdo y sin malos rollos. La pasión se había perdido, pero el respeto, cariño y amistad iban a quedar para siempre y más con el tesoro que nos unía de por vida, nuestra hija. La casa era suya, pero no dudó en ofrecermela que fuese yo, quien que me quedara allí con la niña y él se iba, pero no podía aceptar, ya que era suya.

A mis treinta y tres años me sentía con una vida en calma, nada fuera de lo normal. Había estudiado la carrera de Derecho y trabajaba en el bufete de mi padre, el mismo que me regaló mi unifamiliar cuando me separé.

Lo cómodo es que trabajaba dentro del horario que la niña estaba en el colegio y que estaba justo al lado y por las tardes preparaba los pleitos desde mi casa.

Una vida tranquila en la que disfrutaba tanto de mi trabajo, como de mi hija y en la que me sentía plena.

María, mi madre, había fallecido unos años atrás cuando no superó una operación. Mi padre, Felipe, pese al dolor de perder a la mujer con la que convivió la mayor parte de su vida, se volcó en nosotras y en su despacho, no dejando que la tristeza lo consumiera, cosa que le agradecí porque me habría partido el alma ver que su vida terminaba en el momento que mi madre falleció. Si conmigo tenía pasión, con mi hija, ni hablemos.

Ahora estábamos a pocos días de las fiestas navideñas y a mí, me encantaban, pese a que muchos de esos días mi hija, los pasaría con su padre, pero en cierto modo eso también me hacía muy feliz, ya que él la amaba con todo su corazón y se desvivía por ella. No solo era una gran persona, sino también un gran padre, y eso no se podía negar.

Hoy era el primer día del puente de diciembre e íbamos a adornar la casa con todo lo que habíamos ido comprando las últimas semanas. Paula estaba muy emocionada con ello, además, al día siguiente se la llevaría su padre los demás días y con él también adornaría la suya.

Jesús había rehecho su vida un año atrás con una compañera suya de universidad con la que ya vivía. Laura, que así se llamaba, trataba con mucho amor a mi hija y se lo pasaban muy bien juntas, cosa que yo agradecía en el alma. Aunque conociendo al padre, jamás hubiese permitido que nadie mirase o tratara de otra manera a su princesita.

—Mamá, ya lo he cambiado —anunció al regresar—. He puesto que quiero un novio para mi mamá, que tenga mucho dinero y que tenga un avión privado.

—Sí, señor, apuntando bien alto —reí negando.

—¿Y para qué quieres que tenga mucho dinero si la felicidad no lo da lo material?

—Yo a ti te como. ¿Cómo puedes ser tan bonita? —La cogí en brazos y la abracé.

—Mamá, ¿vamos a decorar ya el salón?

—Claro, mi vida —le acaricié la carita.

Fregué los vasos y platos del desayuno antes de disponerme a sacar todo de las bolsas y las cajas, aunque cuando llegué al salón, ya casi lo había hecho ella.

—Mamá, todo es tan bonito —murmuró emocionada.

—Sí que lo es, cariño —le acaricié la cabecita.

Todo lo habíamos comprado en tonos pastel, ya que no le gustaban los rojos, verdes, dorados ni plateados para decorar. Y como hoy en día había para todos los gustos y colores, pudimos hacernos con una colección que iba a quedar de lo más dulce.

Mi pequeña cogió la Tablet donde veía sus dibujos y puso villancicos de fondo, dando ese ambiente navideño a momento en el que estábamos, y como no podía ser de otra forma, se puso a cantar mientras íbamos montando el árbol con todos sus pisos.

Verla feliz decorando el salón me sacaba más de una sonrisa, pero más sonreía cuando abría sus regalitos y se le iluminaba la cara. Como decía, con mi ex me llevaba genial por la peque, pero es que ella era lo mejor y más bonito que había hecho y que tenía en mi vida.

Cuando quisimos darnos cuenta teníamos todo colocado y el salón había quedado precioso.

^e —Mamá, si mandas una foto a las revistas de decoración, se creen que es el salón de un famoso —dijo tras poner la estrella encima del árbol, para lo que tuve que cogerla en brazos.

—Pues tienes razón, ha quedado de revista —reí.

Habíamos puesto algunas guirnaldas de lucecitas colgando de una pared a otra, emitiendo suaves destellos en blanco que creaban un ambiente cálido y mágico.

El árbol había quedado espectacular, con las esferas en esos tonos rosa, azul, amarillo y verde pastel, y algunos lazos que habíamos colocado alternando con las esferas.

Figuras de renos, copos de nieve y algunos pequeños paquetes simulando ser regalos envueltos con el papel en esos mismos tonos completaban la decoración del árbol.

Incluso el marco de la puerta del salón estaba acorde a la decoración, pues habíamos puesto unas cintas en rosa y blanco todo alrededor y en la parte central de arriba, un lazo en esos tonos con una pequeña estrella rosa en medio.

—Me encanta, mamá, ha quedado de cuento —sonrió feliz, y yo más de verla así.

—¿Qué te parece si hacemos unas galletas con chispitas de chocolate? —propuse.

—¿Pues qué me va a parecer? Que ya estamos tardando.

Me eché a reír mientras me llevaba de la mano hasta la cocina, ese espacio amplio donde las dos disfrutábamos preparando galletas o cualquier otro postre dulce.

Sacamos todos los ingredientes y seguimos escuchando esos villancicos mientras hacíamos la masa para las galletas.

l

Acabábamos de meterlas en el horno cuando llamaron al timbre y al abrir, mientras mi niña se lavaba las manos me encontré a mi padre con una bolsa del asador que había cerca de su casa.

² —Me apetecía comer con mis chicas —dijo.

—Pues pasa, pasa, que ese pollo huele que alimenta —le di un beso cuando se inclinó para acercarme la mejilla

—¡¡Abuelo!! —gritó al verlo— Oh, qué bien huele.

—Otra con buen olfato —rio él.

—Hemos decorado el salón, y ha quedado precioso.

—¿Sí? Voy a verlo, que no me fio.

Dejó la bolsa en la encimera y negué mientras sonreía. Mi padre había traído un pollo asado, patatas fritas, croquetas y ensaladilla. Lo que nos mimaba este hombre no era normal, pero como él decía, éramos y siempre seríamos sus chicas.

Regresaron los dos del salón y cogieron todo para poner la mesa y comer, ese momento que a los tres nos encantaba compartir y donde mi niña le contaba lo que había aprendido en esos días en el colegio.

Y a él le encantaba escucharla, le brillaban los ojos cuando la miraba de un modo único, ella era ese motivo por el que sacó fuerzas cada día después de perder a su gran amor porque, como dijo, no quería que la niña lo viera triste y pasándolo mal.

Después de comer nos tomamos el café con las galletas que habíamos hecho, y mientras la peque y yo recogíamos todo, él salió al coche y volvió con un par de bolsas en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó mi hija, con el ceño fruncido, un gesto que era muy mío, según decía mi padre.

—Pues es que me ha dicho un pajarito que mis chicas han ido muy bien este año en sus respectivas tareas —contestó.

—Yo he sacado buenas notas, ¿a qué sí mamá? —me miró de lo más sonriente.

—Sí, sí, tengo una niña listísima en casa.

¡, —Sois las dos muy listas —comentó mi padre, con una sonrisa de orgullo total—. Os he traído unos regalitos —nos dio una bolsa a cada una.

Las abrimos y sacamos la caja que había dentro, esa que al ver el contenido nos dejó a las dos con la boca abierta.

Eran dos jerséis, del mismo estilo, solo que el de ella era de color rosa y el mío en un tono camel precioso. Y no solo eso, sino que completaban el regalo unas botas de caña alta y pelito por dentro en color beige.

—¡Muero! —gritó la niña y se lanzó a los brazos de mi padre— Me súper encanta, abuelo. Muchas gracias.

—Y a mí, me encantas tú, preciosa mía, que me gusta esa sonrisa que tienes —sonrió.

—Gracias, papá —le di un abrazo—. Son preciosos, de verdad. Pero no tenías que haber comprado nada.

—Y si no es a mis chicas, ¿a quién le voy a comprar regalitos? —Arqueó la ceja.

—Pues también es verdad —sonreí negando.

El resto de la tarde la pasamos los tres en el salón viendo películas típicas de Navidad mientras tomábamos chocolate caliente y esas galletas que nos habían salido buenísimas y de las que al final del día no quedaba ni una.

Me encantaban los días como hoy en los que mi padre aparecía por sorpresa para comer con nosotras y pasar un buen rato en familia, esos en los que faltaba mi madre, pero que, sin estar, siempre estaba.

Capítulo 2



La pequeña desayunaba relajada antes de que su padre viniese a por ella, para llevársela los cuatro días restante del puente que había pillado con el fin de semana.

No dejaba de hacer migas con las galletas en la leche y eso a ella le encantaba. Me tomaba el café junto a ella, pero yo era incapaz de comer nada hasta más tarde.

—Mamá, recuerda que le tienes que decir al abuelo que esta semana me tiene que recoger un día en el cole para llevarme a la pizzería que nos gusta.

—Sabes que no se le olvidaría por nada del mundo, mi vida.

—Bueno, pues entonces dile que lo quiero muchísimo.

Sonreí mirándola, y es que la entendía a la perfección, quería que le diera un mensaje de su parte al abuelo, a costa de todo, a pesar de que pasó casi todo el día anterior en casa con nosotras, y es que sentía una adoración por él increíble, aunque no era para menos, ya que mi padre se lo había currado mucho.

Cuando terminó de desayunar se fue a su cuarto a meter en su mochila las cosas que se quería llevar para jugar o para hacer actividades del cole que, aunque no tuviese tarea, a ella le gustaba practicar. Por el tema de la ropa no tenía que preocuparme, ya que su padre, le tenía en su casa su habitación a la que no le faltaban prendas, ropa interior ni pijamas, zapatos y, mucho menos juguetes.

Y mientras terminaba de recoger todo, sonó el timbre y escuché a mi hija gritando a todo pulmón que ese era su padre. Vamos, la pude oír yo, y seguro que algún vecino también.

—Buenos días, Abigail — su padre me dio un beso en la mejilla y me aparté para que pasara.

—Buenos días, Jesús. ¿Y Laura?

—La he dejado desayunando con una amiga. Ahora pasará a recogerla —sonrió y me acarició la mejilla. Siempre tenía gestos muy afectivos conmigo.

—¡Papá! —gritó al llegar a la puerta— Ven, corre, que ya tenemos el salón de Navidad.

—Qué nervios —le contestó, frotándose las manos y dirigiéndose al salón—. ¡Wow!, pero si es lo más bonito que he visto en mi vida —decía mientras la cogía en brazos y la abrazaba.

—Hoy vamos a decorar la tuya, ¿a qué sí?

s

—Por supuesto, pequeña.

—Cariño, pásatelo muy bien y obedece en todo a papá y Laura —me la dio él de sus brazos para que me despidiera.

—Vale, mamá. Luego le digo a ellos que te envíen fotos de cómo quedaron los adornos allí. Y tú, mándale a Laura el nuestro.

—Claro, mi vida.

Se marchó feliz porque así lo hacía siempre. Bien es cierto que la echaba mucho de menos los días que no estaba conmigo, pero también me servían para hacer más vida social y no quedarme encerrada.

Hoy tenía un plan, aunque también podría llamarlo cita, pero no me atrevía a señalarlo de tal manera.

Resulta que unos días atrás por casualidades de la vida, me encontré en la puerta del juzgado a Gonzalo, un joven de mi edad con el que estudié desde primaria hasta cada uno nos fuimos a una facultad diferente. Sí que había llovido, sí, pero ahí estaba él apareciendo de nuevo.

Desde entonces no lo había vuelto a ver puesto que hizo Periodismo en otra ciudad, la misma en la que se quedó trabajando tras terminar la carrera. Hasta ahora, ya que se había divorciado tras dos años casado y había decidido regresar a su tierra para trabajar desde aquí, pues él, hacía todos los artículos desde su casa y para diferentes medios para los que colaboraba.

Me lo encontré en la puerta del juzgado al que había ido a recoger su sentencia de divorcio. Fue él quien me reconoció y yo dudé durante unos segundos. Había cambiado demasiado y ahora era todo un hombre de lo más sensual y guapísimo, por no hablar de su cuerpo perfectamente definido. Pero sin duda, bajo ese rostro de hombre

maduro y adulto que tenía delante, seguía estando el Gonzalo que una vez conocí.

Rubio y con sus risueños ojos azules, esos que solo necesité ver una vez para que mi mente dijera que sí, que era el mismo chico de aquellos años, pero más mayor. Aunque como solía decirse, ese hombre era como el buen vino y había mejorado con la edad.

Tomamos un café y nos pusimos un poco al día de nuestras vidas, quedando en volver a vernos para tomar unas cañas y unas tapas. Nos intercambiamos los teléfonos y desde entonces cada día no dejaba de ponerme un mensaje por las mañanas para darme los buenos días. Y a mí, eso pues como que me alegraba mucho más el día.

Hacía bastante que no me ocurría aquello, cuando era Jesús quien me los mandaba yo siempre estaba como en una nube, feliz e ilusionada, y lo achaqué a que era joven y se trataba de ese primer gran amor que nada tenía que ver con el novio del instituto.

Pero ahora, más madura como era, lo sentía de otra manera diferente.

Y hoy coincidiendo que Jesús se llevaba a nuestra hija, quedamos en vernos para tapear en la plaza del centro y pasar el día de copas juntos. Me apetecía muchísimo. Habían pasado tantos años desde que lo vi la última vez que sin duda, tendríamos mucho que contarnos y ponernos al día.

Menos mal que iba sin prisas y podría tomarme el día con tranquilidad para esa charla entre dos viejos amigos y conocidos que habían vuelto a encontrarse.

Tenía pensado ponerme unas medias tupidas, las botas altas, falda de punto hasta medio muslo, camiseta de algodón y encima un jersey fino, todo en color negro y luego lo complementaría con un abrigo blanco de paño hasta las rodillas que me había regalado mi padre por mi cumpleaños y que aún no había tenido la posibilidad de estrenarlo. Era una virguería y quedaba perfectamente entallado.

Aprovechando que estaba sola puse un poco de música para hacerme compañía mientras me daba una ducha rápida y me aplicaba una crema corporal hidratante que dejaba la piel suave como la seda, que era lo que decían en el anuncio y yo daba fe de esas palabras a pies juntillas.

5 En ropa interior y cantando a coro con cada uno de los artistas que iban sonando, me alisé el pelo con las planchas y lo dejé igual de sedoso que mi cuerpo, además con un brillo que daba gusto verlo.

Y como en la canción que tantas veces escuché de niña en casa de mis padres, sombra aquí, sombra allá, y me maquillé con esos tonos naturales y suaves destacando un poco más de lo habitual mis ojos marrones con el *eye liner* negro.

La guinda del pastel, que en este caso era yo, era el tono rojo que escogí para los labios, de un labial que me encantaba de siempre y que no se iba, así como así, era de los duraderos y resistentes.

Estaba terminando de ponerme las botas cuando me llegó un mensaje al móvil y vi que era desde el número de Jesús. Sonreí al ver la foto que me acababa de enviar en la que salía mi niña con varias guirnalda alrededor del cuello como si de collares hawaianos se tratara, una esfera de Navidad colgando en cada oreja y para completar, la estrella en lo alto de la cabeza.

e

Jesús: *¿Qué te parece el árbol que vamos a tener en casa este año?*

Terminaba el mensaje con un montón de risas, y yo no podía dejar de sonreír.

Abigail: *Para la función del cole de este año, le propongo a la profe que ella haga de árbol. Le ponemos un jersey y unos leggins verdes, y listo.*

Jesús: *Eso ha dicho ella.*

Y lo siguiente que me llegó fue un audio por parte de mi pequeña.

—*Mamá, que no soy el árbol de la casa, es que quiero que no se nos olvide poner todo eso, y me lo he colgado yo.*

La madre que la parió, que tenía a Laura muerta de risa al lado, pues podía escucharla en el audio.

Desde luego que mi niña era cariñosa, simpática y además tenía un arte que no se podía aguantar, como decía su abuelo.

Le dije en un audio que estaba guapísima y que esa foto la pensaba enmarcar y la muy loquita me envió un GIF con un muñeco desmayándose por la sorpresa. Sí, mi niña era lo más valioso del mundo para mí, igual que para su padre, y con sus locuras nos alegraba el día y la vida a ambos.

Me puse un poco de mi perfume favorito, ese que Paula a veces se echaba para estar en casa porque decía que le encantaba, y tras coger el bolso y ponerme el abrigo guardé el móvil y cogí las llaves de casa para irme.

La verdad es que me apetecía mucho esa salida con Gonzalo, pues, si no recordaba mal, él siempre había sido un chico de lo más simpático.

1

1

1

2

Capítulo 3



Lo vi esperándome apoyado en una de las mesas altas de uno de los tantos bares que había en la plaza. Estaba tomándose una cerveza.

—Hombre, por fin veo algo bonito —dijo, recibíendome de esa manera a la vez que abría los brazos para darme un abrazo—. Estás impresionante con ese abrigo.

—Gracias, tú no lo estás menos —sonreí con la cabeza apoyada en su hombro.

Y no mentía, que, con los vaqueros, el jersey beige y ese abrigo negro entallado, se veía la mar de guapo y atractivo, que más que tomar una cerveza parecía que estuviera rodando un anuncio.

—¿Una cerveza? —Me pellizcó la mejilla de manera cariñosa y casi me deshago.

—Claro, y dos, si me sigues tocando así —bromeé, ya que con él me sentía en total confianza a pesar de los años.

Porque sí, aunque hiciera tela que no nos veíamos, se notaba que el buen rollo de aquel entonces se mantenía intacto entre nosotros.

—¿Qué te pasa? —Me buscó, volviéndome a acariciar.

—Nada, nada —cogí su cerveza y le di un trago mientras él me miraba de lado con una sonrisilla de lo más pícaro.

—Que, si te gusta, me lo dices y me paso todo el día pellizcándotela —murmuró, mirándome fijamente sin perder la sonrisa. Le hizo un gesto al camarero para que trajera dos cervezas más y este asintió—. ¿De qué estábamos hablando?

—Nada, no estábamos hablando de nada —reí mientras me quitaba el abrigo, ya que en la terraza había varias estufas y comenzaba a sentir el calor.

—No, no, a mí no me puedes hacer esto —estiró sus manos recorriendo en el aire mi cuerpo—. Es toda una provocación. Si con el abrigo ya estabas para derretirse, ahora estás para morderte —reía.

Sí, definitivamente, el Gonzalo simpático que recordaba de mi juventud seguía estando ahí, delante de mí.

—Pues mira, hasta dentro de cuatro días no me traen a la niña. Tienes tiempo para hacerlo en el orden que quieras —le hice un guiño y me lo cargué por completo.

—Me has matado, Abi, me has matado —decía negando con esa risa suelta que no se le quitaba.

2 Sentía que entre nosotros había una chispa muy fuerte que saltó en las puertas de los juzgados después de tantos años sin vernos. Y ahora se estaba convirtiendo en una peligrosa tensión que no había hecho más que saltar por lo aires.

¿Sabes esa sensación de que de repente sientes una atracción tan fuerte que te ves arrojada a unas sensaciones que desde hacía mucho tiempo no sentías? Pues eso me estaba pasando, bueno, nos estaba pasando porque a él lo veía con esa tensión que se estaba creando y que no era poca.

—Por los reencuentros —dijo cogiendo su cerveza para acercarla a la mía y chocarlas a modo de brindis.

—Y qué manera de reencontrarnos —reí.

—Ni que lo digas, en la puerta de los juzgados. Ya podíamos haber coincidido, no sé, ¿en el super? ¿Una cafetería? Sitios más normales, de los de toda la vida.

—Es que yo creo que nuestras vidas muy normales no son.

—Quién me iba a decir que me encontraría con su ilustrísima letrada Abigail el mismo día que recogía mi sentencia de divorcio.

—¡Hala! Su ilustrísima dice —volteé los ojos—. No soy jueza —reí.

—Da igual, para mí, eres su ilustrísima.

—Verás, verás que me voy a sentir importante y todo.

—Venga, ¿qué te apetece comer?

—Lo que quieras, te dejo elegir.

—Cuidado con lo que dices —arqueó la ceja con esa sonrisilla ladeada que, me daba a mí, era todo un peligro por lo que pudiera estar pasando por su mente.

Nos pedimos una tabla de surtido ibérico para acompañar a las cervezas mientras seguíamos de pie disfrutando de ellas bien fresquitas y de las charlas que terminaban con indirectas de un lado hacia el otro. Desde luego que con el paso de los años Gonzalo se había vuelto un poco más descarado, pero no me achantaba en absoluto, que yo podía con su humor y sus indirectas perfectamente.

; —Toma —me puso un trozo de jamón delante de la boca.

s

—Sé comer sola —murmuré con la risa suelta que tenía en todo momento.

—Quiero ver cómo la comes de mi mano.

—¡Gonzalo! —me reí nerviosa.

—Sabes que me refiero al jamón, no me seas malpensada. Y no, no te voy a dejar hasta que la cojas con la boca —su sonrisilla era lo peor.

—No, si yo no pienso mal —sonreí—. Si quiero puedo hacer que la sueltes de inmediato, pero no quiero dejarte doblado... —Le hice un guiño y me lo metió en la boca el muy descarado.

—Eso por amenazarme —me dijo echándose hacia atrás sigilosamente y cubriéndose sus partes.

Me encantaba, es que además no parecía ni un tío de esos babosos ni nada. Todo lo contrario, era adorable, sensual y muy divertido.

—No me mires así —me reía nerviosa, y es que parecía que estaba pensando en hacer otra de las suyas.

—Así, ¿cómo? —curioseó elevó ambas cejas.

—Así, como me estás mirando, que pareces el lobo a punto de saltar sobre la inocente Caperucita.

—Bonita imagen me has creado, tú vestida de Caperucita sexy...

—Ay, por Dios —me reí negando, porque es que no había otra, ese hombre era tremendo, en serio.

—¿Tú sabes que vas a pasar los cuatro días más intensos de tu vida? —preguntó de pronto, mientras me tomaba un buen sorbo de cerveza.

—A ver, explícate que parece que tengo planes y no estoy al tanto —levanté la ceja esperando a que me aclarara eso.

0 —Tú y yo, cuatro días juntos, piénsalo, te traería churros con chocolate cada mañana —acaricié mi mejilla—. Cocinaría para ti y te haría algún que otro masaje. ¿En tu casa o en la mía? —se acercó y tuvo el atrevimiento de dejar un beso en mis labios.

Beso que no me molestó recibir, dicho fuera de paso, porque no había sido un gesto premeditado ni brusco ni tampoco invasivo, sino un roce rápido que, por el modo en el que me miró, se alegró de haber dado y más aún de que no le diera yo una bofetada por tal atrevimiento.

—Me estás poniendo nerviosa, pero no te creas que pinta mal la idea —cogí un trozo de queso y me lo llevé a la boca.

—¿No te he convencido? —volvió a besarme y tenía puesta su mano en mi cadera.

Y ese modo en el que me miraba, con esa mirada penetrante y juguetona, cómo sus ojos recorrían mi rostro, cómo iban de mis ojos a mis labios de manera alterna y yo, nerviosita perdida, tampoco podía evitar fijarme en sus labios, esos que me resultaban sensuales y de lo más apetecibles, de los que incitaban no solo a ser besados sino a darle algunos leves mordisquitos.

—Creo que te aburrirías de mí mañana mismo —me encogí de hombros apartando un poco la mirada porque, por mi madre de mi alma como decía un compañero del bufete, me estaban dando unos calores que no eran normales para el mes en el que estábamos.

—Ponme a prueba —me retó con la mirada y un tono de lo más sugerente y juguetón mientras apretaba mi cadera.

A veces en la vida o se era decidido, o perdíamos el tren, porque bien sabido era por todos que había trenes que solo pasaban una vez, y yo tenía delante uno de esos que circulaban a gran velocidad y, si me descuidaba, no hacía paradas.

Así que sí, después de esa mirada que me dedicó y que estaba claro que escondía muchas cosas, me atreví a coger ese tren.

—En mi casa, en mi casa —sonreí.

l

—Pues luego pasaremos por la mía para preparar una mochila con mi ropa —volvió a besarme.

a Hacía tanto tiempo que no estaba con un hombre que me estaba poniendo de lo más peligrosa. He de decir que el atractivo y la soltura de Gonzalo tenía que ver mucho en ello.

Sinceramente me apetecía pasar con él estos días porque no se me ocurría un mejor plan que dejarme llevar por la atracción que había en ambas direcciones. Porque esta era innegable, vaya, era de esas que saltaba a la vista que una simple chispa podría encender una hoguera espectacular y verse las llamaradas desde la distancia.

No paraba, Gonzalo no paraba de tontear conmigo, de mirarme, acariciarme la mejilla y dejar esos besos en mis labios que le salían de manera natural, al igual que parecía no querer dejar de tocarme ni un solo segundo, pues mantenía una mano en mi cadera en todo momento.

a Era una mujer adulta y madura y en ese instante me sentía una veinteañera, una chiquilla en su primera cita con un hombre.

—¿Otro trocito de jamón, reina mía? —dijo cogiendo el último que había en el plato y acercándolo a mi boca, sonreí, separé los labios y con la lengua ligeramente fuera, lo cogí— Qué manera de provocar con esa boquita...

s —Habló el que lleva todo el rato mirándome como si me fuera a comer —reí.

—Si tú te dejas, yo te como, que no te quepa duda.

—¿Y si no me dejo?

—¿Qué apostamos?

a

Así que sí, después de esa mirada que me dedicó y que estaba claro que escondía muchas cosas, me atreví a coger ese tren.

—En mi casa, en mi casa —sonreí.

—Pues luego pasaremos por la mía para preparar una mochila con mi ropa —volvió a besarme.

Hacía tanto tiempo que no estaba con un hombre que me estaba poniendo de lo más peligrosa. He de decir que el atractivo y la soltura de Gonzalo tenía que ver mucho en ello.

Sinceramente me apetecía pasar con él estos días porque no se me ocurría un mejor plan que dejarme llevar por la atracción que había en ambas direcciones. Porque esta era innegable, vaya, era de esas que saltaba a la vista que una simple chispa podría encender una hoguera espectacular y verse las llamaradas desde la distancia.

No paraba, Gonzalo no paraba de tontear conmigo, de mirarme, acariciarme la mejilla y dejar esos besos en mis labios que le salían de manera natural, al igual que parecía no querer dejar de tocarme ni un solo segundo, pues mantenía una mano en mi cadera en todo momento.

Era una mujer adulta y madura y en ese instante me sentía una veinteañera, una chiquilla en su primera cita con un hombre.

—¿Otro trocito de jamón, reina mía? —dijo cogiendo el último que había en el plato y acercándolo a mi boca, sonreí, separé los labios y con la lengua ligeramente fuera, lo cogí— Qué manera de provocar con esa boquita...

—Habló el que lleva todo el rato mirándome como si me fuera a comer —reí.

—Si tú te dejas, yo te como, que no te quepa duda.

—¿Y si no me dejas?

—¿Qué apostamos?

Capítulo 4



Tras unas cuantas cervezas y varias tapas, así como de esas miradas y sonrisas cómplices aderezadas con los furtivos besos de Gonzalo, nos fuimos hacia su casa que estaba cerca de donde nos encontrábamos.

Abrió la puerta y me asusté al ver aparecer a una señora mayor de la que rápidamente me di cuenta de que era su madre.

—Mamá, mira, me he encontrado tirada en la calle a una antigua compañera de estudios. ¿Te acuerdas de Abigail?

—¿Cómo qué tirada en la calle? —le pregunté incrédula y con los ojos abiertos, vamos que, quien lo escuchara, pensaría que estaba yo pidiendo el aguinaldo en la puerta de un mercado.

—Hija, no le hagas caso — se acercó a darme dos besos—. Si no me equivoco tú eres la hija de Felipe y María.

—Sí —dije sonriente y viendo que se acordaba de mí.

—Claro que me acuerdo, qué alegría volver a verte, niña —sonrió—. Me llamo Carmen, por si no lo recuerdas —decía amablemente.

—Mamá, me la llevo al cuarto que me va a ayudar a hacer la mochila. Nos vamos cuatro días de campamento.

—Está bien, hijo.

Ni lo dudó, me cogió de la mano para guiarme por los pasillos de la casa hasta que entramos en aquella estancia que olía a él. Y me gustaba, me gustaba ese perfume que llevaba Gonzalo, mezclando algunos matices dulces con un ligero toque fresco, como a bosque. Uf, no era buena para los olores.

—¿Cuatro días de campamento? —le pregunté cuando cerró la puerta de su habitación— Espera, lo más importante —levanté ambas manos y lo miré con las cejas alzadas— ¿Vives con tus padres y me querías traer cuatro días aquí?

—Con mi madre, vivo solo con mi madre, mi difunto padre ya no está —contestó como si tal cosa y sin darle importancia encogiéndose ligeramente de hombros.

—Tienes un morro... —me eché a reír.

—Schh, menos risitas a ver si va a pensar que estamos... ya sabes —hizo un guiño.

—Ay, la madre que te parió —volteé los ojos.

—Ahí fuera está, seguro que, preparando café, ella es así, muy hospitalaria con las visitas —decía mientras guardaba la ropa en la bolsa.

Me acerqué a la parte en la que estaba su escritorio, ese rincón en el que debía pasar horas y horas trabajando, y en una de las baldas que tenía sobre él había algunas fotos suyas.

Sonreí al ver una de la época del instituto, y es que parecía que hubiera sido ayer cuando en realidad habían pasado tantos años.

No pude evitar coger la foto en la que estaba en la universidad recién graduado como periodista, con esa sonrisa y el orgullo en la mirada de que iba a dedicarse a lo que tanto le gustaba.

Los años habían pasado, sí, ahora los dos estábamos más mayores, éramos más maduros, pero esa sonrisa que había visto durante las horas que pasamos juntos tomando cervezas y disfrutando de la compañía del otro, seguía siendo la misma que la que le veía lucir en todas las fotos.

—Si te gusta alguna te la llevas, no hay problema, seguro que mi madre tiene copia de todas, varias copias, de hecho —dijo a mi espalda.

—Solo estaba mirando —sonreí, mientras dejaba la foto donde estaba.

—Y qué, ¿te gusta lo que ves? —Arqueó la ceja.

—¿En las fotos o en persona?

—Mírala, tiene respuestas para todo —rio y se inclinó para darme un beso rápido en los labios, me cogió de la mano y salimos de la habitación encontrándonos con el olor del café recién hecho—. Te lo dije —hizo un guiño y reí negando.

—Ay, hijo, tomaros un café antes de iros —dijo su madre con una sonrisa.

Y nos sentamos a tomar ese café con su madre antes de marcharnos. Carmen nos recordó un montón de momentos de cuando estudiábamos juntos en la misma clase durante tantos años. Tenía una memoria increíble, aunque era joven, apenas tenía sesenta años, justo los mismos que mi padre.

Era entrañable y muy prudente. Daba gloria hablar con ella y me recordaba mucho a mi madre.

Nos marchamos hacia mi casa y no podía parar de reírme. Las cosas que tenía este hombre no eran ni medio normales, pero reconozco que demostraba que tenía un sentido del humor muy grande.

—Yo aún no me he comprado nada ni tengo prisa por hacerlo. ¿Dónde mejor que con mi madre, que me pone unos platos que hacía muchos años que no disfrutaba?

—Si estás bien con ella, nada te lo impide.

—Mi ex se quedó con el piso y me dio la parte que yo había invertido en él. Por supuesto que me tengo que comprar una vivienda, pero no sé me va la vida en ello. Cuanto más tiempo dure en casa de mi madre, más que ahorro en hipoteca para darlo como entrada. Eso sí, que no me importaría tampoco irme a vivir contigo —bromeó causándome una carcajada.

—Hala, ya se me ha acoplado, ¿tendrás morro?

—¿Y lo bien que lo íbamos a pasar? Mira que soy un cocinero buenísimo, de esos de restaurante con estrella.

—¿Michelin?

—O fugaz, quién sabe —se encogió de hombros y más me reí.

Antes de llegar a mi unifamiliar entramos a un supermercado a hacer provisión de alimentos porque la amenaza era que no íbamos a salir de la casa en todo el tiempo. Y a mí, me parecía un planazo, que anda que no estaba yo la mar de a gustito con ropa cómoda y disfrutando en el sofá de una peli tapada con mi mantita.

Cogimos de todas las porquerías que se nos ocurrió y también para cocinar algunos platos que se nos había ocurrido mientras hacíamos la compra.

—¿Nata montada para qué? —le pregunté cuando lo vi cogiéndola decidido.

—Para las fresas —señaló la cajita que habíamos cogido.

—Eso espero —aguanté la risita.

—Y no me preguntes para qué es esto porque entonces te lo explico en voz alta —echó dos cajas con seis preservativos cada una en el carro.

—Ah, no, yo paso de pasar por caja con esto —le di el carro con los ojos abiertos y negando.

—¿Qué pasa, que somos los únicos que compramos estas cosas? —me hizo un guiño mientras sonreía feliz— A ver si ahora me vas a decir que no has comprado esto en un super en tu vida, porque no cuela, señorita —y me dio otro beso, de esos que ya empezaban a gustarme y de qué manera.

Gonzalo era todo un personaje de esos que le sacaba su punto a todo. A mí me tenía alucinando y rendida a ese encanto que tenía. Era todo un seductor.

Y sí, pasamos por la caja con los benditos preservativos que el muy cabrito cogió y mostró como haría Mr. Bean en uno de esos gifs suyos. Hasta la cajera se aguantó la risa como buenamente pudo, que yo la estaba viendo ya ponerse moradita.

,

Para matarlo, en serio que este hombre era para matarlo, que la cajera estaría morada, pero yo debía tener un color rojo tomate en las mejillas bien visible.

Pero como me decía Gonzalo: ¿y lo que me reía con él? Eso sí que era cierto.

Llegamos a mi casa y él fue directo con las bolsas hacia la cocina. Ni falta hizo decirle por dónde era, cuando ya estaba poniendo todo sobre la encimera. Tampoco es que hubiera que ser adivino, ya que era la primera puerta de la izquierda del pasillo.

Colocamos todo en un santiamén y me di cuenta por cómo puso las cosas en la nevera de que era un tipo muy ordenado. Además, que lo hacía con soltura.

Abrimos la caja de pastelitos de chocolate que habíamos comprado y me dispuse a hacer los cafés, pero me mandó a sentarme. Cogió las capsulas, las tazas y todo para prepararlo.

—Las mujeres bonitas tienen que ser cuidadas —murmuró, haciéndome un guiño.

—¿Y las feas? —pregunté con interés de su respuesta.

—¿Qué mujer es fea?

—Tú sabes latín —dije, riéndome con sus cosas.

—Yo solo sé que voy a pasar los cuatro mejores y más maravillosos días de mi vida y tú no vas a querer que salga nunca más de la tuya.

—Ole ahí. Modesto baja, que sube Gonzalo. Las cervezas te han sentado genial, ¿eh? —tosí de manera intencionada.

^

) —Ya lo veremos. Yo solo te aviso —me señaló con el dedo y puso los cafés delante.

Me avisaba y yo no podía dejar de sonreír, porque ya me había dado cuenta antes, pero ahora definitivamente lo confirmaba, que Gonzalo parecía haber llegado a mi vida para hacerme sonreír más de lo que ya lo hacía.

Era un encanto, de verdad que sí, tenía un humor de esos que, hasta la persona más decaída en un momento puntual, estallaría en carcajadas de risa a su lado. Y a mí me encantaba, debía admitir que ese hombre me encantaba porque tenía una personalidad increíble.

Eso sí, miedito me daba lo que pudiera pasar en estos cuatro días los dos juntos y solos...

a

—¿Y las feas? —pregunté con interés de su respuesta.

—¿Qué mujer es fea?

—Tú sabes latín —dije, riéndome con sus cosas.

—Yo solo sé que voy a pasar los cuatro mejores y más maravillosos días de mi vida y tú no vas a querer que salga nunca más de la tuya.

—Ole ahí. Modesto baja, que sube Gonzalo. Las cervezas te han sentado genial, ¿eh? —tosí de manera intencionada.

—Ya lo veremos. Yo solo te aviso —me señaló con el dedo y puso los cafés delante.

Me avisaba y yo no podía dejar de sonreír, porque ya me había dado cuenta antes, pero ahora definitivamente lo confirmaba, que Gonzalo parecía haber llegado a mi vida para hacerme sonreír más de lo que ya lo hacía.

Era un encanto, de verdad que sí, tenía un humor de esos que, hasta la persona más decaída en un momento puntual, estallaría en carcajadas de risa a su lado. Y a mí me encantaba, debía admitir que ese hombre me encantaba porque tenía una personalidad increíble.

Eso sí, miedito me daba lo que pudiera pasar en estos cuatro días los dos juntos y solos...

Capítulo 5



Nos cambiamos de ropa y yo me puse un pantalón de pijama tipo leggings en color verde agua con una camiseta de manga corta blanca. Gonzalo se había puesto un pantalón de algodón azul marino con una camiseta en color gris claro y estaba guapísimo. Con ese cuerpo todo le sentaba más que bien.

Desde luego que no me equivoqué al pensar antes que podría grabar algún anuncio, porque percha de modelo tenía, que ya quisieran muchos lucir las prendas como él las lucía.

Y guapo el jodido se veía un rato, con ese pelo alborotado por todas las veces que le había visto pasarse las manos por él, un gesto que me dio a entender que, aunque lo ocultara bien, era señal de que Gonzalo también estaba un poquito nervioso.

—Me estás provocando demasiado —murmuró pegándome a él y mordisqueando mi labio inferior.

Eso que me había imaginado haciéndoselo a él, me lo acababa de hacer a mí y sentí un yo qué sé, que qué sé yo que el escalofrío me recorrió de pies a cabeza enterita.

—¿Y no será que tú te vienes arriba fácilmente? —casi se me escapó un gemido.

—Creo que no soy el único.

Pues no, no lo era, pero más me valía disimular bien y que no notara lo mucho que me afectaba su cercanía y todo lo que hacía, el modo en el que me miraba, cómo le brillaban los ojos, lo erizaba que se me ponía la piel al sentir sus caricias en la mejilla y cualquier otro roce de sus manos sobre mí.

Nos quedamos unos segundos perdidos el uno en la mirada del otro y reaccioné justo a tiempo de no acabar uno o los dos, perdiendo un poquito el control.

—Vamos a hacer la cena —me aparté riendo, lo cogí de la mano y tiré de él hasta la cocina, una manera muy elegante de huir de la tentación, porque de no hacerlo, habría caído en ella, no, lanzándome de cabeza—. Ve pensando en qué te apetece.

—Sí yo te dijera lo que me apetece...

—Aparte de lo evidente, listillo.

—¿Y qué es lo evidente? Mira que te he dicho antes que no seas malpensada.

—Uy, lo que ha dicho. No soy malpensada, es que te voy conociendo ya y... Pues eso, que, qué quieres cenar, pero dime algo que pongamos sobre la mesa —negaba mientras reía porque era imposible hablar seriamente con él.

—Sobre la mesa te puedo poner, sí, se ve resistente.

—A tomar por saco —resoplé, porque de verdad que no podía con él, que fue quien dijo que yo tenía respuestas para todo, pero él no se quedaba atrás, vamos—. ¿No eliges y eso que te he dejado hacerlo? Entonces ya decido yo. Vamos a poner los langostinos que hemos comprado en el super, con un vinito y un picoteo.

—Llevamos picoteando todo el día —me hizo un guiño.

—Pues nada, lo terminaremos así, menos follón de cacharros —saqué los langostinos del frigo que ya venían cocidos.

,

—Ejem, ejem —carraspeó.

—¿Qué he dicho? —Fruncí el ceño.

—No sé, tú sabrás.

—Que terminamos el día picoteando, que total...

—Lo del final de esa frase, eso me hizo carraspear.

l', —Ay, la virgen —volteé los ojos.

—No, no, que no venga nadie que tú y yo solos estamos tan a gusto.

—Ole ahí, marcándose un Ortega Cano —resoplé.

—Voy cortando el queso y poniendo unas patatas de bolsa.

—Vale, sí, mejor, mantén la cabeza y las manos ocupadas un ratito —dije mientras cogía unos platos para los langostinos.

—¿Algo más, mi bella dama? —preguntó con una leve reverencia.

—Mira qué educado.

—Siempre —sonrió haciéndome un guiño.

—Sirve las dos copas de vino —le ordené con la risa suelta.

5 —Dos copas de vino, una cita, un encuentro que cambiará el curso de nuestras vidas. Estábamos desencantados en el amor y ahora nos lo estamos bebiendo sorbo a sorbo...

—Toma, por tonto —le tiré un bollo de pan a una buena distancia, pero le di en toda la cabeza—. ¡Punto para mí!

—Sí, sí, diana, pero esto cuenta para luego, que yo lo estoy anotando todo —se tocó la sien—. Menuda puntería, chiquilla.

—¿Luego qué?

—Luego, luego —movía su cabeza con gesto gracioso.

—No entiendo nada —negaba frunciendo mis labios y haciéndome la loca.

—No lo tienes que entender, hay cosas que con sentir las es más que suficiente.

—¿Sabes que vas a dormir en el sofá? —cogí la copa de vino y le di un buen sorbo.

—Contigo, hasta en el jardín.

—No lo has entendido —le devolví la pelota.

—Sí, alto y claro, la que no lo quieres entender eres tú. Y no me tires nada más que te veo venir —me advirtió, señalándome con el dedo sin dejar de retorcerse de la risa.

—Que yo pueda tener un calentón que llevo más tiempo que todas las cosas sin que me den una alegría, lo puedo entender, pero tú, que te has separado hace dos días como quien dice, es para hacérselo medicar.

—Dos días, más casi un año a dos velas, suma —se defendió—. De todas formas, no es el tiempo, eres tú la que me ocasionas todo eso y ahora arregla lo tuyo que has quedado fatal —hizo un gesto de puchero, como para ponerse a llorar—. Me acabas de dar a entender que cualquiera podría provocar ese calentón en ti —se le había cambiado el semblante por completo.

—¿Me acabas de llamar calentona? —pregunté con la ceja arqueada y la mano en la cadera.

—Joder, qué manía tenéis las mujeres de darle la vuelta a la tortilla, macho —negó soltando el aire a la vez que se reía en plan incredulidad.

—A mí no me metas en el mismo saco que a las demás, que si no he tenido nada en mucho tiempo es porque no me dio la gana, no porque me faltasen ocasiones. Mira este...

—A mí no me echas de tu casa hasta dentro de cuatro días que te veo venir —me advirtió riendo, pero indignado.

—Y si te echo, ¿qué?

—Que pierdes al que puede ser el amor de tu vida. Nada sin importancia... —dijo como quien no quería la cosa, con gesto de mano incluído para quitarle esa importancia que, según él, no tenía.

—Pues si ya hemos liado todo esto por un calentón, no quiero imaginarme por algo con importancia. Amor de mi vida, dice... —murmuré y luego eché una carcajada mientras él me miraba negando y con esa sonrisa suelta.

Vino y me abrazó por detrás mientras me besaba el cuello y me rodeaba con sus manos uniéndolas por mi barriga.

—No puede ser un calentón lo que tantas emociones me despierta —dijo, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Claro que puede ser un calentón y bien grande ¿Qué tienen que ver las emociones?

—Tú te has propuesto joderme el día —me dio una nalgada y se fue riendo a dar un trago de su copa—. Come y

calla, que va a ser verdad que no hay nada más bonito que el silencio —me decía a carcajada suelta.

—Es que tienes cada cosa...

—Sí, sí, yo —me miraba fijamente sin dejar de negar.

Y que esa sonrisa, gestos, cara y todo hicieron que mis piernas temblaran aun cuando ni me tocaba. ¿Cómo se debía de denominar?

Nos llevamos los platos y el vino al salón para estar frente a la chimenea más cómodos.

Y mientras nos tomábamos aquella cena de picoteo nos pusimos un poquito más serios. Vale, mentira, porque con Gonzalo eso de ponerse más serio no era posible. Sobre todo, cuando comenzó a sacar del baúl de los recuerdos algunas de esas cosas que vivimos en nuestra época de estudiantes, muchas de ellas tuyas de cuando acababa con algún raspón por el cuerpo mientras hacía una de esas travesuras que, estaba segura, a la buena de Carmen le traerían por la calle de la amargura.

Y Tampoco faltaron sus caricias, ni esos besos robados que me daba y el modo en el que sus ojos me observaban.

—¿Te he dicho ya que no vas a querer que me vaya de tu casa después de estos cuatro días? —pregunto cuando fuimos a llevar todo a la cocina para fregar.

—A mí con amenazas no, ¿eh?

—No, no, no son amenazas, son verdades como un castillo.

—Tú tranquilo, que yo te lanzo un cubo de agua fría y sales de mi casa más rápido que un rayo.

—Que no, hazme caso que no vas a querer que me vaya —sonrió y entre los dos fregamos todo.

Quien nos viera en ese momento por un agujerito pensaría que éramos una pareja ya de años, de esas consolidadas en las que después de la cena recogían todo entre los dos antes de acomodarse en el sofá.

Gonzalo era el primer hombre que metía en mi casa, y la verdad es que me sentía cómoda con él, a quien también veía la mar deuelto moviéndose como si no fuera la primera vez que estaba aquí.

Dicen que cuando dos personas tienen química se nota, y sí, era cierto, yo daba fe de ello.

Capítulo 6



Me alzó sobre sus caderas y me llevó directamente hacia mi habitación mientras yo iba jugueteando con mis labios en su cuello encendiéndolo mucho más de lo que ya estaba.

Y no digamos una servidora, que, con eso de estar a pan y agua, este hombre había conseguido que me olvidara de todo lo que nos rodeaba y solo quisiera esto en ese preciso instante, compartir el deseo que liberar toda esa tensión que se había ido acumulando a lo largo de todo el día.

—Tú sigue así y verás, que te llevas antes del veintidós el premio gordo de Navidad —dijo al mismo tiempo que me dejó caer sobre la cama y se puso encima de mí, entre mis piernas, mirándome.

Qué mirada, por Dios, qué manera de atravesar el alma con ese par de ojos azules que me observaban con una intensidad que me hacían estremecer de pies a cabeza. Es que había que estar ahí, debajo del cuerpo de este hombre mirándote con deseo y hambre, para saber a qué me refería.

—¿Cómo puedes ser tan burro, sensual y gracioso a la vez? —Arqueé la ceja.

—Te lo he dicho, cuatro días van a ser más que suficientes para que no puedas vivir sin mí.

—Así no me lo dijiste —me reí mientras él no dejaba de darme besos por toda la cara.

—Ser el amor de tu vida es sinónimo de que no puedas vivir sin mí. ¿Qué parte no entiendes, *baby*? —dijo, arqueando la ceja.

—¿*Baby*? Acabo de sentirme como en *Dirty Dancing*.

—¿A todo le pones peros? —se movió causándome un roce que aumentó mucho más la excitación que ya sentía. Me reí entre leves gemidos que ya comenzaban a sonar por mi garganta mientras él iba provocándome

mucho más.

—Como me sigas poniendo así, te voy a poner peros y manzanas —murmuré entre sus labios mientras sentía sus besos entremezclados con la risilla.

—Dame tus manzanas y te prometo que me convierto en tu gran pecado.

—¿Y si te doy la flor de la vida? —lo provoqué aún más.

—Te lo has buscado —me sacó la camiseta de un tirón que por poco se lleva hasta mis orejas.

Mi pantalón de pijama me duró puesto el tiempo que se dirigió a él. Yo reía mientras él me manejaba a su antojo para deshacerse de toda mi ropa. Y lo rápido que lo hacía, que en un visto y no visto ya estaba desnuda como mi señora madre me trajo al mundo.

—Ahora me tienes que hacer un *striptease* —le dije riendo desde la cama mirando cómo se iba desnudando, con mi cara más pícaro y sensual.

—Eso en otro momento, ahora no tengo tiempo que perder —de nuevo uno de esos guiños que me hacían excitarme aún más si podía.

Se fue quitando la ropa igual de rápido que quitó la mía y yo sin perderme ni un solo detalle, sin dejar de contemplar sus gestos y movimientos mientras sus ojos permanecían fijos en los míos, que estaban muy, pero que muy concentrados en ir descubriendo cada centímetro de piel que quedaba expuesta.

Y si vestido Gonzalo tenía un cuerpazo, desnudo ya... era otro nivel.

—Madre mía, ¿todo eso llevabas escondido debajo de la ropa? —me agarré a sus hombros cuando se volvió a colocar encima de mí entre mis piernas, él sonrió de medio lado de ese modo seductor a la par que pícaro, y no apartó la mirada de mis ojos en ningún momento.

—¿Tú sabes la canción de un tal Carlos que dice algo de fruta prohibida?

—Sí, sí —contesté casi sin aire cuando su miembro comenzó a rozar por mi clítoris.

—Pues ahí lo tienes —noté cómo su miembro empujaba en mi zona, y tuve que flexionar más las piernas.

—Joder, pues sí que fue generosa la vida contigo —solté el aire.

Me besó haciendo que perdiera por completo la cordura, uniendo nuestras lenguas en un continuo jugueteo provocador y sensual, haciendo que buscara su lengua de tal modo, que capturó la mía entre sus labios y comenzó a succionarla despacio. Me mordisqueó el labio y gemí cuando ese nuevo roce de su miembro en mi clítoris hizo que sintiera una punzada de deseo y necesidad como hacía tiempo que no sentía.

Fue deslizando sus labios hasta encontrarse con mis senos. Los lamió con mucha sensibilidad para ir haciendo que con cada leve roce me fuera excitando más poco a poco. Su mano fue hacia mi zona y metió los dedos entre mis labios para acariciarme por todo el interior antes de penetrarme con dos dedos.

Estaba matándome, juro que poco a poco este hombre iba matándome de placer. Mis gemidos cada vez eran más intensos y en mi mente, con los ojos cerrados y lo que me estaba haciendo sentir, podía verlo a él llegando a ese punto que exigía atenciones y todo lo que sería capaz de provocarme.

Siguió bajando con su lengua por todo mi cuerpo, lo hacía despacio, sin duda para torturarme con esa lentitud que era una provocación a mi paciencia, gemí cuando la sentí en el vientre a sabiendas de a dónde se dirigía esa juguetona y ansiosa lengua, y abrió más mis piernas antes de meter la cabeza entre ellas. Me agarré a su pelo con fuerzas mientras arqueaba la espalda, con los ojos aún cerrados y mordiéndome el labio mientras me escuchaba jadear.

Por el amor de Dios, por la Santísima Virgen María, Jesusito de mi vida, y los Santos Apóstoles de la Última cena. Si seguía a ese ritmo iba a acabar completa y absolutamente desfallecida.

—Dos tirones más y me mandas a Turquía —dijo consiguiendo que me entrara tal ataque de risa, que me estaba hasta ahogando.

Había que ver, qué hombre este de verdad, que tenía respuestas y era capaz de sacar una buena carcajada en todos los momentos de su día a día.

Ni contestarle pude, entre la carcajada y sus manos que empezaban a hacer toda clase de diabluras sobre mi cuerpo, yo ya para lo único que estaba era para disfrutar del placer que estaba sintiendo.

Cada segundo que pasaba era más y más intenso, y el modo en el que su lengua se deslizaba entre mis labios vaginales, cómo se movía, era una locura total la que me estaba haciendo experimentar en ese momento.

Gemí, grité, cogí su pelo entre mis manos dando un leve tirón, me agarré con fuerza a sus hombros y me estremecí de pies a cabeza preparándome para lo que se avecinaba, solo que se veía que Gonzalo tenía otros planes.

—A esto se le llama preliminares —dijo, subiéndose para ponerse a mi altura.

—Quiero mi orgasmo —exigí desesperada mientras no dejaba de rozarse contra mí.

—¿Antes de casarnos?

—¡Gonzalo, por Dios! —me reí incrédula de que no paraba con las bromas ni en la cama. Pero ojo, que a mí me encantaba.

—Está bien, ya voy —se hizo el conformista, pero solo fue una más de sus bromas...

Casi como por arte de magia y sin apenas haberme dado tiempo a la reacción, me había colocado las piernas flexionadas sobre sus hombros y las caderas en alza por sus manos mientras que con su boca me lamió como si en ello se le fuera la vida.

Por unos momentos pensé que no iba a aguantar tan intenso placer y cuando llegué al orgasmo sentí como si fuera a caer desmayada, es más, sentí que no controlaba mi cuerpo por unos segundos.

Menuda manera de liberar el clímax a la que me había llevado, que aún me fallaban las fuerzas y sentía esa zona de entre mis piernas palpitando de tal manera y tan sensible, que al mínimo roce estaba segura de que volvería a estallar y correrme de nuevo.

—Del uno al diez, ¿cuántos puntos me he ganado? —Me acariciaba la cadera mientras me miraba fijamente recostado a mi lado esperando a que me repusiera.

—No me hables en un rato —mi voz agitada se entremezclaba con la risilla.

—Tengo toda la paciencia del mundo y a la mujer más guapa del planeta.

—Es lo mismo... —negué sin poder dejar de reír.

—¿Y cuánto vale la sonrisa que te he sacado?

—No sé, ¿millones?

—Ahí le has dado, preciosa, millones —hizo un guiño y se lanzó a mis labios, devorándolos con tal intensidad, que no quería que se apartara.

No lo hizo, no rompió el beso en ningún momento y yo le rodeé por las caderas con las piernas evitando que se

apartara, agarré sus hombros con todas mis fuerzas y comencé a moverme para rozar mi clítoris, un poco más calmado, con su miembro, ese que estaba duro y palpitando queriendo entrar en mí.

Fue previsor y dejó las dos cajas de preservativos en el cajón de la mesita sin que yo lo viera, cogió uno y tras ponérselo mientras me miraba a los ojos dejando claro que el brillo en ellos era porque deseaba lo mismo que yo, me penetró de una certera embestida haciendo que arquera la espalda y gritara como si la vida me fuera en ello.

Lo hicimos así hasta que se retiró un momento para colocarme de rodillas y apoyada en la almohada, con las caderas bien elevadas y facilitando las penetraciones.

Una embestida tras otra, a cuál más fuerte que la anterior, me fue llevando a ese intenso orgasmo que liberé a chillidos, mientras las manos de Gonzalo se aferraban con fuerza a mis caderas.

Jadeando y casi sin aliento nos dejamos caer en la cama, Gonzalo se retiró y fue a deshacerse del preservativo a cuarto de baño, del que regresó con una toalla húmeda que pasó mi zona para calmarla un poco.

Se acomodó a mi espalda, me pegó a su pecho rodeándome con el brazo y poco a poco caí en un profundo y placentero sueño.

apartara, agarré sus hombros con todas mis fuerzas y comencé a moverme para rozar mi clítoris, un poco más calmado, con su miembro, ese que estaba duro y palpitando queriendo entrar en mí.

Fue previsor y dejó las dos cajas de preservativos en el cajón de la mesita sin que yo lo viera, cogió uno y tras ponérselo mientras me miraba a los ojos dejando claro que el brillo en ellos era porque deseaba lo mismo que yo, me penetró de una certera embestida haciendo que arquera la espalda y gritara como si la vida me fuera en ello.

Lo hicimos así hasta que se retiró un momento para colocarme de rodillas y apoyada en la almohada, con las caderas bien elevadas y facilitando las penetraciones.

Una embestida tras otra, a cuál más fuerte que la anterior, me fue llevando a ese intenso orgasmo que liberé a chillidos, mientras las manos de Gonzalo se aferraban con fuerza a mis caderas.

Jadeando y casi sin aliento nos dejamos caer en la cama, Gonzalo se retiró y fue a deshacerse del preservativo al cuarto de baño, del que regresó con una toalla húmeda que pasó mi zona para calmarla un poco.

Se acomodó a mi espalda, me pegó a su pecho rodeándome con el brazo y poco a poco caí en un profundo y placentero sueño.

Capítulo 7



Me giré y me di cuenta de que estaba rodeada por sus brazos. Me quedé frente a él, que ya me miraba con su preciosa sonrisa, esa que era mi absoluta debilidad.

—Buenos días, peligrosa —murmuró antes de darme un beso.

—Buenos días, Kamikaze —murmuré dejándole una sonrisilla sobre esos besos en forma de pico que nos íbamos dando.

—¿Quieres churros o porra? —preguntó causándome una carcajada impresionante. Me moría de la risa con él.

—Uf, de las dos cosas tengo ganas —noté su mano entre mis piernas y ya comencé a encenderme como una mecha.

—Elije...

—Hombre, a estas alturas —jadeé con sus dedos ya dentro de mi vagina.

—Quieres churros, me lo temía —sacó sus dedos y le di tal colleja que los metió de golpe causando que diera un bote.

Me miraba descarado mientras con sus manos jugaba entre mi vagina y mi clítoris.

—No me mires tan descarado.

—Si quieres me pongo porno en el móvil y lo miro ahí.

—¿Quieres dejar de decir tonterías?

—Pues serán tonterías, pero a ti te hacen jaderar muy seguidamente —murmuraba orgulloso del placer que me estaba haciendo sentir.

—¿Y quién dice que no es fingido? —Arqueé la ceja.

—Esa carita que pones cuando te toco... justo ahí.

Jadeé y lo hice con fuerza, cerré los ojos y arqueé la espalda mientras él seguía tocando el clítoris con el pulgar, haciendo esa fricción fuerte y perfecta para excitarme mientras con dos dedos seguía entrando y saliendo sin parar.

Lo miraba y me perdía en el brillo de sus ojos cargados de deseo, notaba todo mi cuerpo estremecerse y no había duda alguna de que Gonzalo sabía bien lo que hacía, y cómo lo hacía, para conseguir que me volviera loca y me dejara llevar de esa manera.

Me llevó a un orgasmo que de nuevo me dejó con las piernas temblorosas y la respiración de lo más profunda. Saqué fuerzas y me coloqué encima de él penetrándome con su miembro y comencé a moverme mientras él me sujetaba con fuerzas por las caderas marcándome el ritmo.

Mis gemidos se mezclaban con esos jadeos que salían de lo más profundo de su garganta mientras nos movíamos al unísono y sin parar.

Pellizcaba mis senos de tal manera que me envolvía en un placer más profundo. Era increíble la sensación de casi dolor y excitación absoluta.

Gonzalo era muy atrevido y suelto, motivo que le proporcionaba una seguridad que no le hacía cortarse ni un pelo a llevarme a vivir los momentos a su manejo, pero siempre anteponiendo mi satisfacción a él, cosa que me gustaba muchísimo. Disfrutaba haciéndome disfrutar.

Se movió rápido para intercambiar posiciones y me besó mientras entraba y salía despacio.

—Gonzalo, por Dios —protesté.

—¿Qué pasa?

—Que te muevas más rápido, que me quiero correr.

—De *Dirty Dancing* hemos pasada a la *Teniente O'Neill*, vaya cambio —dijo y me reí, sí, pero se ganó un

pellizco en el pezón—. ¡Ay, la virgen! Si llego a saber que te va lo duro, habría comprado cuero negro para ti, látigos y esas cosas.

—¿Quieres callarte y hacer que me corra? —reí.

—Qué humor, ¿es porque no has tomado café?

—Verás que todavía te tiro de la cama.

—No, no, que ya te doy lo que quieres, preciosa

Y me lo dio, vaya si me lo dio, pues comenzó a moverse cada vez más rápido, llegando con sus fuertes y profundas embestidas a lo más hondo de mi ser, hasta hacerme gritar por el intenso orgasmo al que me había llevado.

Le di un beso de esos apasionados mientras mantenía la mano enredada en su pelo, y compartimos una sonrisita de lo más cómplice cuando se apartó antes de levantarnos.

Nos duchamos y me puse unas mayas negras con una camiseta amarilla pastel, con una margarita bordada en el pecho. Él se vistió para ir por churros y chocolate recién hecho.

Me tomé el primer café en la cocina mientras lo esperaba y hablaba con mi hija que también se tomaba su Cola Cao mientras estaba en la videollamada.

Estaba muy feliz porque hoy se iba a ir con Laura y su padre a un parque de Navidad para niños y estaba loca con la idea. Según ella, me iba a mandar unas mil fotos. Pobre pareja la que le esperaba...

—Ya serán menos, hija —reí.

—No, no, mil, ya verás, que el móvil de papá tiene mucha memoria.

—Y si se me gasta, usamos el de Laura, ¿verdad hija? — escuché decir a él por detrás.

—Ah, pues también. Entonces igual van más de mil, mamá.

—Pues nada, nos acabaremos quedando los tres sin memoria en el móvil —le dije con un suspiro.

—¿Me echas de menos, mamá? —preguntó la muy descarada, que de sobra sabía que sí, que la echaba de

menos cuando no la tenía conmigo en casa.

—Claro que te echo de menos, mi vida.

—Qué le gusta escucharlo... —rió Laura por detrás.

—¿Le has dicho al abuelo que lo quiero mucho?

—Ahora le envío un mensaje con tu foto vestida de árbol de Navidad.

—No, no, esa no mamá —rió tapándose la cara—. Mejor una de las que te mandemos luego.

—Ya tienes tarea, Abigail —volvió a reír Laura.

—Sí, elegir de entre más de mil fotos, la mejor para enviarle a mi padre —negué riendo.

Me la comía, yo a mi niña me la comía entera y es que no se podía ser más bonita y más buena que ella.

Después de ese ratito de charla colgué la llamada y nada de hacerlo sonó el timbre exterior. Gonzalo ya venía feliz con los churros, chocolate y un ramo de flores que me dejó loca perdida.

—¿En serio? —le pregunté cogiendo un churro y el ramo de flores.

—Y tan en serio. Dame otro día como el de ayer y mañana te traigo media floristería —me dio un beso.

—Gracias, Gonzalo, qué detalle más bonito —me había emocionado mucho.

—Será que te lo mereces —colocó todo sobre la mesa del salón y me fui a poner las flores en un jarrón con agua, ya que no quería que se pusieran feas.

Nos sentamos y le estuve contando lo de la llamada de mi hija. Se reía con lo de las mil fotos.

—Tengo ganas de conocerla —murmuró y lo miré levantando la ceja—. ¿Qué pasa, que su madre no puede tener amistades?

—Claro que sí —me reí abriendo la boca, ya que me estaba dando un churro mojado en el chocolate.

—Me pones malísimo cuando muerdes algo recto.

—¡Gonzalo! —me reí con el churro ya en la boca.

—Si es que me provocas —murmuró negando mientras mojaba el churro ahora para él.

En ese momento le sonó el teléfono y era su madre que necesitaba unas cosas de la plaza que estaba abierta hoy pero los dos siguientes días no. Me pidió un papel y un boli y le tomó nota de todo. Su madre no podía ir porque estaba esperando a que fueran los de la calefacción para arreglársela y no podía dejar la casa sola.

—Tú me vas a acompañar, que lo sepas —me dijo, cuando colgó mientras me señalaba con el dedo.

—Tenlo claro, que con lo suelto que eres capaz que te agarre otra, te pille despistado y no regreses.

—¿Otra? No estoy tan loco. Me tengo que adaptar a aguantarte a ti, como para tener que hacerlo con otra más —volteó los ojos.

—Uy, uy, lo que ha dicho —me llevé la mano a la frente.

—Ven aquí, preciosa mía —sonrió mientras me rodeaba con los brazos y me dio un beso—. De todas formas, no te estaba preguntando, te lo estaba afirmando.

—A sus órdenes —me llevé la mano a la frente.

—Así me gusta —me hizo un guiño.

Terminamos de desayunar y de recoger las cosas antes de prepararnos para salir por las compras que su madre le había encargado.

Que me dijera que quería conocer a mi pequeña era algo que me había cogido por sorpresa, pero obviamente, igual que por parte de mi ex, antepondría mi hija al resto del mundo, porque ella era el mío.

Estaba claro que Gonzalo era un amigo, uno de toda la vida por muchos años que hubiéramos estado sin vernos y como tal mi hija podía conocerlo, pero de cualquier otro modo tendría que tenerlo muy claro porque no quería a cualquier persona en la vida de mi pequeña.

Y mientras me vestía no podía dejar de mirar de reojo a ese hombre que, sin esperarlo, había llegado a mi vida como lo haría un huracán, arrasando con todo a su paso para poner mi vida patas arriba y darle a los días más color del que ya de por sí tenían.

Con sus mensajes de buenos días me alegraba las mañanas, y con ese arrebató de pasar los cuatro días juntos me había terminado de desarmar porque no esperaba que fuera tan impulsivo.

Pero sí, se veía que Gonzalo era de las personas que preferían coger el tren que pasaba ante sus ojos, antes que , dejarlo escapar para siempre.

Con sus mensajes de buenos días me alegraba las mañanas, y con ese arrebató de pasar los cuatro días juntos me había terminado de desarmar porque no esperaba que fuera tan impulsivo.

Pero sí, se veía que Gonzalo era de las personas que preferían coger el tren que pasaba ante sus ojos, antes que dejarlo escapar para siempre.

Capítulo 8



Abrigados y de la mano anduvimos en dirección hacia el mercado a hacer la compra. Me encantaba cómo me manejaba, como si de su tesoro más preciado se tratase colmándome en todo momento de gestos cariñosos y atenciones.

Desde luego que a ojos de cualquiera se nos debía de ver como una pareja, no solo un par de amigos que acababan de volver a encontrarse hacía unos días después de tantos años sin verse.

Íbamos hablando de lo que me había dicho que necesitaba su madre cuando se paró en seco delante del escaparate de una tienda de novias. Lo miré arqueando la ceja mientras él fijaba su mirada en un traje precioso de corte sirena, pero muy ibicenco. La tela era como la de una mantilla.

—Ese es el vestido que lucirás el día de nuestra boda —murmuró serio y sin quitarle la vista.

—Lo primero: ¿desde cuándo un novio elige el vestido de la novia? Lo segundo: ¿quién dijo que nos fuésemos a casar? Y lo tercero y más importante: te recuerdo que acabas de obtener tu sentencia de divorcio.

—Pues por eso, soy libre —sonrió, me dio un beso y tiró de mí—. Será tu vestido y te lo regalaré yo.

—Claro que sí. En estos días vamos a elegir el tuyo y así dejamos esa parte zanjada —le seguí la broma.

—¿Tú sabes eso de... “el que ríe el último ríe mejor”? Pues ya lo sabes, que te ríes tú mucho de lo que digo, pero es verdad.

—Si nos acabamos de conocer, como quien dice.

—Qué feo eso, si hace una pila de años que nos conocemos. Vamos, será que no compartimos bocadillos de la cafetería en el recreo del instituto.

—A ver, a ver, que, si mal no recuerdo, lo tuyo con los bocadillos era como Gollum con el anillo, que era solo tuyo —protesté.

—¿Segura? No lo recuerdo así.

—Pues yo sí, que no le dabas ni a tu mejor amigo.

—Ese era Enrique Manrique, que también telita con sus padres cuando lo bautizaron, pobre muchacho. ¿Tú sabes qué fue de él?

—No soy tertuliana en Sálvame, lo siento —me encogí de hombros.

—Menos mal, porque entonces no te habría vuelto a encontrar en los juzgados —me dio un beso en los labios y de nuevo me salió esa sonrisilla tonta.

Si me viera mi madre, diría que menuda carita de quinceañera tenía.

Estuvimos paseando por el mercado mientras adquiríamos todo lo que le había pedido su madre. Y aunque Gonzalo era la mar de apañado para las compras y las cosas de la casa como él decía, yo llevaba la lista para que no se nos olvidara nada, no fuera a ser que la pobre Carmen se quedara sin algo importante.

Lo que nos tuvimos que contener de reírnos en un puesto con una mujer que estaba volviendo loco al pescadero y el pobre hombre ya la miraba sin esconder la desesperación a la que lo estaba llevando.

1

—Señora, que me parece muy bien que sea de Galicia y que allí paguéis otro precio, pero que entienda usted que aquí lo pagamos muy caro porque lo traen de allí y tiene un transporte y allí va directamente a las pescaderías —rebufó el hombre, desesperado no, lo siguiente.

—Solo le comento que aquí voy a pagar casi el doble, por si podíamos negociar el precio —soltó con toda la cara y sin cortarse, como si estuviera en el mercado de antiguamente y le dijera al pescadero que le daba una cuñita de queso como trueque por el pescado.

—Son diecisiete con cincuenta —la ignoró dándole la bolsa.

—Se podría quedar en diecisiete —insistió ella.

—Señora, deme lo que quiera —le contestó esta vez muy enfadado y con visibles ganas de querer perderla de vista, y no le culpaba, porque se había puesto en sus trece y del burro no se bajaba, a la vista estaba.

—Pues tenga quince euros, es algo justo —dijo ella, aprovechando la desesperación de él y sin importarle una mierda.

Había personas que no eran conscientes de que su estupidez humana era irracional y esta señora era una de esas que le daban igual que le pusieran la cara colorada con tal de salirse con la suya, y lo peor de todo que con eso desvalorizaban el esfuerzo y trabajo de otros. Me contuve en decirle algo, pero, sin embargo, Gonzalo no...

—Le compadezco caballero —dijo al señor, pero en alto para que la mujer se enterase.

Ella lo miró con indiferencia y siguió hacia adelante. Estaba claro que quien tiene poca vergüenza, la tiene para todo.

El señor nos comentaba que esto era más habitual de lo que pensábamos y que nadie valoraba los impuestos que tenían que pagar para mantener sus negocios abiertos y era la realidad, no solo impuestos: luz, seguridad social, seguros... y un sinfín de cosas que los asfixiaban por completo.

Revisamos la lista de la compra y solo nos faltaba pasar a por la fruta y la verdura frescas.

—Somos un buen equipo —dijo cuando nos íbamos para casa de Carmen—. ¿Ves lo bien que llevaríamos la casa juntos? Me puedes mandar al mercado sin ningún problema.

—No, si, a lo tonto te estás metiendo en mi casa a vivir —reí—. Como me descuide, cuando te vayas dentro de unos días me encuentro tu cepillo de dientes en el cuarto de baño.

—No lo había pensado.

—Y voy yo, y abro la boca —resoplé.

—Esa boca que me tiene loco.

—Loca me tienes tú a mí.

—¿De amor?

—¡Hala! ¿Tú por qué vas tan rápido? Que te acabas de divorciar, ¿no se supone que tendrías que estar huyendo de otra pareja como si fuera una horda de zombis?

—No si la mujer que podría ser mi pareja, eres tú —hizo un guiño y me dio otro beso, y a mí con eso no es que me dejara loca, es que me dejaba lista para encerrarme en un loquero.

Me encantaba esos puntos que tenía, tan divertidos y que todo se lo tomaba con alegría, esa misma que iba repartiendo como el gordinflón de rojo sus regalos en trineo.

La madre de Gonzalo nos recibió con un abrazo a cada uno, ya que era un encanto de mujer que no solo era cariñosa, sino de lo más simpática.

—Muchas gracias, hijos, me habéis salvado estos días —dijo—. Es que me veía sin poder ir y me estaba dando una fatiguita...

—Pues ya tienes todo, mamá, ahora nos invitas a un cafelito calentito, y nos damos por pagados —le contestó Gonzalo, mientras le daba un beso en la mejilla que a ella le hizo sonreír de ese modo tan maternal.

Estuvimos un rato con ella, momento en que llegaron los de la calefacción que se pusieron a arreglarla.

Volvimos a echarnos a la calle y nada más alejarnos un poco de la casa de su madre me cogió de la mano, sonrió antes de besarme y yo me sentía como esa quinceañera que me habría dicho mi madre que era.

Pero es que con Gonzalo me encontraba tan a gusto que no podía no permitirme vivir esto que estábamos viviendo.

Me sorprendía que los años hubieran pasado para los dos y que, aun así, él siguiera siendo ese muchacho divertido y alocado que conocí.

Nos paramos en una terraza a tomar una caña antes de regresar a la casa para seguir el encierro que momentáneamente habíamos interrumpido para traer las cosas a su madre, que estaba claro que eso que le había dicho el hijo de que nos íbamos de campamento, no se lo había creído ni por asomo, vaya.

—Qué bonita es la vida con estas vistas —se refería a mí, pues no había más que ver el modo en el que tenía puestos sus ojos en mí.

—¿Quieres dejar de estar echándome piropos? Llevas toda la mañana así, bueno y ayer también. Al final me lo voy a acabar creyendo y todo.

—Estoy conquistándote —me hizo una burla—. Seguro que si no te dijera nada te molestaba también.

—Algo neutro, por Dios —me reí.

—No quiero. No pararé hasta conseguir que te pongas el vestido —se refirió al de novia.

—Pues tienes un largo camino por delante.

—¿Y quién dijo que quiero las cosas fáciles?

—Pero te lo quieres ganar todo en dos días.

—Te equivocas, lo quiero en cuatro, los que van a durar esta nuestra primera escapada juntos.

—¿Escapada? —me reí.

—Cualquier lugar junto a ti unos días, es toda una escapada para mi corazón.

—Madre mía, qué mal estás —le di un trago a la cerveza.

—Mal estás tú que no quieres ver todo lo que ha pasado entre nosotros.

—¿Tú te estás escuchando?

—Yo siempre me escucho. En el momento en que te escuches tú, te darás cuenta de que todas mis palabras cobran sentido.

—Te juro que me das hasta miedo —murmuré sin dejar de reír.

—Sabes que no, no te puede dar miedo quien te ama tanto.

—¿Y desde cuándo me amas? —carraspeé.

—Desde ese mismo momento en que te vi en el juzgado y supe que eras todo lo que quería y necesitaba en mi vida.

—Pídeme otra —dije antes de bebérmela de un trago.

—¿Otra? Verás que al final acabamos como ayer, de cervecitas y tapas para comer —sonrió.

—No, no, comemos en casa, tú tranquilo, pero es que con lo que me has dicho... pues como que necesito un poco de alcohol, vaya.

—Dale, la última y nos vamos, que tengo que comerte, digo —carraspeó—, hacer la comida para comer.

—Madre mía, Gonzalo, en serio que me das un miedito...

Me reí, porque no podía no hacerlo, y es que ese hombre no es que fuera gracioso, es que tenía un punto de locura que me gustaba cada vez más.

Nos tomamos la segunda cerveza y mientras volvíamos a casa, estuvimos pensando en qué haríamos esos días en casa, de donde según dijo, sí que no volveríamos a salir para nada.

—¿Cómo qué no? Me prometiste churros todos los días para desayunar, mal empezamos si rompes las promesa —volteé los ojos.

—¿Mi niña quiere churros? Pues churros tendrá, por supuesto. Y porra —murmuró haciéndome un guiño, y de la risa que me entró, no me hice pis encima en el camino a mi casa de puro milagro.

—No, no, comemos en casa, tú tranquilo, pero es que con lo que me has dicho... pues como que necesito un poco de alcohol, vaya.

—Dale, la última y nos vamos, que tengo que comerte, digo —carraspeó—, hacer la comida para comer.

—Madre mía, Gonzalo, en serio que me das un miedito...

Me reí, porque no podía no hacerlo, y es que ese hombre no es que fuera gracioso, es que tenía un punto de locura que me gustaba cada vez más.

Nos tomamos la segunda cerveza y mientras volvíamos a casa, estuvimos pensando en qué haríamos esos días en casa, de donde según dijo, sí que no volveríamos a salir para nada.

—¿Cómo qué no? Me prometiste churros todos los días para desayunar, mal empezamos si rompes las promesas —volteé los ojos.

—¿Mi niña quiere churros? Pues churros tendrá, por supuesto. Y porra —murmuró haciéndome un guiño, y de la risa que me entró, no me hice pis encima en el camino a mi casa de puro milagro.

Capítulo 9



Llegamos a la casa y lo primero que hicimos fue ponernos cómodo. Eso sí, tuve que deshacerme de Gonzalo en varias ocasiones que intentó que no me vistiera para que tuviéramos un momento “pasión” como él lo llamaba.

Llegué a la cocina después de esa batalla en la que me reí a carcajadas con un Gonzalo dispuesto a todo por echarme de nuevo en la cama.

—Se te está acabando la pasión —dijo, echando dos vasos con un vinito tinto—. Y eso me va a costar un mundo recuperarla.

—¿¿¿Qué dices, chaval??? —me reí mientras le lanzaba la pala de madera al pecho, que acerté de lleno en la diana, vaya.

—Y encima me maltratas... ¿Dónde quedó ese amor tan grande que estábamos viviendo?

—Qué colleja tienes, Gonzalo —le advertí, cuando me dio de nuevo el cucharón.

—Yo solo quiero estar contigo, vivir contigo, una noche...

—¡Ya! —me reí porque me estaba cantando una canción a base de un intento de palabras románticas— Ponte a cortar la cebolla en trocitos pequeños, anda —se la puse delante con un cuchillo y una tabla.

—¿Y ahora me quieres hacer llorar? Qué poquito me quieres —suspiró cogiendo la cebolla con una cara de pena, que me costó lo mío no reírme, palabrita del niño Jesús, como decía mi hija.

—De verdad, es que tienes más salidas que los toreros, hijo mío.

—¿Me estás relacionando con algo de cuernos? —Arqueó la ceja mientras me miraba de reojo.

—Y luego somos las mujeres las que siempre andamos ofendidas —volteé los ojos—. Menos mal que no está también la niña, si no ya me hubiera tirado por la ventana.

—Vives en un bajo.

—Corta la cebolla —le advertí mientras aplanaba los filetes con un mazo, y él me seguía mirando de reajo.

Me reía con él lo más grande, de verdad que sí, y de sobra tenía que darse cuenta de que le iba siguiendo el rollo, solo que a veces sí que me volvía loca con esas salidas que tenía.

—Una pregunta —dijo, mientras la iba cortando con una precisión que ya quisiera yo, este igual era chef en vez de periodista y me la había dado con queso—. Cuando los abogados os separáis, ¿quién os lleva el divorcio? —preguntó y se echó a reír.

—A mí, mi padre, pero podría llevar mi propio divorcio.

—Y si nosotros nos divorciáramos, ¿me vas a echar a tu padre en lo alto?

—¿Divorciarnos? Dios me libre de casarme contigo —me santigué.

—Vas a caer, ilustrísima letrada, vas a caer y te lo recordaré cuando ya estés con el carrito de los helados y no haya vuelta atrás.

—Uf, menos mal que has dicho el de los helados, que, si me llegas a decir otro carrito, me da algo.

—¿El de bebé? —curioseó con una sonrisilla de medio lado que se me hizo de lo más peligrosa.

—La cebolla, señor periodista, la cebolla.

—Dame un pañuelo o algo, que no veo con las lágrimas. Esto es porque no me quieres, que lo sepas.

—Santísima Virgen María, ¿qué te hice? ¿Eh? ¿Qué te hice? —miré al techo y se echó a reír.

Me gustaba que me buscara de esa manera y yo le seguía el juego provocándolo más con eso de llevarle la contraria.

La verdad es que Gonzalo me estaba levantando la vida y no es que yo la tuviera por los suelos, pero estaba

reavivando algo en mí que hacía muchos años que no sentía y era como si lo hubiera tenido dormido hasta que llegó él y lo despertó de golpe.

En definitiva, me sentía más viva que nunca y estaba viviendo algo demasiado bonito en muy poco tiempo. Era como si una hora al lado de él, equivaliese a un mes con otra persona. La intensidad con la que estábamos viviendo este encuentro era demasiado fuerte.

Quién me lo iba a decir, que alguien al que conocía desde niña iba a aparecer en mi vida tan de repente para darle un giro de esos que no me esperaba para nada a estas alturas. Y no lo decía por mi edad, que seguía siendo joven y con todo el tiempo del mundo por delante para vivir la vida tal como viniese y hacer como Gonzalo, bebérmela a sorbos.

Y si la vida venía de esta manera, con la reaparición de un viejo amigo que se había propuesto arrancarme una sonrisa tras otra, ¿quién era yo para impedirlo? No, no lo impediría, porque pensaba disfrutar de cada momento que Gonzalo me regalara.

—¿Qué más necesita de mí su ilustrísima letrada? —preguntó tras cortar la cebolla tal como le había pedido.

Me eché a reír y le pedí que se encargara de las patatas.

Con los filetes de pollo hice unos rollos a los que les metí una loncha de bacón y otra de queso mientras sofreía la cebolla en mantequilla a fuego muy lento.

Una vez que se hicieron bien los rollitos en ese sofrito le eché la nata, sal, pimienta y un poco de nuez moscada. Lo dejé diez minutos a fuego lento mientras freía las patatas que había cortado Gonzalo en laminas finitas para acompañarlo.

La verdad es que todo quedó con una pinta espectacular sobre el plato y hasta Gonzalo le tiró una foto para mandársela a su madre, y ella contestó con un audio que él no tardó en ponerlo para que lo escucháramos.

—Ay, hijo, qué linda Abigail. Mira qué bonito cocina. Pórtate bien con ella que es una chica centrada y responsable. De esas quedan muy pocas, de verdad, hijo, te lo digo yo que sé más por vieja que por Diablo.

Nos echamos a reír, y es que era adorable. Su hijo que era muy picón no se iba a quedar quieto y no tardó en responderle por audio también y hablando como en flojito para que su madre interpretara que quería que yo no lo escuchara.

—Mamá, me he metido en el baño para que no me escuche ella. Creo que la tengo en el bote y me la estoy ganando a pulso. ¿Crees que debo cogerle una teta o el culo?

Me eché a reír y sería lo que seguramente haría su madre que no era tan mayor y tampoco es que se fuera a escandalizar, pero estaba convencida de que le diría algo gracioso.

—Deja de reírte de ella —murmuré negando.

—¿Sabes lo que se debe de estar riendo? Si a ella le va la marcha. ¿A quién crees que he salido?

—Vamos, que si me junto con los dos, y mi hija, sí que me tiraría por la ventana.

—Daño no te ibas a hacer, así que no te esfuerces.

—Qué paciencia tengo que tener contigo, madre mía, ¿esto lo convalidarán en algún momento de mi vida?

—Sí, cuando te reciba San Pedro lo hará con los brazos abiertos por ser buena cristiana, como la del Recio.

—Toma ya, me acabas de llamar vieja.

—Dale con las suposiciones —suspiró y nos reímos.

No tardamos en escuchar el móvil de Gonzalo con la respuesta de su madre, y el señor periodista se hizo el interesante antes de darle al *play* para que la escucháramos.

—Hijo, las dos cosas, tú a las dos cosas, pero ya sabes, primero prepara el terreno para que no te lleves tremenda hostia. Anda, pórtate bien y no la asustes, muéstrale ese lado tan bonito que tienes, mi vida. Te quiero mucho.

—¿Ves? Si es que soy un amor, lo dice hasta mi madre —sonrió al tiempo que hacía un gesto de lo más gracioso con las cejas.

—¿Y qué va a decir esa pobre mujer, si es tu madre? Para las madres sus hijos son un amor, los mejores, los más guapos...

—¿Para ti también?

—Para mí, la primera, vaya, que me hincho yo como un pavo en Navidad con mi niña —sonreí.

—Sí, se te ve que la quieres —me dio un abrazo desde atrás y un beso en el cuello—. Tiene mucha suerte de

tenerte como madre.

—La suerte la tengo yo por tener esa preciosa hija, no sabes lo buena que es, Gonzalo —sonreí.

—Insisto en que me gustaría conocerla —me dio un beso en la mejilla y se apartó para ir a llevar los platos a la mesa.

Era un bromista, un loquito, pero un encanto de hombre que me sacaba las más bonitas de las sonrisas con sus cosas.

Tras dar el primer bocado me felicitó por lo rico que estaba, comimos mientras me contaba cosas de su trabajo y se notaba que sentía pasión por lo que hacía por el modo en el que hablaba. Cuando acabamos no me dejó ni levantarme para recoger, lo quería hacer él, pero me puse en mis trece y le dije que le agradecía el detalle, pero que no me iba a quedar quieta, y no me quedé sentada.

Entre los dos recogimos todo y lo llevamos a la cocina.

De verdad que cada momento que pasaba con él se hacía más fácil, era como una de esas rutinas en pareja que comenzaban sin que nos diéramos cuenta.

Yo sabía por qué se acabó mi matrimonio, pero no entendía por qué acabó el suyo, si se veía a leguas que Gonzalo era un hombre de los que ya quedaban pocos, poquísimos.

tenerte como madre.

—La suerte la tengo yo por tener esa preciosa hija, no sabes lo buena que es, Gonzalo —sonreí.

—Insisto en que me gustaría conocerla —me dio un beso en la mejilla y se apartó para ir a llevar los platos a la mesa.

Era un bromista, un loquito, pero un encanto de hombre que me sacaba las más bonitas de las sonrisas con sus cosas.

Tras dar el primer bocado me felicitó por lo rico que estaba, comimos mientras me contaba cosas de su trabajo y se notaba que sentía pasión por lo que hacía por el modo en el que hablaba. Cuando acabamos no me dejó ni levantarme para recoger, lo quería hacer él, pero me puse en mis trece y le dije que le agradecía el detalle, pero que no me iba a quedar quieta, y no me quedé sentada.

Entre los dos recogimos todo y lo llevamos a la cocina.

De verdad que cada momento que pasaba con él se hacía más fácil, era como una de esas rutinas en pareja que comenzaban sin que nos diéramos cuenta.

Yo sabía por qué se acabó mi matrimonio, pero no entendía por qué acabó el suyo, si se veía a leguas que Gonzalo era un hombre de los que ya quedaban pocos, poquísimos.

Capítulo 10



Llamaron al timbre exterior y preguntaron por mí. Era para entregarme un paquete. Salí al jardín para recogerlo

—Gracias —dije cogiéndolo.

—Que tenga un buen día —se despidió el repartidor.

—Igualmente —sonreí mientras él salía cerrando la puerta y yo regresaba a la casa.

Entré intrigada con la caja en las manos porque yo no recordaba estar esperando nada. Y es que, haciendo memoria, caí en que no, yo no había pedido nada que tuviera que llegarme en estos días, así que igual se trataba de algún detalle de los que otros años, y por estas fechas, me enviaba Jesús.

—¿Qué? Quemando tarjeta en diciembre, ¿no? —preguntó al verme de regreso.

—Lo extraño es que no recuerdo haber pedido nada.

—Eso entonces es un problema, se llama compradora compulsiva.

—Calla, anda —me reí mientras me disponía a abrir el cartón que venía bajo el sello de una tienda muy prestigiosa que vendía todas las grandes firmas.

No, esto no era cosa de Jesús, él solía mandarme detalles del tipo, cesta de Navidad porque decía que no quería que me faltara ese turrón de fresa que tanto me gustaba. Como dije, a pesar de estar divorciados, la nuestra era una relación muy buena.

—Pues yo quiero ver lo que hay —se acercó hasta mí y observó la otra caja que iba sacando y comprobé que dentro había una bolsita blanca muy elegante de la firma Tous, una de las que más me gustaba para todo tipo de

complementos.

Y ahí se me encendió la bombillita y sonreí, porque estaba claro que no había sido Jesús, y tan solo había otra persona en el mundo que conociera bien mis gustos.

—Esto tiene que ser cosa de mi padre.

—¡Una mierda! —gritó saliéndole del alma y lo miré extrañada— Palabrita —se besó los dos dedos de la mano —que eso lo ha pagado mi bolsillo. Ya me querías quitar el mérito —soltó el aire y me eché a reír.

—Espera, ¿qué has dicho? —Fruncí el ceño— ¿Me has mandado un regalo?

—Es que ayer me lo hiciste muy rico —bromeó poniendo cara de avergonzado.

No me podía creer que de verdad me hubiera hecho un regalo, ¿cómo se le había ocurrido siquiera? Y en qué momento lo había pedido si prácticamente habíamos estado juntos todo el tiempo.

Cogí la nota que venía dentro de la bolsita doblada antes de descubrir el regalo.

«*Cásate conmigo, total si ya la hemos cagado una vez, ¿qué más da otra?*»

e

Solté una carcajada de esas que pensaba que iba a morir ahogada. ¿Cómo podía tener tanto arte este hombre? Le di un abrazo aún sin haber abierto el regalo, pero solo el hecho de sacarme tantas risas y tener esos detalles, ya se lo merecía.

Le di un beso en la mejilla y noté que me abrazaba con más fuerza, dejándome claro una vez más que Gonzalo era un hombre de lo más cariñoso.

—Venga, ábrelo, no hace falta que me contestes hoy, te doy hasta Reyes —dijo como quien no quiere la cosa, y me eché a reír de nuevo.

—Estás fatal, pero reconozco que me encantas —abrí la bolsa—. Por favor qué anillo más bonito y es de oro blanco. ¿Por qué te has molestado en tanto? —No me esperaba aquel detallazo por su parte, de verdad que no, pero sin duda era uno de los más bonitos que habían tenido conmigo en los últimos años, y que atesoraría por siempre como un momento precioso para el recuerdo.

—Y eso son diamantes, no pienses que son circonitas, puedes leerlo en la garantía, menos mal que había *Black Friday*.

Sonreí negando tras escucharlo porque es que tenía unas cosas y unos puntos divertidos que era imposible no acabar riendo con este hombre.

Y yo, que conocía los precios muy bien de esa firma, sabía que los cuatrocientos euros con el descuento de estos días no se los quitaba nadie, pero no era lo que se había gastado, era el detalle de no dudar en hacerlo, no sé si me explico, pero a mí se me cayeron unos buenos lagrimones.

Me había emocionado con este gesto tan bonito y tan tierno, no se hacía una idea de cuánto, y aunque no era necesario que me regalara nada, para mí se quedaría siempre como el más bonito y especial de los regalos que me habían hecho sin duda, en lo que a objetos de refería, porque no había duda de que mi mejor regalo había sido ser la mamá de mi preciosa Paula.

—Que sepas —dijo cogiéndolo en su mano— que es la primera vez que regalo un anillo a una mujer —murmuró colocándolo en mi dedo—. Es la primera vez que he sentido tantas cosas en tan poco tiempo. Me he dado cuenta de que había estado muy equivocado en lo que yo interpretaba como amor, que esa palabra abarca muchas cosas y no hace falta sentir las en el tiempo. A veces, unos minutos son suficientes. Son las mejores veinticuatro horas que he pasado en mi vida. No te estoy pidiendo más que te cases conmigo, pero no tiene por qué ser hoy, eso lo dejamos a un lado —bromeó causándome una carcajada—. Te estoy pidiendo que me dejes seguir a tu lado en cualquiera de las formas, de las condiciones, pero quiero seguir viéndote hasta que me digas que no puedes vivir sin mí, que me necesitas cada día a tu lado, que me necesitas en tu vida.

Si es que hasta hablaba bonito el jodido, había dicho unas palabras preciosas y con tanto sentimiento y sinceridad en su mirada, que me emocionó hasta niveles nunca antes vividos por mi parte.

2

No mentía al decir que me encantaba, porque tenía ante mí a un hombre sencillamente único.

—No entiendo nada, pero me estoy emocionando un montón —dije sin poder dejar de llorar.

—Quise conquistar corazones poco a poco, me casé sin prisas, lo hice convencido de que eso era amor, pero no, los sentimientos no dependen del tiempo que lleves con una persona, no es así, contigo he descubierto que los sentimientos es todo aquello que sientes por primera vez y que experimentas como lo mejor que has vivido en tu vida y eso me está pasando contigo.

—No sé qué decir —murmuré entre sus brazos y mirándolo a unos milímetros de mí.

—Dime que tú también estás viviendo momentos que sientes como especiales y entonces tendré claro que lo nuestro estaba predestinado para que sucediera.

—¿Y por qué me lo dices en plan poeta si tú no eres así? —pregunté bromeando y riendo entre lágrimas que no dejaban de caer por mis mejillas.

—Porque te amo de verdad y para eso no hay broma que valga.

s —Yo creo que también te amo —murmuré tirándome a sus labios.

—¿Crees? —murmuraba, riendo sin dejar de besarme.

—No sé si lo puedo definir, pero es bonito lo que estoy sintiendo por ti, Gonzalo, demasiado bonito.

—Con eso me vale para saber que voy a conquistar por completo tu corazón.

Y selló esa promesa, porque así me lo pareció a mí, con un beso dulce, tierno, cálido y a la vez sensual, seducto y apasionado mientras me estrechaba con fuerza entre sus brazos, esos en los que me sentía bien, mejor de lo que nunca creí que podría sentirme.

Tenía razón en que a veces las cosas no siempre eran mejores por el hecho de que se hubieran ido forjando durante meses o años, sino que en ocasiones bastaba mucho menos tiempo para saber que existía una conexión, una química especial entre dos personas.

Tras ese beso que hablaba mucho más de lo que pudieran decir las palabras, y un abrazo en el que me sentía súper arropada y querida, fuimos a la cocina para prepararnos el café y tomarlo cómodos en el salón acompañado del bizcocho que compramos en el super y que estaba de lo más esponjoso, mientras veíamos una película.

Nos sentamos en el sofá junto a la chimenea cubiertos con la manta, y mientras nos tomábamos el café estuvimos buscando qué ver. No terminábamos de decidimos por una u otra, y en ese momento descubrimos que teníamos el mismo gusto por varios géneros, lo que llevó a que acabáramos haciendo una lista con las películas que podríamos ver juntos.

, Cuando finalmente nos decidimos por una de terror, y aprovechando que aún era de día porque yo de noche no vería una de esas ni, aunque me dieran un lingote de oro, Gonzalo se acomodó en el sofá pasándome el brazo por los hombros, apoyé la cabeza en el suyo y sonreí al notar la yema de sus dedos acariciándome el brazo despacio.

Y de vez en cuando incluso se inclinaba para besarme en la cabeza, gesto que me parecía de lo más tierno por su parte.

Con Gonzalo estaba claro que la mujer que quisiera tenerlo a su lado no se iba a aburrir, pues entre las bromas, las locuras y esos gestos tiernos que tenía, no había duda de que era el hombre perfecto, el compañero ideal para no perder nunca la sonrisa, esa que nadie, jamás, debería borrarlos en la vida.

r

u

Capítulo 11



Después de ver la película nos metimos en la cocina para preparar la cena.

Acabamos decantándonos por una ensalada fresca con tomate, mozzarella, varios tipos de lechuga aliñada con una pizca de sal, aceite de oliva y albahaca.

Y como plato principal una pasta al pesto que ya solo con olerla se nos hacía la boca agua.

Además, Gonzalo abrió un vino tinto de los que habíamos comprado en el super.

Mientras yo terminaba de preparar la ensalada él dijo que se encargaba de poner la mesa, así que lo dejé con ello y en ese momento me llamó mi niña.

—Hola, cariño —sonreí.

—Hola, mamá. Mira, hemos hecho pizza con forma de muñeco de nieve —rio, al tiempo que giraba el móvil para enseñármela.

—Qué buena pinta tiene, ¿qué le habéis puesto?

—Tomate, mozzarella, jamón, bacon, atún, ternera, pollo, champiñones, aceitunas negras y queso. Cada parte del muñeco es una pizza, y lleva unos ingredientes.

—Ya veo ya, os vais a poner las botas —sonreí.

—Y de postre tenemos natillas con galletas.

—Por favor, qué rico.

—¿Qué vas a cenar tú? —curioseó.

—Pues mira, una ensalada que me estoy haciendo.

—Me quedo con nuestras pizzas —se encogió de hombros.

—Haces bien —reí—. ¿Qué tal te estás portando?

—Muy mal, he hecho jirones las cortinas, he pintado en las paredes... —volteó los ojos y a mí me salió una carcajada— ¿Cómo crees que me estoy portando? Pues muy bien, que si no Santa Claus va a decir que he sido mala y no me traerá el regalo que pedí.

—Es verdad, es verdad. Entonces sigue portándote bien, mi vida, que igual además de lo que le pediste, deja alguna cosa más —sonreí—. Y ahora, a cenar.

—Sí, que la pizza tiene una pinta... —se pasó la lengua por los labios como si ya la estuviera saboreando— Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño. Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgué con una sonrisa en los labios y dejé el móvil de nuevo en la encimera para terminar de aliñar la ensalada.

Cuando estaba lista la llevé junto con la pasta al salón y me quedé parada en la puerta al ver cómo estaba todo.

Las luces estaban apagadas y la única iluminación que había era la de las guirnaldas de las lucecitas de Navidad y unas velas que Gonzalo había puesto en el centro de la mesa.

Además, sonaba una melodía suave de fondo que le daba un toque de lo más romántico.

—Pero, ¿y esto? —sonreí mientras iba hacia la mesa para dejar la cena.

—Nuestra primera cena romántica, ¿qué te parece? —me rodeó con los brazos por la cintura y se inclinó para darme un beso en los labios.

—Que estás loco —reí—, eso me parece. Pero me gusta la idea.

—Entonces, ilustrísima letrada, si me permite —se apartó, y como haría el camarero de un restaurante de lujo, retiró la silla para que me sentara.

—Muchas gracias —dije mientras lo hacía.

Sirvió las copas de vino, se sentó frente a mí y cogió la suya para llevarla al centro de la mesa esperando que yo hiciera lo mismo.

—Por los reencuentros inesperados, por nosotros, por una noche perfecta, y por lo que la vida nos tenga preparado —dijo chocando su copa con la mía.

Sonreí y le di un sorbo al vino antes de servirme un poco de ensalada, pero no me dejó hacerlo, ya que se encargó él.

Tenía unos detalles muy bonitos, y a cada momento que pasaba me iba a ganando más y más. Definitivamente no me cabía la menor duda de que Gonzalo era el hombre perfecto para cualquier mujer, porque se desviviría en colmarla de atenciones.

Mientras disfrutábamos de aquella rápida, ligera y deliciosa cena que habíamos preparado y que no me esperaba que fuera a ser un momento romántico que él tenía planeado, no faltaron ni las miradas cómplices, como tampoco las sonrisas que me sacaba con cada una de las locuras que le salían.

Después de cenar, se encargó de recoger la mesa y regresó con el postre tiempo después.

—Fresas con nata, me encantan —dije cuando dejó las mía en la mesa antes de sentarse.

—Pues ha quedado nata —comentó con una sonrisa ladeada y un movimiento de cejas de lo más pícaro.

—¿Y fresas?

—Unas poquitas.

—Entonces la nata para mañana con las fresas.

—Vaya por Dios —suspiró.

—¿Qué tenías tú pensado con la nata, si puede saberse? —cogí una cucharada de fresas que llevarme a la boca y disfruté ese bocado dulce.

—Mejor te lo enseño después de cenar.

—De verdad que me das miedito, Gonzalito.

—Uf, la de años que hacía que no me llamaban así, joder, si eso fue... —se quedó pensando— Sí, justo, en sexto de primaria en el cumpleaños de Enrique.

—Manrique.

—Ese mismo —rio.

—La verdad es que hay cosas que parece que pasaron ayer, y en realidad, hace ya varias décadas.

—Y que lo digas, los años pasan volando.

—A mí me lo vas a decir, que hace nada tenía una bebé chiquitina balbuceando en los brazos, y ahora me habla de su carta para Santa Claus —sonreí.

a

—¿Y qué ha pedido? Igual el amigo de su mamá puede ayudar al gordinflón de rojo a encontrar alguno de esos.

—Todavía no la ha terminado —contesté haciéndome la loca porque si le decía que mi hija había pedido un novio para mí, capaz era de decirme que ya lo tenía delante.

Después del postre nos tomamos una última copa de vino charlando y recogimos todo.

Estaba en la cocina terminando de guardar todo, cuando noté que me rodeaba por la cintura y besaba mi cuello.

—No miento cuando digo que lo que siento por ti no lo sentí antes —susurró.

Me giré para darle un beso y Gonzalo me cogió en brazos, y mientras seguíamos besándonos caminó hasta el salón donde no dudó en recostarme sobre una manta en el suelo frente a la chimenea.

Comenzó a desnudarme despacio y entre besos, contemplando mi cuerpo mientras acariciaba cada centímetro que iba descubriendo. Sentía sus ojos puestos en mí y eso hacía que me estremeciera.

y No me di cuenta de que tenía el bote de nata hasta que le vi cogerlo y me eché a reír.

Gonzalo me hizo un guiño y tras agitar el bote, lo puso sobre mis pechos y apretó hasta que hizo dos perfectos montones con los que cubría mis pezones. Y así fue dejando varios más pequeños en mi cuerpo hasta cubrir también mi sexo.

—Y este sí que es mi postre —dijo en un susurro de lo más seductor.

Se desnudó y tras colocarse a un lado comenzó a lamer la nata de mi cuerpo. Empezó con uno de los montoncitos del pecho y gimió al tenerlo en la boca, para después lamer el pezón haciendo que este se pusiera duro y erecto.

Hizo lo mismo con el otro y pasó a ir recogiendo y saboreando el resto de esos pequeños montoncitos que había dejado sobre mi torso y el vientre.

Se situó entre mis piernas, las separó aún más y sonrió antes de colocar la boca sobre mi sexo sin apartar la mirada de la mía.

Tomó la nata con la boca y lamió mi clitoris con una rápida lamida que hizo que gimiera y me estremeciera de pies a cabeza.

Me agarré a la manta cuando empezó a lamer más y más rápido, mientras llevaba la lengua a mi vagina con esas penetraciones que me estaban volviendo loca, y no tardé en gritar en el momento en el que me penetró con dos dedos.

Los llevaba dentro y fuera con movimientos rápidos y profundos sin dejar de lamer entre mis labios vaginales y hacer que mi clitoris cada vez estuviera más sensible de lo normal.

No se detuvo hasta llevarme al orgasmo, ese que me dejó sin aliento y jadeando.

—Tengo las piernas temblando como dos flanes —dije entre jadeos.

—¿Tenemos flanes? Porque se me está ocurriendo... —Se levantó de un saltó— Ahora vuelvo.

—¿Dónde vas? No se te ocurra dejarme así, que, ¡quiero sexo!

—¡Voy, voy! ¡Un segundo! —gritó y cuando regresó lo hizo con las fresas que quedaban.

—Pero vamos a ver, ¿no se suponía que iba a ser el postre de mañana?

—Es que este postre que tengo delante me gusta más —hizo un guiño.

Se arrodilló de nuevo entre mis piernas y comenzó a poner más montoncitos de nata por todo mi cuerpo y, sobre ellos, las fresas.

—Me siento como una tarta —reí.

—Coincido, pero que quede claro que eres mi tarta, de nadie más.

—Hala, ya estás acaparando —volteé los ojos.

—Es que no me gusta compartir el postre, *baby*.

—Vale, nene, soy para ti solita. Pero como postre, que sabes que hay otras personas en mi vida.

—Madre mía, cómo me voy a poner —dijo acercando la boca a uno de mis pechos, comiéndose la fresa y llevando consigo ese montoncito de nata antes de lamerme el pezón.

—No sabía yo que eras tan goloso —reí.

—Solo contigo, que me produces de todo.

—Pues nada, disfruta del dulce, come, come, no te quedes con las ganas.

—No dudes de que no —contestó antes de comerse la otra fresa con la nata de mi pecho antes de volver a lamer toda la que había dejado por mi cuerpo, hasta llegar a mi sexo.

—Una cosita, ¿yo también puedo probar la nata?

—¿Quieres convertirme en una tarta?

—Hombre, si te dejas...

—Me vas a provocar un infarto de lo que me estoy imaginando —dijo antes de comerse la última fresa con nata esa que estaba perfectamente colocada en mi zona íntima, y tras saborearla volvió a lamerme como si la vida le fuera en ello hasta darme un segundo orgasmo que me dejó igual de jadeante y temblorosa que el primero.

Cuando terminó me puse de rodillas ante él haciendo que se recostara, cogí la nata y fui poniendo montoncitos por todo su cuerpo como había hecho él, sobre los que coloqué una fresa.

e Empecé por los de sus pezones, esos que no dudé ni un segundo en lamer y mordisquear haciendo que se le escapara algún que otro leve gemido. Lamí cada montoncito de nata que había por su torso y el vientre y noté cómo se agarraba a la manta cuando me acercaba a su miembro, ese que podía ver dar pequeños brinquitos anticipando lo que iba a ocurrir.

Deslicé la punta de la lengua por toda su longitud y lo escuché jadear de nuevo, hasta que separé los labios y lo acogí en mi boca de una sola vez.

—Joder, Abi —gimió al notarme.

Y mientras yo me movía dándole placer con la boca, él comenzó a tocarme de nuevo el clítoris y a penetrarme con dos dedos hasta que me corrí de nuevo.

—Ven aquí, preciosa —dijo cogiéndome por las caderas y no dudó en elevarlas para penetrarme desde atrás—. Dios, no sabes cómo me pones.

—Sigue, sigue, no pares —grité mientras lo notaba entrar y salir rápido y con fuerza, alcanzo de ese modo lo más profundo de mi ser.

Nos movíamos al unísono y de manera frenética, gemíamos y gritábamos sin parar y nos íbamos llevando a ese clímax que no tardaríamos en alcanzar.

Y lo hicimos, nos corrimos juntos y entre gritos de puro y absoluto placer, sintiéndonos unidos mientras el orgasmo se iba disipando y nos quedábamos completamente saciados.

Acabamos dejándonos caer en la alfombra con la respiración agitada, abrazados y besándonos con esa pasión que era más que evidente que nos envolvía cuando estábamos juntos.

—Joder, esto sí que me lo has hecho chico —dijo. dándome un apretón en la nalga.

—Nadie me lo había hecho así de rico a mí, jamás.

i, —Lo que significa que estoy ganando muchos puntos, perfeto. No voy a tardar en conquistar tu corazón, y tú que no querías creerme, mujer de poca fe —suspiró.

—Estás fatal, en serio —reí.

—No, no, tú me haces estar fatal. Me vuelves loco, preciosa —me acercó a él y volvió a besarme.

Y sí, entre besos y tontos, acabamos devorándonos de nuevo allí, en el suelo, frente a la chimenea.

—Estás fatal, en serio —reí.

—No, no, tú me haces estar fatal. Me vuelves loco, preciosa —me acercó a él y volvió a besarme.

Y sí, entre besos y tonteos, acabamos devorándonos de nuevo allí, en el suelo, frente a la chimenea.

Capítulo 12



¡Mierda! Abrí los ojos y al mirar el móvil vi un mensaje de mi padre que venía para tomar un café conmigo y me traía una bandejita de mis pasteles favoritos.

—Mi padre viene de camino —le dije cuando me estaba intentando meter mano—. Vamos a vestirnos y hacemos como si tú también hubieras acabado de llegar.

—Me puedo quedar metido debajo de la cama o en el armario.

—Ni de coña, si me llevaste con mentiras a casa de tu madre, tú te vas a comer el saldar a mi padre.

Nos vestimos e hicimos la cama. Teníamos todo muy recogido. Nos servimos un café y mi padre no tardó en aparecer.

—Hombre, papá, qué ganas tenía de darte un achuchón —lo abracé—. Y, tu nieta, aunque no está, me pide todos los días que te diga que te quiera.

—Anda que no es zalamera mi nieta —sonríó con ese brillo en los ojos que dejaba claro que él también la quería con locura.

—¿Te acuerdas de Gonzalo que estudió hasta bachillerato conmigo?

—Claro. Se fue a estudiar periodismo si mal no recuerdo.

—Sí, eso hice —dijo Gonzalo saliendo de la cocina.

—Hombre, Gonzalo qué alegría —se fue para él y le dio un abrazo—. Estás irreconocible, todo un hombre. ¡Qué sorpresa verte por aquí! —le decía emocionado.

—Llevo varios días acosando a su hija para que no se aburra —le bromeó el jodido—. Y esta mañana le dije que, o me invitaba a un café, o saltaba el muro y me colaba por la cara.

—¿Cómo no te va a invitar Abigail a un café si casi os habéis criado juntos? Por cierto, tu padre falleció, ¿no? Me enteré por un amigo que teníamos en común.

—Sí, sí. También me enteré de lo de su mujer. Lo sentí de verdad.

—Cosas de la vida —le apretó el hombro.

—Bueno, pasad para la cocina —dije llevando la bandeja que había traído mi padre, que se la quité de las manos con ansia porque me encantaban esos pastelitos—. Te voy haciendo un café, papá, que nosotros ya lo tenemos servido.

—Vale hija —asintió—. ¿Y qué tal se os presentan las fiestas? —le preguntó a Gonzalo, que estaba dando un sorbo a su café.

—Pues tranquilos. Me acabo de divorciar y he regresado a la ciudad. Así que estaré tranquilo en casa con mi madre.

—Puedes venir en Nochebuena aquí con ella, vamos a cenar mi hija, mi nieta y yo —mi padre había acabado de darle la clave.

—Papá no lo pongas en un compromiso —carraspeé.

—No, para nada, es todo un honor para nosotros poder compartir la cena con ustedes. Mi madre estará encantada de preparar uno de sus platos. Lo veo una idea genial. ¿Te importa, Abigail? —me preguntó el muy zalamero. Este sabía latín, griego, y hasta lenguas más antiguas y muertas todavía, vaya que sí.

—Ah, no, no, todo lo contrario —sonreí y lo miré de lado cuando mi padre no me miraba.

—Entonces no hay nada más que hablar —ratificó mi padre—. Además, tengo que aprovechar para estar con mi nieta, que en Fin de Año le toca con su padre. He estado hablando con Jesús y me confirmó que finalmente tiene la cena con su familia en Fin de Año y quiere aprovechar para que esté la niña.

—Sí, me lo dijo ayer por mensaje —le confirmé.

—Estoy pensando hoy en ir a comer a la bodega de la Romería que va a haber una “zambobá”. ¿Os animáis? O:

invito —se ofreció mi padre.

—Es una idea muy buena —contestó Gonzalo sin darme opción a que contestara o propusiera otra cosa—. Antes estábamos hablando de la posibilidad de comer juntos —dijo el muy descarado.

Lo dicho, este sabía hablar en arameo y me atrevería a decir que hasta los idiomas esos inventados de las películas de *El señor de los anillos*. La madre que lo parió, qué tranquila estaba en su casa esa buena y santa mujer.

—Oye que si tu madre se anima se puede venir. Lo mismo le apetece salir un poco.

—Ahora mismo se lo pregunto.

—Qué rápido preparáis todo —murmuré, riendo con ironía.

—Son días para aprovecharlos hija, que luego viene el estrés de los pleitos. Por cierto, ¿estás trabajando como periodista? —le preguntó a él mientras cogía la taza de café que le acababa de poner por delante.

—Sí, pero *freelance*. Trabajo haciendo artículos para varios periódicos y vendiendo titulares que consigo a través de mis fuentes. Soy multiusos.

2 —Una navajita suiza es Gonzalito —dije con cierto retintín, y mi padre sonrió.

—Ya veo, pero trabajas libremente y no hay nada mejor que eso.

—Desde luego, sin horarios ni presiones, cómodo desde mi casa y exponiendo todo aquello sobre lo que quiero informar con mis propias palabras.

—Pues me alegro mucho de que hayas llegado lejos en la vida —sonrió mi padre.

Me escuché gemir y los dos me miraron, mi padre estaba más que acostumbrado a esos sonidos que salían de mi boca cuando me comía uno de estos pasteles, y Gonzalo con los ojos brillantes y mordiéndose el labio con cierto i disimulo para que mi padre no lo viera. Porque estaba él, que, si no, ya me habría tirado sobre la encimera para comerme viva como la noche anterior.

Dios, mejor no pensar en eso o me entrarían calores.

—Hija, te has puesto roja de repente —dijo mi padre, a lo que Gonzalo sonrió con maliciad porque sí, ese

jodido sabía bien en lo que estaba pensando, que ya nos íbamos conociendo.

—Eso es la chimenea, que le da calor —soltó el muy descarado para decirme así, en clave, que sabía en lo que pensaba.

Gonzalo fue hacia el salón dejándonos solos y llamó a su madre que no dudó en ningún momento en apuntarse.

—Listo, se irá para la bodega a la una —dijo cuando volvió, y es que a ella le cogía a la espalda de su casa.

—Genial —sonreí aplaudiendo y haciéndole gestos a escondidas de mi padre de que lo iba a matar. Obviamente de broma. No me disgustaba para nada la idea.

A decir verdad, me apetecía porque Carmen era una mujer encantadora, y al igual que mi padre, aún era joven como para quedarse en casa metida en un día de fiesta como hoy. Tal como decía su hijo, la vida había que vivirla saborearla y beberla sorbo a sorbo aprovechando cada minuto.

Mi padre se quedó charlando con él en el salón mientras yo me arreglaba un poco más, porque Gonzalo si se vistió como si viniera de la calle, pero yo de estar por casa. Había que disimular bien.

Solo esperaba que mi padre se hubiera creído eso de que acababa de llegar para tomarnos un café, porque me resultaría un poquito incómodo decirle la verdad.

Aunque era una mujer adulta y no había hecho nada malo, tenía un poquito de reparo a que supiera eso, al menos ahora.

Ma arreglé, pero cómoda. Unos jeans pitillo por dentro de mis botas Valverde del Camino, en tono crudo a juego con el jersey de punto que combiné con una camisa blanca debajo con el cuello abierto y una chaqueta de pelitos por dentro. Me colgué un bolso de bandolera de piel marrón y tras comprobar que estaba lista e impecable, salí para el salón.

En ese momento se me vino a la cabeza Carmen, la madre de Gonzalo que sí sabía que su hijo estaba de i campamento conmigo, vamos, que no se habría creído aquello porque la mujer tonta no era y de sobra sabría que se quedó en mi casa. Miedito me dio como el que me daba su hijo a que por error se le escapara algo, mandando a la mierda delante de mi padre esa mentirijilla piadosa que le había dicho.

—Cuando queráis podemos irnos —dije y cuando me miraron, a los dos se les dibujó una sonrisa en los labios.

La de mi padre de esas de orgullo y admiración y la de Gonzalo, una de esas de un hombre que admira a la mujer de la que dice estar enamorado.

—¿Has visto qué hija más guapa tengo, Gonzalo?

—Sí que lo es, sí —sonrió él—. Mira que la recordaba bonita, pero ahora está guapísima.

—Vosotros seguid sacándome los colores así, que después diremos que es por el calor de la chimenea —suspiré.

—Si te viera tu madre... —me dijo con esa sonrisa y el brillo de la emoción en sus ojos.

Me dio un beso en la frente y fue hacia la puerta, momento en el que, aprovechando que nos daba la espalda, Gonzalo me robó un beso rápido.

—La mujer más bonita del mundo, y es mía —susurró con un guiño, al tiempo que me daba un pellizco en la nalga a sabiendas de que no podía protestar para no llamar la atención de mi padre.

Resoplé volteando los ojos y fuimos hacia la puerta donde ya estaba él esperándonos con una sonrisa. Cogí las llaves y nos echamos a la calle a pasar unas horitas en buena compañía.

—¿Has visto qué hija más guapa tengo, Gonzalo?

—Sí que lo es, sí —sonrió él—. Mira que la recordaba bonita, pero ahora está guapísima.

—Vosotros seguid sacándome los colores así, que después diremos que es por el calor de la chimenea —suspiré.

—Si te viera tu madre... —me dijo con esa sonrisa y el brillo de la emoción en sus ojos.

Me dio un beso en la frente y fue hacia la puerta, momento en el que, aprovechando que nos daba la espalda, Gonzalo me robó un beso rápido.

—La mujer más bonita del mundo, y es mía —susurró con un guiño, al tiempo que me daba un pellizco en la nalga a sabiendas de que no podía protestar para no llamar la atención de mi padre.

Resoplé volteando los ojos y fuimos hacia la puerta donde ya estaba él esperándonos con una sonrisa. Cogí las llaves y nos echamos a la calle a pasar unas horitas en buena compañía.

Capítulo 13



Nos dirigimos hacia la bodega donde ya nos esperaba su madre en la puerta. Gonzalo y yo nos miramos pensando lo mismo y es que esa mujer venía arreglada impresionante y muy moderna, porque lo era.

Mi padre la saludó con un abrazo al que ella correspondió con mucho cariño, a la vez que le decía que estaba muy guapo. Graciosa era como el hijo. Obviamente mi padre, también le regaló algún que otro piropo mientras la miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

Pedimos una botella de vino dulce, típico de estos días y unas tablas con surtido de ibéricos, olivas y chips. Cogimos uno de esos barriles que tenían una base de madera redonda y al vuelo que servía de mesas. Tenía sus taburetes alrededor que fue donde tomamos asiento y eran cómodos, ya que no estaban muy altos.

Un grupo rociero amenizaba el ambiente con canciones modernas versionadas al flamenco. Mi padre y Carmen entraron rápido en conversación hablando entre ellos como si estuvieran solos.

—Verás que se casan antes que nosotros —bromeó en mi oído, causándome una carcajada que llamó la atención de ellos.

—Mi hijo seguro que te dijo un disparate.

—Uno tras otro, Carmen, menos mal que es gracioso.

—Y más vale que se porte bien contigo que desde que se fue a tu casa antes de ayer, estoy con las carnes abiertas.

A tomar por culo la mentirijilla a mi padre, y mira que yo no quería pensar que pudiera decir algo, que la veía una mujer un poco menos alocada que a su hijo, pero la que se acababa de quedar con las carnes abiertas y más blanca que la pared, era yo.

—Mamá, acabas de descubrirla —le dijo Gonzalo, llorando de la risa y mi padre me miró negando.

—Hija, ¿por qué me ocultas esas cosas? —preguntó riendo y arqueando la ceja, al menos se lo había tomado bien, que yo pensaba que me iba decir cualquier cosa.

—Papá, es que no te esperaba y se me ocurrió eso, pero ya lo hablamos otro día —apreté los dientes.

—Vivid la vida, sois muy jóvenes —nos dijo mi padre, sin perder la sonrisa y volviendo a seguir conversando con ella personalmente. Vamos que pasaban de nosotros dos.

—Se te pasó avisar a tu madre —murmuré aguantando la risa—. Y mira que se me pasó por la cabeza que se le escapara algo, pero pensé que a lo mejor no, pero nada, que mi coartada se ha ido al traste —suspiré—. Y, por cierto, ¿también te voy a tener que aguantar en Navidad? —carraspeé mirándolo fijamente.

—Amigos con derecho a Navidad —me dio un pellizco en la mejilla y me puse roja por si me veía mi padre, pero a Gonzalo es que parecía que le diera igual.

—Amigos con derecho a Navidad... —repetí negando y riendo.

Estaba loco, de verdad que sí, pero bendita esa locura que él tenía y había traído en estos días a mi vida.

No dejaría de decir que me encantaba Gonzalo, y es que con él estaba viviendo un momento de lo más especial y absolutamente mágico, perfecto. Era como ya había mencionado, como si estuviera de nuevo en mi época de veinte años conociendo a una persona especial.

Desde luego que el destino era de lo más caprichoso, porque, ¿quién, sino él, habría puesto a un viejo amigo de la infancia en mi vida de nuevo?

Miraba a Gonzalo y se me escapaba una sonrisilla cada dos por tres, y cuando era él quien me miraba, lo hacía con esa media sonrisa que me desarmaba y esos ojos azules que me hacían estremecer.

No solo era una persona con un exterior de infarto, sino que el interior que tenía era perfecto y único, el de un hombre tierno y cariñoso cuando debía serlo, loco en otros momentos, y apasionado en otros haciendo que me volviera loca por completo y deseara volver a sentir sus besos y caricias.

Ni cuenta que nos habíamos dado cuando miré a la pista y me encontré a mi padre y a su madre bailando a ritmo de la “zambobá” de lo más animados.

—Pero bueno... —murmuré incrédula.

—Mira cómo la agarra, tu padre creo que está reviviendo una segunda juventud.

—Calla, que me quedo muerta. Pero vamos, que tu madre sabe cómo provocar. Se le va a salir la cadera de tanto moverla.

—Pues yo lo veo a él más suelto, mira, casi le coge la nalga.

—No estoy preparada para estas cosas —me eché a reír negando, al tiempo que me cubría la cara con las dos manos.

—Tú míralos, que así nos veremos nosotros a su edad, bailando como dos veinteañeros, provocándonos hasta hacernos caer en la tentación del placer más carnal y comernos vivos —susurró.

—Para, que al final...

—Te vas a mojar entera, lo sé —murmuró al tiempo que se colocaba detrás de mí, aprovechando que nuestros padres estaban más centrados en su baile que en nosotros—. Y no sabes cuánto me pone imaginar eso —me dio un beso en el cuello y noté el leve roce de su entrepierna en mi trasero.

—Gonzalito, para, que no es momento —sonreí.

—Solo si me prometes que esta noche me das otro postre rico de esos.

—Verás que al final te me afionas a las fresas con nata —reí.

—A las fresas con nata sobre tu cuerpo, que eso es toda una tentación —y me robó otro beso rápido en los labios.

Nos servimos otra copita de ese vino dulce, de ese que era muy peligroso, ya que subía de una manera vertiginosa. Nuestros padres sin embargo se habían ido a la barra y se habían pedido un vino tinto por lo que podíamos ver. Se quedaron allí a un ladito charlando entre risas y pasando de venir hacia nosotros. Anda que no estaban a gusto y se veía a leguas.

—Pues mejor para nosotros —murmuró cogiendo embutido de la tabla, ya que ellos se habían apartado.

o

—Eso digo yo, nos han dejado todo para los dos, qué problemón —murmuré con ironía.

—Es que me los veo venir, cuando nos hayamos despistado un poco, esos dos desaparecen sin despedirse.

—No conozco esa faceta de mi padre —reí.

—Ni yo de mi madre, pero lo que estoy viendo es lo más parecido a un calentón más grande que todas las cosas

—¡Por Dios! Solo están hablando más cerca de lo normal.

—¿Y esas caricias en la mejilla que le está haciendo tu padre?

—Las mismas que me haces tú a mí mil veces.

—Pues ahí lo tienes —se echó a reír provocando que a mí me saliera la risa de igual manera, y es que estaba clarísimo, más bien cristalino, que entre ellos había chispa.

No había más que verlos, esas sonrisas, esas miradas, el modo en el que mi padre le acariciaba la mejilla a Carmen como tantas veces Gonzalo me había acariciado a mí. No le faltaba razón, entre nuestros padres iba a pasar algo...

—Ay, pollito, la que hemos liado, amigo —le dije negando sin poder parar de reír.

—Amigo... —arqueó levemente la ceja con una sonrisa de medio lado.

—Sí, amigo.

—Amigo con derecho a Navidad.

—¿Cuántas veces me vas a repetir eso para convencerme de que ese paso no es algo más que lo normal?

—Cómo me conoces, me pones cachondo.

—Quita, que no quiero que mi padre... —no me dio tiempo a nada porque me dio un beso en los labios, otro más, pero este un poco más largo que los otros.

—Adicto a tus besos, así me declaro desde este momento. Son la mejor de las adicciones, *baby*.

—Me muero, me estás dando el día —resoplé.

—¿Y lo bien que te lo pasas conmigo? Eso no tiene precio, para todo lo demás, la *MasterCard*.

—Señor, qué paciencia tengo contigo —volteé los ojos.

i. —Anda, que te encanta que sea así —me acarició la espalda—. Me encantas, Abi, de verdad, me encanta todo de ti.

—Eso es que no has visto lo que hay verdaderamente debajo de esta apariencia de mujer tan encantadora y bonita.

—¿Y qué hay? ¿Un alien verde como el de *Los Simpson*? Porque si quieres experimentar con mi cuerpo y saciarte de sexo, yo me dejo.

—Peor que un alien —reí, porque de verdad que tenía unas salidas únicas para cada ocasión.

—Sorpréndeme, ¿qué hay?

—Una bruja —dejé la copa en la mesa tras dar un sorbo—. Una bruja de esas viejas y arrugadas, con verrugas, nariz de gancho, voz de pito y risa malvada.

—Pues mira, con un disfraz de bruja sexy, te imagino y... Uf, necesito más vino —dijo cogiendo la botella.

—Verás el vino al final —reí—. De aquí te llevo a cuestras hasta casa.

—No, no, que yo controlo, tú, tranquila. Dame un beso, bruja vieja y fea —me pidió acercando la cara a la mía y sonreí.

—Estás loco, en serio —negué riendo.

—Loco por ti, no me cabe duda. Y si dices que eres bruja, entonces es que me tienes hechizado por completo. Ahora quiero mi beso.

—Gonzalo, en serio, que están nuestros padres...

—No nos miran, les interesa más su propia conversación. Dame un beso o te lo robo yo, no te digo más.

—No te atreves a robarme un beso de película —lo reté, y en qué hora lo hice.

Sonrió de medio lado con esa malicia que ya conocía en él, arqueó la ceja y ni tiempo me dio a apartarme, cuando ya me tenía cogida por la cintura con un brazo y pegada a él para robarme un beso de cine apasionado.

Sonrió de medio lado con esa malicia que ya conocía en él, arqueó la ceja y ni tiempo me dio a apartarme, cuando ya me tenía cogida por la cintura con un brazo y pegada a él para robarme un beso de cine apasionado.

Capítulo 14



No había manera de aplacar a unos padres que no dejaban de bailar y estar a su bola como si hubieran ido solos. La verdad es que se lo estaban pasando genial y era una pena interrumpirlos así que nos fuimos hasta ellos y nos despedimos diciendo que íbamos a ir a ver una peli y que disfrutaran de la tarde.

—¿Ya os vais? —preguntó ella.

—Estos jóvenes no aguanta como nosotros, Carmen —contestó mi padre con todo el arte.

—Va a ser eso, papá —reí—. Divertíos —le di un abrazo y un beso.

—Y tú, que la vida está para vivirla —susurró.

La madre de Gonzalo me comió a besos antes de irnos y salí de allí pensando que todo esto era una locura que no acababa más que comenzar porque aún quedaba por llegar la Navidad.

—Valor hemos tenido en dejarlo solos, capaz de que aparezcan embarazados —bromeó y le di una colleja—. ¿Qué? He escuchado que alguna mujer tuvo un hijo a los sesenta.

—Calla por Dios, que esa fue Ana Rosa, y no sé yo si la pobre Carmen querría criar a otro como tú, que se volvería loca. Además, tu madre ya debe de tener la menopausia.

—Si quieres la llamo y le pregunto.

—Sí, claro —me eché a reír—. Lo primero es que ni nos cogerían ahora una llamada. ¡Anda qué no están a gusto!

—Entonces que me quede claro. ¿Nos hizo tu padre salir para ligarse a mi madre?

—Oye, que tu madre fue la primera que comenzó a piroparlo, así que no seas tan chulo.

Me reía, pero a la vez no podía no alegrarme por mi padre, que saliera de casa con alguien diferente a sus amistades habituales o a alguno de esos abogados con los que a veces solía tomar café, era bueno para él.

Y a Carmen la conocía, aunque fuera de vista y oídas como quien dice.

Si se hacían amigos y salían a comer o cenar juntos, disfrutando de la vida y así no sentirse tan solos en casa, ¿qué mal le hacían al mundo? Pues ninguno, que ya eran mayores para hacer y deshacer lo que les diera la realísima y santa gana.

Que vivieran, que como bien decía mi padre, la vida estaba para eso, para vivirla, y nunca se era demasiado mayor para disfrutar de lo que se nos presentara en cada ocasión.

—Se casan antes que nosotros, lo veo, mi amor —dijo de pronto echándome la mano por el hombro.

—Madre mía, qué cruz me ha caído contigo... —resoplé al tiempo que reía, es que no podía con sus locuras, de verdad que no.

Y de nuevo se paró ante aquel escaparate de vestidos de novia en el que seguía aquel que tanto le llamaba la atención para mí.

Volvió a quedarse mirando el vestido como la primera vez, fijamente y sin apartar la vista, como si de algún modo estuviera imaginándose a mí con el puesto.

—Te está esperando, amor mío, está ahí para ti —dijo serio y sin mirarme—. ¿No lo ves?

—Más bonito que el primero que llevé sí que es, sí —dije riendo.

—¿Y a qué esperas para que me dejes regalártelo?

—Gonzalo —tiré de él para que siguiera el paso.

—Es que es tan bonito, y lo imagino en tu cuerpo...

—Dale, tonto, que tienes cada cosa...

—A tu padre le caigo bien y a tu hija estoy seguro que me la gano en menos de dos minutos —se encogió de hombros.

—Conociéndote lo logras en diez segundos.

—Qué Navidad más bonita vamos a pasar, amiga —decía, buscándome la lengua.

Y ese modo de llamarme amiga lo hacía con un tonito de esos con un ligero retintín, pero que no me evitaba reírme.

Se pasó todo el camino con esos besos en la mejilla mientras comentaba que la nuestra podría ser una boda perfecta, de esas que dejarían claro que el segundo matrimonio siempre era mejor que el primero.

No me meaba de la risa porque Dios no quería, en serio, que este hombre era único para soltar cada cosa, que veía que iba a acabar con agujetas hasta en las pestañas de tanto reírme estos días, de verdad que sí.

Estaba abriendo la puerta del jardín cuando me cogió en brazos y la atravesó conmigo, tarareando la marcha nupcial. ¿Cómo era posible que no dejaba de bromear con esa idea cuando recién se acababa de divorciar?

Que sí, que me lo había explicado de muchas maneras, pero me sorprendía tanto y a la vez me resultaba tan fascinante, que no dejaba de alucinar con la idea de que sintiera realmente todas esas cosas que me decía, aunque para ser sinceros, yo también estaba como una niña pequeña el Día de Reyes con el mejor de sus regalos, y es que eso había sido Gonzalo para mí en estos días.

Nos fuimos directos a la ducha para ponernos el pijama y hacernos un café.

Entre miradas de esas que me dedicaba siempre, sus besos suaves y esas caricias que me regalaba, me fue desnudando sin prisa, pero sin pausa. Me besó con pasión y entramos en la ducha bajo esa agua caliente que no hacía más que demostrar que nosotros mismos ya estábamos ardiendo por completo.

Me tocaba de manera que me encendía más a cada segundo que pasaba. Se colocó a mi espalda y cubrió mis pechos con ambas manos, esas que los masajearon y comenzaron a pellizcar los pezones hasta hacer que mi excitación fuera cada vez mayor.

—Tócate, preciosa, quiero ver cómo te tocas para mí —susurró.

—¿Qué dices? —reí nerviosa.

—Quiero ver tus manos entre tus piernas, que separes los labios con una de ellas y te toques con la otra, quiero

ver cómo tus dedos se deslizan sobre el clítoris y escucharte gemir mientras te penetras con ellos.

—Dios, me has puesto cachonda.

—Pues hazlo, mi amor, hazlo para que disfrute con esa imagen.

Lo hice, por supuesto que lo hice mientras él seguía jugando con mis pezones, y cuando comencé a mover las caderas en busca de su miembro duro y erecto con el que rozar mis nalgas, Gonzalo dio un empujón con fuerza y me llevó a gritar presa del placer.

—Vamos, preciosa, llévate al orgasmo —me pidió.

Apartó las manos de mis pechos y noté que separaba mis piernas desde atrás, momento en el que su miembro comenzó a deslizarse entre mis nalgas rozándome también el clítoris mientras yo me lo tocaba.

Alcancé el orgasmo y el muy cabrito se arrodilló delante de mí, apartó mis manos y lamió sin parar hasta que me corrí en su boca.

Se incorporó de nuevo, me cogió en brazos y tras pegar mi espalda a la pared, comenzó a penetrarme con fuerza una y otra vez sin parar mientras me besaba y mis gemidos y gritos morían en su boca.

De nuevo nuestros cuerpos se había atraído como dos imanes haciendo que termináramos desfogando toda la tensión acumulada de lo que llevábamos de día.

Nos secamos entre miradas y sonrisas cómplices, y a pesar de que todo aquello me había parecido una absoluta locura al principio, ahora confirmaba que había sido la mejor de todas las locuras que pude haber hecho en mi vida.

Después de ponernos los pijamas preparamos un café bien calentito con unas galletas de chocolate que tenía buenísimas y fuimos para el salón.

Gonzalo sacó el portátil que había traído en su mochila cuando se vino a mi casa y mientras tomábamos el café frente a la chimenea, él se puso a trabajar en un artículo que tenía que entregar antes de mañana.

Realmente estos días lo tenía muy aliviado porque siempre se los planificaba así para las fiestas y más este año, que como decía las quería beber sorbo a sorbo desde la soltería, lo que no se pudo imaginar es que lo iba a beber a tragos largos, como esos momentos por los que habíamos pasado en tan poco tiempo.

Yo aproveché para ponerme en el mío a revisar correos de dudas de algunos clientes y las fui contestando para

quitármelas de en medio ya que nos quedaban pocos días de trabajo antes de cogernos vacaciones desde Navidad hasta después de Reyes que no trabajábamos ni mi padre ni yo, pero se quedaban dos letrados de nuestro despacho de guardia para cualquier tema que tuvieran que cubrir.

Tenía ganas de ver a mi pequeña, la recordaba a cada rato y es verdad que por muy bonito que estuviera viviendo estos días, la echaba muchísimo de menos.

Estuvimos trabajando por lo menos dos horas en las que increíblemente Gonzalo estaba tan concentrado que parecía que se había quedado mudo.

—Y por fin terminé lo de mañana y lo de dentro de tres días —dijo aplaudiendo y cerrando el portátil después de haberlo enviado a las redacciones.

—Qué bien. Yo contesté algunos e-mails, pero hasta Navidad, me quedan aún muchos días de curro.

—No tantos, cariño —me pellizco la mejilla—. Además, me tendrás a ratos alegrando tus días —me besó después de dejar constancia de que no me pensase que iba a desaparecer de mi vida.

Y si era sincera conmigo misma, no quería que lo hiciera porque ante todo era un amigo que la vida, el destino, o quien fuera, había vuelto a traerme para hacer mis días aún más divertidos y locos.

quitármelas de en medio ya que nos quedaban pocos días de trabajo antes de cogernos vacaciones desde Navidad hasta después de Reyes que no trabajábamos ni mi padre ni yo, pero se quedaban dos letrados de nuestro despacho de guardia para cualquier tema que tuvieran que cubrir.

Tenía ganas de ver a mi pequeña, la recordaba a cada rato y es verdad que por muy bonito que estuviera viviendo estos días, la echaba muchísimo de menos.

Estuvimos trabajando por lo menos dos horas en las que increíblemente Gonzalo estaba tan concentrado que parecía que se había quedado mudo.

—Y por fin terminé lo de mañana y lo de dentro de tres días —dijo aplaudiendo y cerrando el portátil después de haberlo enviado a las redacciones.

—Qué bien. Yo contesté algunos e-mails, pero hasta Navidad, me quedan aún muchos días de curro.

—No tantos, cariño —me pellizco la mejilla—. Además, me tendrás a ratos alegrando tus días —me besó después de dejar constancia de que no me pensase que iba a desaparecer de mi vida.

Y si era sincera conmigo misma, no quería que lo hiciera porque ante todo era un amigo que la vida, el destino, o quien fuera, había vuelto a traerme para hacer mis días aún más divertidos y locos.

Capítulo 15



—Hoy tenemos para cenar...

—Joder, Gonzalo, ¿cuándo vas a parar? —me eché a reír al verlo aparecer por el salón con la tapadera de la sartén en medio de sus caderas como simulando que había cocinado su miembro.

—Te dije que era una gran sorpresa —se reía feliz por sus propias cosas y a mí me encantaba—. Fuera de bromas, te estoy cocinando unas empanadillas fritas de tomate, huevo duro y atún que me vas a pedir de rodillas que me case contigo.

—Pero, ¿por qué tienes esa obsesión de casarte y encima me quieres meter en ese marrón?

—Mis padres fueron un matrimonio feliz, los tuyos también y nuestros matrimonios no salieron bien. ¿Tendremos que arreglar las cosas y no sentir que el problema somos nosotros? —Me hizo un guiño desde la puerta y se marchó de nuevo a la cocina para seguir preparando la cena.

Negué mientras seguía tirada en el sofá viendo un capítulo de una serie que me habían recomendado. A él se le había metido en las narices que la cena la hacía solo y que yo me quedara tumbada y, oye, como que me gustaba obedecer de vez en cuando.

La verdad es que me sentía súper mimada por él, era de lo más atento y cariñoso en todo momento y eso era de agradecer. Desde luego que otro como Gonzalo no había conocido hasta ahora, quitando a mi ex que en nuestra época de enamorados era un encanto, y estaba segura de que estaba poniendo el listón tan alto que otro no encontraría.

—Toma, te traigo un adelanto de lo que será la cena —me dio una empanadilla medio cubierta con una servilleta.

—Joder, pues sí que te han salido ricas —murmuré mientras masticaba el primer bocado y me daba un paladar

riquísimo.

—Tengo un truco para la receta, pero obviamente si no te casas conmigo no podré decírtelo —se encogió de hombros—. No es algo que se le pueda ir contando a todo el mundo, así como así, a la ligera.

—Lo entiendo, créeme que sí —puse cara de circunstancia—. Moriré con la tristeza de no saber qué toque le das para que estén tan buenas.

—Desde luego, qué manera de romperme las ilusiones —resopló dirigiéndose de nuevo a la cocina para seguir terminando de preparar la cena.

Yo me reía allí sola en el sofá porque era divertido y tenía un arte para decir las cosas que no veas, pero me gustaba pincharle y ver esa carita de pena y circunstancias que se le quedaba.

Fue trayendo las cosas a la mesa y la verdad es que se curró unos fideos en un caldo de aves que tenía una pinta brutal, por no hablar de esas empanadillas que estaban para no dejar ni una sola en el plato.

La serie que yo estaba viendo, él ya la había visto hace tiempo y me tenía nerviosa relatándome lo que iba a pasar en todo momento, pero luego descubría que se estaba quedando conmigo y no era lo que estaba diciendo.

No quedó ni una miga en la mesa y la verdad que era para felicitarlo con la buena mano y cariño que había preparado la cena.

—¿Qué tal ha cenado su ilustrísima letrada? —preguntó después de que recogiéramos todo.

—Muy bien, estaba todo buenísimo, señor periodista —sonreí.

—Me vas a tener que cuidar mucho para no perderme, *baby* —murmuró echando su cabeza en mis piernas.

—Bueno, tampoco tanto, a ver si me voy a agobiar —le seguí la gracia bromeando.

—Mucho, me vas a tener que cuidar mucho. Un angelito como yo, lo querría secuestrar cualquier alma oscura.

—Lo mismo me secuestran a mí antes —dije, causando que levantara la cabeza y me mirara extrañado.

—¿A ti? ¿Y quién va a querer poner su vida en peligro haciendo eso?

—Eres tonto, ¿verdad?

—Solo te aguanto yo, reconócelo —dijo, causándome una carcajada.

—Tienes un morro que te lo pisas.

—Por cierto, ya no me tienes que echar cuando venga tu hija. Si vamos a vivir como amigos la Navidad las dos familias, tiene que ir familiarizándose conmigo.

—¿Me estás diciendo que no te voy a echar ni con agua fría? —grité, haciendo la que ponía cara de terror.

—Eso lo tendrá que decidir el comodín del público que en este caso es tu hija.

—Sí hombre, eso lo decidiré yo, que ella es menor de edad y soy su representante legal.

—Hasta que me conozca —me hizo un guiño—. Va a caer rendida ante mí.

—Eso no lo dudo, con lo zalamero que eres, ya te he dicho que te la ganas en un santiamén.

—Pues será bonito que vivamos todas la fiesta unidos en paz y amor.

—Te la estás ganando —le puse un cojín en la cara.

Estaba alucinando con él, ya que estaba tan lleno de vida y era tan alegre que me dejaba flipando. Mi matrimonio con Jesús como dije terminó porque se fue la pasión, pero nos llevábamos genial, aunque reconozco que no tenía nada que ver con Gonzalo, que era un hombre que mantenía un clima de lo más alocado y eso hacía que siempre estuviera de risas. Que sí, que llevábamos juntos tres días y al principio todo era muy bonito, pero hay hombres que viven en una eterna calma y otros que hacen una fiesta de cada momento, como era el caso de Gonzalo.

Sin duda era la locura que muchas personas necesitarían vivir para comprender que la vida va mucho más allá de lo correcto y serio.

—Ven —dijo poniéndose de pie mientras me cogía de la mano.

—¿A dónde? Mira que me das miedito...

—Tranquila, que no voy a comerte con fresas y nata —se pegó a mi espalda y susurró—, de momento.

Me dio un beso en el cuello y vi que tenía el móvil en la mano.

No tardó en empezar a sonar una melodía con la que Gonzalo empezó a mecernos a ambos de un lado a otro.

—Escucha toda la letra, preciosa —me pidió sin dejar de mecernos.

Sonreí porque aquella canción la había escuchado alguna vez en la radio, y sabía que era de Maluma y un grupo llamado Reik.

“Te presto mis ojos para que veas lo hermosa que eres...”

Cerré los ojos y me dejé llevar por el ritmo de la música y por él, que no dejaba de mecernos de un lado a otro en esos primeros versos de la canción. Hasta que noté que me cogía la mano y me hacía girar para quedar frente a él.

Llevó mis brazos alrededor de su cuello, y con una de sus piernas entre las mías y las manos en mis caderas, empezó a bailar de ese modo sensual y seductor mientras me hacía sonreír.

“Yo no te pido que te enamores, seamos eternos solo esta noche...”

Por cómo me miraba no tenía duda de que él no quería que esto acabara, pero es que debía admitir que, llegados a este punto en el que nos encontrábamos, yo tampoco.

Gonzalo me movía a su antojo, me hacía girar y me pegaba a su pecho mientras nos mecía de nuevo, volvía a ponerme de frente a él y pegaba la mejilla en la mía de modo que en una de esas veces lo escuché cantarme al oído.

—Amigos con derecho, que sea nuestro secreto, que solo las paredes sean testigos de lo nuestro.

Y nos besamos, como decía la canción en ese instante, mientras seguíamos bailando lento y muy pegados hasta que la canción se acabó.

Nos miramos unos segundos y eso fue suficiente para que ambos supiéramos que después de ese momento, que había sido otro de los tantos románticos que habíamos compartido en estos días, quisiéramos entregarnos el uno al otro.

Me cogió en brazos y volvimos a besarnos mientras me llevaba a la habitación, donde me desnudó entre besos y caricias para despojarse de su ropa y recostarme en la cama.

No podía expresar con palabras todo aquello que él me hacía sentir, pero se lo dije durante el resto de la noche con mis besos, mis caricias, el modo en el que le miraba y cómo lo abrazaba.

Al igual que él, con cada segundo que pasaba entregándose a mí y regalándome ese momento de placer, pasión y ternura, me decía lo que sentía estando ahí, a mi lado.

)

5

l

7

No podía expresar con palabras todo aquello que él me hacía sentir, pero se lo dije durante el resto de la noche con mis besos, mis caricias, el modo en el que le miraba y cómo lo abrazaba.

Al igual que él, con cada segundo que pasaba entregándose a mí y regalándome ese momento de placer, pasión y ternura, me decía lo que sentía estando ahí, a mi lado.

Capítulo 16



—¡Qué no quiero que esto se acabe! —me gritó, cuando aún no estaba ni con los ojos abiertos.

—¿Qué dices? —le pregunté sobresaltada encontrádomelo a unos milímetros de mi cara.

—Qué luego viene la niña esa y me das una patada que me mandas de vuelta con mi madre.

—¿La niña esa? ¿Así denominas a mi princesa? —le metí un empujón y lo dejé bocarriba sobre la cama.

—Amor, tengo celos de hasta el aire que respiras.

—Tienes un gran problema entonces —me reí porque claramente él estaba bromeando.

—Siempre se la podemos regalar al padre.

—Te la has buscado —le di en toda la cara con la almohada comenzando una guerra que terminó con los dos por el suelo y dándonos otro revolcón.

Es que no podíamos estar sin tocarnos, que de eso también me había dado cuenta, que estábamos en esos momentos del principio de conocer a alguien en los que cada beso o caricia te hacía estremecer y ponerte con las hormonas revolucionadas hasta niveles altamente peligrosos, y claro, echábamos mano del deseo, las ganas y la pasión, y... ¡Ardía Troya!

Él tenía cosita por hoy marchase y yo, aunque no lo reconociera, era como si me arrancaran algo de mí que se me había quedado muy profundamente clavado.

Pero no podía traer a la niña y que se encontrara a alguien de golpe en casa y menos un desconocido. Que sí, que se lo iba a presentar cuando Jesús me la trajera y estaría con nosotros el resto de tarde, pero no se podía

quedar y él solo me lo pedía en broma porque entendía el momento.

—Bueno, al menos me quedará en el recuerdo todos estos días y momentos que hemos vivido —dijo cuando nos quedamos abrazados después del momento fogoso y pasional que habíamos tenido.

—Mira que eres —suspiré.

—¿Qué soy?

—Tonto —reí.

—Qué poquito me quieres —hizo un puchero—, ay, qué penita de mí, que la niña a la que quiero no me quiere como quiero que me quiera.

—Ea, pues ya se me ha puesto profundo —resoplé poniéndome de pie.

—Te vas, me dejas y me abandonas...

—¿Ahora te ha dado por cantar? —Arqueé la ceja.

—A ver, si tú no me quieres, tendré que cantarle al desamor.

—Ay, señor, dame paciencia —volteé los ojos y fui hacia el baño mientras escuchaba su risa.

Yo tenía que hablar con Paula como la que no quiere la cosa y descubrir cómo le caía Gonzalo y demás, pero claro, para eso necesitaría verlo algunos días.

El caso es que ella no se sintiera con su privacidad interrumpida de golpe y sin poder hablar conmigo desde la tranquilidad de sus impresiones sobre él.

Estaba más que con la baba caída con este hombre que había puesto toda mi vida patas arriba, pero mi hija iba por delante y no la podía arrastrar a una locura inmediata. Todo a su debido tiempo.

Cuando fui a la cocina ya estaba él allí trasteando, se desenvolvía por mi casa con una soltura que parecía que llevara allí toda la vida, y el caso era que, al verlo, como que me resultaba una vista fácil de asimilar. Quizás con el tiempo, y si mi pequeña aceptaba a ese loco en nuestras vidas, podríamos tener fines de semana los tres juntos.

—¿Pensando en dónde vamos a celebrar nuestra boda? —preguntó al verme distraída.

—Sí, sí, en dónde quiero que me lleves de luna de miel, no te jode —volteé los ojos.

—A la Luna si me lo pides, que yo compro billetes para llevarte.

—Madrecita de mi vida, en serio, tengo que tener más paciencia contigo que el Santo Job.

Con el primer café del día en la mano, recibí la llamada de Jesús diciendo que hoy tenía un compromiso que le había surgido a última hora con los compañeros del trabajo y Laura, y que me traía ya a la pequeña en vez de por la tarde. Por supuesto que no había problema porque los dos nos apoyábamos el uno en el otro para esas cosas.

—Yo me voy, no te preocupes —dijo Gonzalo, levantándose de la mesa y directo para darme un beso.

—¿Dónde vas tú? ¡Te quedas ahí! Hoy ibas a pasar el día conmigo y lo vas a pasar, así conoces a tu archienemiga —bromeé.

—Pero va a venir su padre y...

—¿Y qué le importa al padre quién esté o no en mi casa? ¿Crees que le va a molestar cuando es una persona que me apoya en todo? —negué.

—Pero Paula...

—Ella es muy sociable y divertida. Te la vas a ganar a los pocos segundos y lo sabes. Además, tú querías conocerla hoy. ¿Por qué esa indecisión de golpe? —pregunté con el ceño fruncido, porque se había mostrado de lo más interesado en conocerla días atrás.

—Estoy nervioso, amor, que como tu hija me coja entre ojo me va a separar de ti.

—Eres imbécil —me eché a reír mientras negaba.

—Esa niña estás segura de que no es la reencarnación de Satanás, ¿verdad?

—Es peor, así que, si yo fuese tú, me ponía a temblar.

—Me he meado encima —dijo mirando al suelo y por supuesto en broma.

—Lo raro es que no te hayas cagado.

—Te estás riendo de mí.

—¡Qué va! ¿Cómo puedes decir eso? —Puse cara de ironía.

—Estás jugando con mis sentimientos —me señaló con el dedo—. Yo me voy antes que vengan los enemigos.

—Si tienes huevos muévete de ahí.

—Se me olvidaba que me puedes meter una demanda que te cargues hasta mi reputación —volteó los ojos y puso gesto de resignación.

—Reputación dice... Lo que hay que escuchar, por Dios.

—Oye, que yo soy un hombre respetado dentro del medio, otra cosa es que no lo hagáis las mujeres que pasáis por mi vida.

—Ya me comparó con la ex —me dije a mí misma, causándole una risilla.
e

—No es eso.

—Tranquilo, si me importa tres pimientos. Aquí estás y no con ella.

—Me pones cachondo. ¿Cómo puedes ser tan perfecta? —comentó mientras me cogía entre sus brazos y comenzó a darme besitos en el cuello, de esos que podían ser tan peligrosos como una mirada o una caricia suya.

—Ya se olvidó lo de la niña de Satanás —murmuré riendo por lo rápido que cambiaba de tema cuando al sexo se refería.

Nos duchamos antes de que llegara la pequeña y me vestí cómoda, ya que no pensábamos salir en todo el día.

A Gonzalo se le veía muy nervioso, y es que por mucho que bromeara, se notaba que le daba mucho respeto lo que mi hija pudiera pensar de él.

—De verdad que no tienes de qué preocuparte, mi niña es muy buena y enseguida hace migas con cualquiera —le dije frotándole la espalda.

—Qué ánimos, que ahora soy comparable con cualquiera —resopló.

—Mira que eres tonto —reí.

—Dame un abrazo, y un beso, no, uno no, muchos, muchos besos —puso morritos para que le diera esos besos y me reí—. Que no voy a poder besarte ya hasta... No sé, dependerá de tu hija, pero igual nunca puedo.

—Te ha dado, ¿eh? Ya verás como le caes muy bien, que con dos tonterías de las tuyas que hagas, la tienes en el bote —le di un beso en la mejilla.

—Vale, me fiaré de ti entonces, que para eso eres su madre y la conoces bien.

—A ver si es verdad que te fías de mí —reí.

—Ahora dime, ¿estoy bien así para conocer a tu mini yo?

—¿Mi mini yo? —me doblé de la risa.

—Hombre, doy por hecho que se parece a ti, de ahí lo de tu mini yo.

—Se parece, sí —sonreí.

—Entonces estoy jodido.

—¡Oye! Eso no lo dirás porque yo soy una especie de ogro o algo así, ¿no?

—No, no, lo digo porque si la madre me tiene enamorado, la niña puede ser mi sentencia definitiva. Me tendréis las dos rendidas a vuestros pies —sonrió y me dio un beso.

¿Podía ser más tierno este hombre? Me encantaba, ¿ya lo había dicho? Pues eso.

—Qué ánimos, que ahora soy comparable con cualquiera —resopló.

—Mira que eres tonto —reí.

—Dame un abrazo, y un beso, no, uno no, muchos, muchos besos —puso morritos para que le diera esos besos y me reí—. Que no voy a poder besarte ya hasta... No sé, dependerá de tu hija, pero igual nunca puedo.

—Te ha dado, ¿eh? Ya verás como le caes muy bien, que con dos tonterías de las tuyas que hagas, la tienes en el bote —le di un beso en la mejilla.

—Vale, me fiaré de ti entonces, que para eso eres su madre y la conoces bien.

—A ver si es verdad que te fías de mí —reí.

—Ahora dime, ¿estoy bien así para conocer a tu mini yo?

—¿Mi mini yo? —me doblé de la risa.

—Hombre, doy por hecho que se parece a ti, de ahí lo de tu mini yo.

—Se parece, sí —sonreí.

—Entonces estoy jodido.

—¡Oye! Eso no lo dirás porque yo soy una especie de ogro o algo así, ¿no?

—No, no, lo digo porque si la madre me tiene enamorado, la niña puede ser mi sentencia definitiva. Me tendréis las dos rendidas a vuestros pies —sonrió y me dio un beso.

¿Podía ser más tierno este hombre? Me encantaba, ¿ya lo había dicho? Pues eso.

Capítulo 17



Salí a por la niña para que no tuvieran que perder el tiempo Jesús y Laura, ya que me había dicho que estaban llegando, pero que iban con mucha prisa.

—¡Mamá! —gritó mi pequeña, saltando a mis brazos.

—Mi vida, cuánto te he echado de menos —la abracé.

Los saludé a través de la ventanilla y se marcharon. Iba con ella en brazos hacia dentro y comentándole que había un amigo mío de mi época de estudiante. Y ella sonreía nerviosa por conocerlo.

Me reí al notar sus nervios, porque al final resultaba que estaban los dos iguales. Quién lo iba a decir.

—Hola, amigo de mamá —dijo cuando lo vio y la muy descarada se echó a sus brazos desde los míos.

—Pero si eres más guapa que tu madre —le dijo con ella en brazos y mirándola como un niño pequeño.

—¿Cómo te llamas?

—Gonzalo, pero me puedes llamar para comer, para cenar, para lo que quieras —bromeó causándole una risilla—. Y tú, te llamas Paula, ¿verdad?

—Y me puedes llamar para darme chuches e invitarme a pizzas.

—Ahí lo llevas —reí.

—Lo anoto aquí —se llevó un dedo a la cabeza y ella lo miraba divertida.

—Mamá, me cae bien mi amigo —ya se lo adjudicó automáticamente como tal.

—Me acabas de emocionar —la abrazó haciendo el que lloraba.

—No llores que vamos a hacer de comer —le decía ella, mirándome y riéndose, comprendiendo que él estaba bromeando.

—¿Puedo comer con ustedes? ¿De verdad?

—Sí, hay más sillas en la mesa y según mi abuelo, donde comen dos, comen tres. Uno —lo señaló a él—, dos —se señaló a ella— y tres —me señaló a mí—. Y sobra una silla —se bajó de sus brazos y entró a la cocina—. Mamá, vamos a hacer pizzas.

—Hazlas con tu nuevo amigo, yo mejor os miro —me crucé de brazos sonriendo.

—¿La hacemos juntos, tato?

—¿Tato? —pregunté al ver cómo lo había llamado.

—Sí, mi papá es papá, mi abuelo es abuelo, y el mejor amigo de las mamás son tatos.

—Esta niña me acaba de ganar por completó —la cogió de nuevo e hizo con ella el Superman por toda la casa mientras mi hija reía a carcajadas.

Y yo pensando que tato se les llamaba a los tíos... ¡Cómo cambiaba el mundo moderno! Fuese como fuera, a él le había dado un apodo de lo más cariñoso y eso era muy buena señal.

—¡Mamá, me gusta tu más mejor amigo! ¿Se puede quedar aquí unos días en Navidad con nosotros cuando yo no tenga cole?

Ahí tenía la pregunta del millón, por si me quedaba duda de que le había caído bien, y resultó que mi hija, al igual que había hecho mi padre, invitaba a Gonzalo a pasar las fiestas navideñas con nosotros. Y claro, a él le faltó tiempo para hincharse como un pavo loco de contento.

—Acepto, yo acepto —dijo él, mirándome y guiñándome el ojo victorioso por ya tener a la niña en el bote.

—Mamá, qué bonito ese anillo, ¿es nuevo? —preguntó curiosa con una sonrisilla.

—Me lo ha regalado el tato —contesté causando una risa en este.

—¿Y a mí me vas a regalar uno? —le preguntó aún en sus brazos, mirándolo con esa carita sonriente y feliz.

—Espero que no se haya acabado el Black Friday —se persignó—. Este año vuelvo rico a los de Tous.

—A mí también me gusta Tous —decía ella, mirándolo feliz.

—Y yo que me conformo con cualquier ropita del baratillo —murmuré soltando el aire.

—¿Me vas a regalar a mí también un anillo? —insistió.

—Paula, ya vale —le reñí porque las bromas tenían un límite.

—Solo le faltó cantarme a lo Jenifer López, *¿y el anillo pa' cuándo?* —dijo Gonzalo, que empezó a moverse con la niña aún en sus brazos ya muerta de la risa— Tranquila —dijo mirándome—, los de niñas salen más baratos —apretó los dientes.

—Y no llevan diamantes. Míralo por el lado bueno —le hice un gesto para que entendiera que cualquier anillito de poco valor, a ella le podría hacer ilusión. Capaz que lo veía comprándole una réplica del mío y no me haría ninguna gracia. Vamos que lo mandaría a descambiar. Pero bueno, que no me gustaba que pidiera la pequeña nada tampoco. Vaya dos se habían juntado.

—Tato, ¿vas a venir a recogerme algún día al colegio? —curioseó, y yo agradecí que cambiara de tema y dejara el anillo a un lado.

—Gran favor que me haría —murmuré, pues siempre iba a por ella a toda mecha y con los minutos al milímetro.

—Mañana mismo voy a por ti y luego te llevo a comer a casa de mi madre, que hace las mejores lentejas del mundo. Es más, le voy a poner un mensaje para que las vaya haciendo hoy.

5

—Seguro que está con mi padre —murmuré riendo.

—¿El abuelo con su madre de amigos?

—Algo así. La invitó a cenar en Navidades aquí.

—Pues si viene su mamá, yo invito a mi tato para que no se quede solo —dijo ella mirándolo de lo más zalamera.

—Sí, hija, vamos a tener una Navidad movidita.

—¡Fiesta, fiesta! —dijo ella, aplaudiendo hacia arriba.

No le faltaba razón, porque entre que mi padre y su madre se habían hecho amigos desde el día de la bodega, y nos constaba a los dos que habían vuelto a verse, esa Navidad iba a ser una fiesta que estaba segura no olvidaríamos ninguno.

Entramos en la cocina y me quedé como espectadora tal como le dije a mi niña, que se veía de lo más emocionada por preparar las pizzas con su nuevo amigo y tanto para comer los tres.

Los nervios de uno y otro habían desaparecido, y los míos también, pues no iba a negar que estaba un poquito nerviosa y preocupada por si la cosa no salía bien y a mi hija, Gonzalo no le resultaba agradable.

Pero los miedos quedaron a un lado nada más verla cómo se lanzó a los brazos de él para que la cogiera. Ella era así, como le dije a él, le caería bien puesto que congeniaba enseguida con cualquiera. Era como si tuviera un sexto sentido para la gente y enseguida supiera quién era de fiar y quién no.

a

Se pusieron a preparar las pizzas con la masa fresca que habíamos comprado los otros días en el super. La pequeña no dejaba de contarle todo sobre el colegio y las amiguitas que estaban en su clase.

l

Gonzalo era muy divertido y con la niña ya era mortal ya que se ponía a su altura en todo momento y la buscaba muchísimo. Y a ella que no había que darle cuerda, le venía él como anillo al dedo.

—Veamos si tenemos todos los ingredientes en las pizzas, ayudante —le dijo él a la niña.

—Vale.

—Tomate en la base.

—Sí, en las dos.

—Jamón, bacon y mozzarella en una.

—Sí. Y la otra es cuatro quesos.

—Entonces perfecto, listas para hornear —dijo metiéndolas.

Entre los dos recogieron todo lo que habían ido sacando para hacer las pizzas y dejaron la cocina limpia como los chorros del oro, ni el de Don Limpio la habría dejado así.

Gonzalo abrió una botella de vino y sirvió dos copas, mientras que a mi pequeña le ponía un vaso de zumo de naranja, sacamos un poquito de jamón en lonchas finas que habíamos comprado y que la pequeña dijo que estaba riquísimo.

En cuanto las pizzas acabaron de hacerse Gonzalo las sacó del horno, las puso en un par de platos grandes y Paula y yo llevamos todo a la mesa para comer.

Me gustaba verlos juntos, se reían con cualquier cosa que dijera el otro y me tranquilizaba ver que habían congeniado tan bien.

—Qué ricas nos han quedado —dijo Paula tras dar el primer bocado a su porción.

—Has sido una ayudante de cocina perfecta, a mí solo, solo seguro que no me habrían quedado así de bien —contestó él.

—¿Sabes hacer galletas? —le preguntó.

—No las hice nunca, pero seguro que, si me enseñas tú, aprendo rápido.

a

—A nosotras nos quedan muy buenas, ¿a qué sí? —dijo mirándome.

—No es porque las haga yo, pero sí —reí.

—Tenemos que hacerlas con él, mami.

—Yo, encantado, cuando queráis me pongo a vuestras órdenes.

Paula sonrió, y ella sí que estaba encantada de que Gonzalo estuviera con nosotras.

Capítulo 18



Nos echamos en el sofá quedando Paula a un lado, Gonzalo en medio y yo al otro lado. Lo habíamos abierto por completo y estábamos con las piernas estiradas y de frente a la tele viendo una película de risa apta para todos los públicos que había escogido ella y que no tenía mala pinta.

Mi hija estaba tirada ligeramente sobre Gonzalo, al igual que yo, así que le estábamos haciendo un sándwich en toda regla, pero se notaba que él se sentía de lo más cómodo y a gusto sabiendo que lo estaba teniendo como uno más y no como un intruso que acababa de llegar a sus vidas.

Me acariciaba el brazo despacio y notaba que me relajaba, era algo que había estado haciendo estos días cuando nos quedamos en el sofá y me gustaba que lo hiciera.

—Mamá, creo que Santa Claus leyó mi carta ya y te puso el novio por anticipado.

Se me abrieron los ojos de golpe, de verdad que sí, porque no se me pasó por la cabeza en ningún momento que Paula pensara eso, y mucho menos que fuera a decirlo tan alegremente.

—Qué grande es Santa Claus —murmuró Gonzalo, que sabía de la existencia de esa carta porque yo finalmente se lo había contado.

—Ya me han endosado un novio —contesté, poniéndome las manos en la cara y la niña se asomó riéndose para verme.

—Mamá, pero si el tato es muy divertido, cariñoso y muy guapo.

—Mira qué bien me vende —rió Gonzalo.

—¿Algo más? —Arqueé la ceja.

—Y es periodista, seguro que tiene dinero como tú pedías.

—¿Querías un novio rico? —me preguntó bromeando puesto que como he dicho, él sabía lo que contenía esa carta.

—Sí, así que espero que tengas mucho dinerito porque nosotras lo valemos —bromeé.

—Creo que tengo por lo menos diez euros.

—Con eso no nos llega ni para ir al cine, ¿verdad mamá? Pero bueno, lo invitamos nosotras que lo de ser rico tampoco es importante —lo defendió.

—Esta niña se merece que me gaste los diez euros en ella —dijo abrazándola con fuerza.

—Me tienes que comprar el anillo —le recordó con la risilla la muy descarada.

—Lo tengo en mente, lo tengo en mente, pero hoy está todo cerrado.

—Mañana me lo compras antes de ir a recogerme al colegio.

—Paula, al final me voy a enfadar —la reprendí, porque no quería que fuera así, nunca lo quise y su padre tampoco.

Ella sabía que, cuando se podían comprar las cosas se compraban, aunque se tardara un poco.

—Oye, que no está diciendo mi niña nada malo —la defendió él de esa manera y ella lo abrazó.

—No sé quién es peor, si el uno o la otra —volteé los ojos.

—Los dos iguales. ¿A qué sí, tato?

—Yo me echo a dormir y no quiero saber nada de la vida —me estiré por completo.

—Mamá, la peli está muy divertida.

—Será por lo que me estáis dejando verla.

—Ya nos llamamos el tato y yo.

—A ver si es verdad —murmuré y Gonzalo me tiró un pellizco en la cadera, ganándole que lo mirara con los ojos entrecerrados y señalara de mis ojos a los suyos varias veces en señal de que lo vigilaba y le daría una buena si me volvía a pellizcar.

El muy cabrito sonrió de medio lado negando antes de cogerme con el brazo por los hombros para volver a colocarme sobre su pecho, momento en el que me dio un beso en la cabeza y a mí se me dibujó una sonrisa en los labios.

Era un encanto, de verdad que sí, y si a mí me tenía ganada con su manera de ser y todo lo que me decía, a mi hija ya no dijéramos, que veía yo que la tenía loquita perdida.

Antes de terminar de ver la película nos quedamos dormidos los tres apilonados y llevándose la peor parte Gonzalo, que estaba con las dos encima a cada lado.

Cuando nos levantábamos la pequeña exigió una merienda como Dios manda y Gonzalo le propuso ir los dos a comprar dulces a la pastelería. Tardó poco ella en ponerse el abrigo y echarle la mano. Yo me quedé en casa tomando un primer café frente a la chimenea. No había dulces que me hicieran levantarme y más cuando me lo podían traer ellos.

Estando allí sola pensé en mi madre, en lo que ella diría al verme de nuevo ilusionada con alguien en mi vida. Al igual que mi padre, conoció a Gonzalo en nuestros años de compartir clase, y siempre decía de él que era un muchacho encantador, y es que no había día que la viera y no la saludara.

Ojalá estuviera aquí para ver el hombre en el que se había convertido, como bien dijo mi padre, pues ya nada quedaba de aquel muchacho salvo ese sentido del humor que siempre tuvo y yo recordaba de él.

Siempre me pasaba los mismo, llegadas estas fechas en las que teníamos las Navidades a la vuelta de la esquina me acordaba de mi madre y me gustaría tanto poder tenerla con nosotros.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a mi padre para ver cómo estaba y decirle que la niña ya estaba en casa desde por la mañana y que había conocido a Gonzalo, no tardó en responder.

Papá: *Estoy bien, cariño, ¿y tú? No me digas más, se han caído los dos geniales. Voy a tomar café con Carmen, que hemos quedado cerca de su casa.*

Sonreí, porque igual a la que se acababan el café, se pasaban por la casa de ella, en el caso de que la madre fuer como su hijo.

Abigail: *No te lo digo entonces. Sí, han hecho buenas migas, tanto que la niña se ha ido de la manita con él a la pastelería a por la merienda.*

Papá: *Eso está bien, hija. Y, ya sabes, disfruta de la vida que solo tenemos una. Os quiero mucho, dale un beso a mi nieta cuando vuelva.*

Abigail: *Nosotras también te queremos papá. Disfruta tú también.*

Regresaron los dos la mar de sonrientes con una bandeja de una docena de dulces, a cada cual con una pinta más buena.

—Mamá, Gonzalo es muy divertido y me ha dicho que estas Navidades me va a llevar a la pista de hielo que han puesto en la plaza del Ayuntamiento para que patinemos los dos. ¿Tú vas a patinar con nosotros? —preguntó sin perder esa bonita sonrisa que a mí me tenía enamorada desde que nació.

—¿Yo partirme una pierna? Ni loca —murmuré bromeando, ya que me encantaba patinar y lo había hecho muchas veces.

—A tu madre la llevamos entre los dos para que aguante el equilibrio —le dijo este.

—Vale, mamá, nosotros te ayudamos para que no te partas la pierna. ¿A qué sí, tato?

—Por supuesto, mi niña —le contestó él, acariciando su mejilla.

Gonzalo estuvo toda la tarde con nosotras hasta las ocho cuando ya me iba a encargar de duchar a la niña y él dijo que era momento para nosotras.

La pequeña le recalcó mil veces que se acordara de que tenía que ir a recogerla al colegio y luego llevarla a casa de su mamá a comer las lentejas.

—Las lentejas no, las mejores lentejas del mundo, fíjate lo que te digo —le contestó él.

—Qué ganas de probarlas —sonrió y le dio un beso en la mejilla antes de que la dejara en el suelo.

Nos dimos un abrazo y casi sin mediar palabra, entendimos que era un hasta luego, ya que los dos sentíamos que esto, era el principio de algo muy bonito.

Paula se tiró todo el tiempo en la ducha hablándome de Gonzalo, lo mismo que hizo durante la cena mientras comíamos una sopa de la que a ella tanto le gustaba. Se le notaba que le había caído muy bien.

Me acosté pensando en él y leyendo esos mensajes tan bonitos y graciosos que me ponía dándome las buenas , noches. Estaba feliz, estaba viviendo algo que me había caído como del cielo.

Paula se tiró todo el tiempo en la ducha hablándome de Gonzalo, lo mismo que hizo durante la cena mientras comíamos una sopa de la que a ella tanto le gustaba. Se le notaba que le había caído muy bien.

Me acosté pensando en él y leyendo esos mensajes tan bonitos y graciosos que me ponía dándome las buenas noches. Estaba feliz, estaba viviendo algo que me había caído como del cielo.

Capítulo 19



Nos levantamos las dos de lo más felices, y eso que a ella le tocaba ir al cole en esos últimos días antes de las vacaciones de Navidad, y a mí a trabajar.

Después de vestirnos y desayunar mientras me hablaba de lo que harían ese día en clase, salimos de casa para ir hasta el cole.

—Mami, recuerda avisar a Gonzalo de que me tiene que recoger —me advirtió después de darme un beso antes de colocarse en la fila de su clase en el patio del colegio cuando llegamos.

Sonreí porque eso era imposible que se le olvidara a Gonzalo, que ya me había advertido por mensaje varias veces que la recogía él y se la llevaba a casa de su madre. Yo tenía un juicio a última hora de la mañana que, seguro que se alargaba por lo menos hasta las tres de la tarde, por lo que me venía bien que me hiciera el favor de recogerla y llevarla a comer con ellos. Quedamos en vernos en mi casa después.

Advertí a la profesora de que un amigo la recogería antes de dirigirme hacia el coche y que la niña sabía que venía a por ella.

—Igual te lo dice como cien veces, pero por si acaso, él se llama Gonzalo —le dije.

—Descuida, no dejaremos que se valla con ningún Alfredo o Roberto —sonrió y le devolví el gesto.

Fui directa hacia el despacho donde aparqué y entré a la cafetería para cogerme un café para llevar, el segundo de la mañana y los que me quedarían, porque había veces que necesitaba una dosis mayor de cafeína para soportar algunos juicios que se me hacían más complicados.

Mi padre estaba en una reunión con unos clientes potenciales de una empresa y no vendría en toda la mañana, así que como él había dicho en más de una ocasión, me quedaba al mando como capitana del barco.

Me metí en mi despacho y no tardó en llegarme un mensaje de mi querido nuevo mejor amigo. Sonreí y reconozco que lo echaba mucho de menos.

Gonzalo: *¿Le has recordado a mi enana que la recojo a la salida?*

Abigail: *No hacía falta, al igual que a ti. Pero me advirtió de que te lo recordara...*

Gonzalo: *Normal, soy su tato preferido. No me olvides. Luego nos vemos sobre las cinco en tu casa. ¿Llevo pasteles?*

Abigail: *Ni se te ocurra, esto de la Navidad se nos está yendo de las manos y aún ni ha empezado. Nada de pretextos para ponernos ciegos a dulces que luego el culo lo padece. Luego nos vemos.*

Gonzalo: *¿Ya me quieres poner los dientes largos? Mira que anoche me costó dormirme porque no te tenía en mis brazos, al final veo que me tengo que hacer con un peluche grande y suave para ponerle tu perfume y dormir como los bebés.*

Solté tal carcajada que acabé por escupir el sorbo que le había dado al café. La madre que lo parió lo que me acababa de soltar el muy loco, y se quedaba tan pancho.

Recogí el estropicio que había formado con el café en el suelo, porque al menos por suerte no lo eché en la mesa, y me puse a trabajar lo más concentrada que pude.

Terminé de repasar el juicio y me fui hacia el juzgado un buen rato antes para recordarle a mi cliente antes de entrar todos los puntos importantes de lo que ya le había advertido que tenía que responder.

Entramos en la sala a la una y cuarto, pero desde que empezó supe que no iba a demorar mucho porque el juez iba bien rápido y cortaba a la más mínima.

Me tocó interrogar a la parte demandante y me hubiera gustado tener a mi padre presente como en otros juicios pues estaría muy orgulloso de ver cómo, desde la tranquilidad absoluta y como sin importancia, conseguí que se contradijera en todo. Me salió bordado.

Mi cliente respondió a todo sin tumbar nada de su primera declaración. Salimos muy contentos a espera de la sentencia, pero todo indicaba que era muy seguro que lo hubiéramos ganado.

El tema es que mi cliente trabajaba en un supermercado desde hacía diez años y cuando terminaba la jornada tenía que ir a tirar todo lo que iba a caducar a los cubos de basura de atrás del almacén. Y un día a él se le ocurrió comerse unas pequeñas mandarinas de esas que iban a la basura.

Las cámaras lo captaron, motivo que dio a que lo despidieran de forma fulminante y, además, le tiraban mierda encima con cosas que ni eran verdad, ni podían probar y era en eso que había hecho que su encargado que fue el que avisó a los jefes, se contradijese él mismo en muchas cosas con preguntas que no se esperaba.

Realmente todo era por discrepancias con su encargado, ya que a este le jodía mucho que mi cliente no le riera las gracias ni lo tratara como a un rey, que era a lo que estaba acostumbrado de los demás compañeros.

Día terminado y sin pleitos hasta después de Reyes, ya que el único que me quedaba se había suspendido porque el abogado de la otra parte estaba ingresado y no iba a estar bien hasta dentro de pocos días.

Iba en el coche cuando me llamó mi padre por teléfono para preguntar cómo había ido el juicio y se lo conté, no dejó de decirme lo orgullosos que estaba de la abogada en la que me había convertido.

—¿Y mi nieta cómo está?

—Pues en casa de tu amiga Carmen —sonreí.

—Anda, ¿y eso? —obvió el hecho de que me refiriera a ella como su amiga.

—Pues que la niña le dijo a Gonzalo que podría recogerla alguna vez en el cole, él dijo que iría hoy, y a mí con eso del juicio me ha venido de perlas. Le dijo que la llevaría a comer las lentejas de su madre y ya sabes...

—Sí, sí, que mi nieta muere con un plato de lentejas —rio—. Pues nada, ya se ha ganado al novio y a la suegra.

—¡Papá! —reí.

—Perdón, ¿no habéis puesto nombre a lo vuestro? Que ya sois mayores, hija.

—Somos amigos con derecho a Navidad, según él me dijo —sonreí al recordar ese momento.

—Qué moderno todo. Dale un beso a mi preciosa nieta cuando la veas. Te quiero, cariño.

—Y yo, papá.

Llegué a casa y me cambié antes de calentar un guiso de ternera que tenía en una cazuela y que sobró de estos días. Estaba riquísimo y me puse a hacer barquitos con el pan que había comprado recién hecho y que aún estaba calentito. Eso era todo un vicio para mí.

Gonzalo me había enviado una foto de la niña comiendo lentejas al lado de su madre y salían las dos de lo más sonrientes, pero es que en ese momento me mandó otra foto de mi padre comiendo también ese plato en su casa. Me eché a reír al ver el plan que tenían nuestros padres y que no me hubiera dicho nada de que pensara pasarse por casa de Carmen, qué calladito lo había tenido en la llamada que me había hecho. La pequeña debía de estar alucinando al ver al abuelo aparecer por allí.

Era alucinante cómo la vida cambiaba de repente y de un día para otro, consiguiendo que todo comenzara a verse de otra manera muy diferente.

Y la sonrisa que tenían tanto mi hija, como mi padre, para mí en esos momentos era lo que más valía.

)

Yo tampoco podía dejar de sonreír, desde que Gonzalo había vuelto a mi vida ese sencillo gesto aparecía en mis labios constantemente. Siempre fui una persona risueña y de sonrisa fácil, pero en estos últimos días, desde ese primer mensaje que él me envió dándome los buenos días, era aún más frecuente.

¿Cómo se calculaba la felicidad de una persona? Porque si era por las veces que sonreía al cabo del día, yo podía jura que era inmensamente feliz cada día.

Gonzalo me había enviado una foto de la niña comiendo lentejas al lado de su madre y salían las dos de lo más sonrientes, pero es que en ese momento me mandó otra foto de mi padre comiendo también ese plato en su casa. Me eché a reír al ver el plan que tenían nuestros padres y que no me hubiera dicho nada de que pensara pasarse por casa de Carmen, qué calladito lo había tenido en la llamada que me había hecho. La pequeña debía de estar alucinando al ver al abuelo aparecer por allí.

Era alucinante cómo la vida cambiaba de repente y de un día para otro, consiguiendo que todo comenzara a verse de otra manera muy diferente.

Y la sonrisa que tenían tanto mi hija, como mi padre, para mí en esos momentos era lo que más valía.

Yo tampoco podía dejar de sonreír, desde que Gonzalo había vuelto a mi vida ese sencillo gesto aparecía en mis labios constantemente. Siempre fui una persona risueña y de sonrisa fácil, pero en estos últimos días, desde ese primer mensaje que él me envió dándome los buenos días, era aún más frecuente.

¿Cómo se calculaba la felicidad de una persona? Porque si era por las veces que sonreía al cabo del día, yo podía jura que era inmensamente feliz cada día.

Capítulo 20



Mi hija entró por el jardín corriendo hacia mí y Gonzalo traía su mochila del cole en la mano.

—Mamá, que el abuelo tiene novia y es la madre de tu novio —decía gritando y saltando a mis brazos.

—Son amigos, mi vida —contesté, porque si fuera el caso de que eran novios, me lo habría comentado mi padre en esa llamada, o al menos eso quería pensar, porque bien que se había ido a comer a casa de Carmen y ni me había dicho que iría.

—Según ellos son novios, así se lo han trasladado a tu hija —me contestó Gonzalo, a la vez que me daba un beso en los labios.

Si en ese momento alguien tuviera que describir mi cara, sin lugar a dudas diría que estaba blanca como la pared, con los ojos abiertos y sin saber dónde meterme por la sorpresa de ese beso delante de mi hija, y es que el señor periodista no se cortó ni lo más mínimo teniéndola delante.

—Mamá, ustedes también sois novios porque os besáis en los labios. Qué lio, el abuelo con la abuela que es la madre de mi tato y tú con él. Mejor ni lo pienso que me da mareo.

—A mí, sí que me está dando mareo —la bajé al suelo.

—Tato, dile a mi madre lo que has dicho del viernes.

—A ver, sorpréndeme... —miedito me daba, en serio, con lo que pudiera salirme a mí este hombre, y que ya se lo había dicho a ella.

—Dice que nos vamos el viernes a Disneyland París que están de Navidad.

—¿A Disney? —carraspeé.

—Sí y no puedo ir al cole ni el viernes ni el lunes porque es el día en que vamos y el que regresamos, pero como yo voy muy bien no pasa nada, mami.

—¿Qué es eso de que nos vamos a Disney y que no trabajo el viernes ni el lunes? Y ya no digamos que la niña no va al colegio —lo que decía, que me daba miedito con lo que mi amigo y tato de mi hija saliera.

—Tranquilidad, que todo tiene una explicación —dijo él, dirigiéndose a la cafetera para preparar dos cafés.

—Explícaselo, tato.

—Eso, tato —le pedí con un tonito de impaciencia—, explícamelo porque me estoy poniendo nerviosa.

—Resulta que le iba a comprar un anillo como el tuyo —empezó a decir, y ahí a mí me dieron unos sudores fríos de morirme, porque solo faltaba que se gastara ese dineral en la niña, vamos—, pero no me llegaba el dinero —joder, y yo respiré aliviada al escucharlo, pero más cuando vi esa sonrisa de que no tenía planeado comprarle ningún anillo y sí lo de ese viaje que le iba a gustar más todavía—, así que decidí cambiarlo por tres vuelos y una estancia en el hotel más bonito de Disney con la entrada a los parques. Y lo compré, tu padre me facilitó los datos así que, tranquila, que eso confirma que te dio esos dos días libres.

—Ni que se los tuviera que pedir —soltó mi hija, con toda la ironía del mundo.

—¿Has comprado un viaje de tres noches a París?

—No, de cuatro, es que nos vamos el jueves por la tarde, te da tiempo a ir a trabajar por la mañana y a la niña al cole.

—¡Toma ya, noche extra! —contestó, levantando Paula las manos— Dame el móvil mamá, que le voy a decir a papá que nos vamos con tu novio a Disney.

—Tampoco hace falta que des muchos detalles —me reí.

Pero vamos, que, conociendo a mi hija, como me descuidara le daba hasta la fecha de nacimiento de Gonzalo si la supiera.

—Poquitos, poquitos —cogió el móvil y le dio a llamar poniendo el manos libres—. Papá, que el novio de mamá nos ha regalado a ella y a mí un viaje a Disney para los tres. Nos vamos el jueves con él —dijo nada más escuchó que su padre descolgaba, sin siquiera esperó que respondiera con un hola o algo similar.

—Qué bueno, cariño, pero, ¿estás segura de que mamá tiene novio? —preguntó, dado que pensaba que la niña estaba hablando con él a solas.

—Sí, sí, mi tato Gonzalo. Hoy me ha recogido en el cole y hemos ido a comer a su casa y su mamá me hizo lentejas y luego llegó su novio, el de la mamá de mi tato, que resulta que es mi abuelo —nada, poquitos detalles decía mi hija, y lo acababa de poner al tanto de todos los lazos familiares que nos unían en la actualidad con Gonzalo.

—Ay Dios —murmuré llevándome la mano a la cara y Gonzalo reprimía la carcajada.

—¿El abuelo tiene novia? —interrogó Jesús, al que en este momento me parecía estar viendo y debía tener una cara de alucine impresionante— Cariño, ¿estás bromeando? —y más valía que pensara eso y que la niña no se había tomado algún alucinógeno, porque era lo que parecía si me metía en la mente de mi exmarido.

—Que no, mira —miró a Gonzalo—. Saluda a mi padre y dile que me vas a llevar a Disney.

—Mira qué lista, que me quiere dejar en tierra —volteé los ojos.

—Hola, Jesús —soltó Gonzalo y yo resoplé—. Encantado.

—Igualmente, Gonzalo, pensé que mi hija bromeaba. Ya nos conoceremos.

—Claro.

l —Papá, ¿lo ves? Le pedí a Santa Claus un novio para mamá y ya se lo ha traído para que lo tenga para Navidad

—Ese señor es muy sabio, cariño. Vas a pasarlo genial en Disney, ya lo verás.

—Pues adiós, te quiero, solo era para informarte —colgó sin dejar al padre que se despidiera. Cuando se ponía nerviosa no coordinaba.

—Hija, no lo has dejado que se despida.

—Bueno, luego por la noche lo llamo para darle las buenas noches y le dejo que me diga algo.

—Tienes que andar más relajada.

—Mamá, que voy a ir a Disneyland, ¿cómo quieres que esté tranquila? El abuelo me ha dicho que me va a comprar el traje de princesa que quiera, que te va a dar dinerito para cuando vea allí uno que me guste tú me lo compres de su parte.

—A ver si me paga a mí otro —dijo Gonzalo.

—Pídeselo, seguro que sí lo hace —sonreía feliz.

—Madre mía el jueves para París y solo faltan unos días.

—Mamá, que las maletas se hacen rápido.

—Sí y dejar mañana todo listo en el trabajo también —suspiré.

—Tienes el jueves por la mañana.

—Sí claro, ese día no voy, lo necesitare para ultimar detalles.

—Pues entonces yo tampoco voy al colegio.

—Sí, tú sí vas, vamos, te lo digo desde ya para que no te montes pajaritos en la cabeza.

—¿Y tú qué? —le preguntó la niña a Gonzalo.

—Yo nada, yo he pagado el viaje —levantó las manos.

—Pero, ¿vas a currar el jueves?

—No, no, yo ya no curro hasta el regreso de París, ya tengo mis objetivos del mes más que superados —sonrió y puso cara de felicidad.

—Qué morro tenéis, y yo toda pringada y nerviosa todo el jueves por la mañana en el cole haciendo cosas que me las sé de memoria y las hago con los ojos cerrados porque ustedes me tratáis como una niña y me hacéis que vaya obligada mientras que vosotros tenéis día libre.

—¿Y qué culpa tengo yo? —le contestó Gonzalo, puesto que lo estaba mirando a él.

—Qué tampoco vas a currar y no convences a mi madre de que libre yo también.

—Ni me mires —le advertí a Gonzalo viéndomelo venir.

—Mamá, déjalo hablar que tú siempre dices que a las personas hay que escucharlas —protestó.

—Ya vale, Paula.

—El jueves me convendría que la niña me acompañara por la mañana a recoger una cosa que quiero llevar al viaje para los tres.

—Gonzalo, te lo advierto, no sigas por ahí.

—¡Manifestación ya! —gritó ella, mirándolo a él y buscando su complicidad.

Lo que me reí fue poco porque Gonzalo se compinchó con ella para no hablarme y hacer como si yo no existiera. No iba a dar mi brazo a torcer porque ya iba a faltar dos días y no había motivo para que lo hiciera un tercero cuando no hacía falta.

Se pasaron toda la tarde ignorándome para conseguir que diera mi brazo a torcer, pero con buena habían dado. Ni, aunque me amordazaran iba a dar mi brazo a torcer.

Aproveché la tarde de silencio que me estaban regalando para hablar con mi padre sobre el viaje y el trabajo, me dijo que no me preocupara por nada, que fuera a pasarlo bien esos días con ellos y que disfrutara. Le pregunté que si eso de que él y Carmen eran novios era cosa suya o de la niña.

—Ni confirmo ni desmiento —contestó y me reí.

—Pues la niña le ha contado al padre todo, no le ha dado el grupo sanguíneo de Gonzalo y Carmen porque no los tenemos.

—Esta niña es la pera limonera, como para guardarnos un secreto —suspiró.

—Papá —me puse un poco más seria.

—Dime, cariño.

—Que me alegro por ti, de verdad, sea lo que sea que tengas con Carmen y dure lo que dure, me alegro de que te haga estar así de feliz, porque, aunque no te vea, lo sé.

—Y yo de que tú lo estés con Gonzalo. Te quiero, mi niña.

—Yo también te quiero, papá.

Mientras duchaba a la niña para ponerle el pijama, Gonzalo se puso a cocinar unas tortillas liadas con jamón de pavo y queso para cenar para los tres. Bonita era la pequeña si su tato no se quedaba a cenar, bonita era...

Me hacía mucha ilusión el detalle tan bonito que había tenido con nosotras para ir a ese viaje lleno de magia y en unas fechas tan especiales. La verdad es que estaba siendo todo tan bonito que me daba miedo que algo pasara y todo se acabara estropeando.

e

!

—Y yo de que tú lo estés con Gonzalo. Te quiero, mi niña.

—Yo también te quiero, papá.

Mientras duchaba a la niña para ponerle el pijama, Gonzalo se puso a cocinar unas tortillas liadas con jamón de pavo y queso para cenar para los tres. Bonita era la pequeña si su tato no se quedaba a cenar, bonita era...

Me hacía mucha ilusión el detalle tan bonito que había tenido con nosotras para ir a ese viaje lleno de magia y en unas fechas tan especiales. La verdad es que estaba siendo todo tan bonito que me daba miedo que algo pasara y todo se acabara estropeando.

Capítulo 21



—No lo veo justo —escuché la protesta desde el salón—. Yo tengo que ir al cole y tú te quedas terminando de preparar la maleta y luego me recogéis a toda prisa para ir al aeropuerto cuando podemos comer aquí tranquilos irnos. Esto es una injusticia muy grande —dijo apareciendo por la cocina ya con el uniforme del colegio.

—Vas a ir al cole porque aquí no tienes nada que hacer. Ya viene a recogerte Gonzalo.

—¿Y lo vas a hacer llevarme en vez de quedarse aquí y que luego no tengáis que ir a por mí? —resopló.

—He dicho que no hay nada más que hablar, y se acabó la conversación.

—Pues estoy enfadada contigo por muchos días —dijo tomándose el Cola Cao de muy malas ganas.

—¿Sí? Pues hija, entonces tienes dos problemas, uno el enfadarte y el otro el desenfadarte, así que ya sabes.

—¡Injusticia total!

—Si vuelves a chillar te hago pasar todo el vuelo sin ver la Tablet.

—Sigue amenazando.

—No es ninguna amenaza, es una advertencia.

—Injusto, injusto, injusto.

—¿Vas a seguir quedándote por encima? Porque si es así, te aseguro que le digo a Gonzalo que tú te quedas en tierra y me voy sola con él a Disney.

Se quedó callada, pero no conforme, ella insistía en no ir, a sabiendas de que no era necesario que se quedara en casa, bastante con que iba a perder esos dos días de colegio.

Gonzalo llegó con tiempo para tomarse un café antes de acercarla al cole y ella se fue corriendo hacia él para montarle el drama, como si no la conociera.

—Tato, que mi madre me está obligando y yo no quiero ir. Me advirtió y todo para castigarme en el avión sin Tablet, hasta me dice que me deja en tierra, y eso es una crueldad muy grande.

—Vamos a hablar con ella —la cogió en brazos y entró así en la cocina.

—No hay nada que hablar —le advertí, acercándome a darle un beso.

e

—¿Lo ves? Está poseída por el Demonio.

—Ya me estás tocando las narices, Paula.

—Haya paz y dialoguemos.

—No hay nada que dialogar —le advertí a Gonzalo.

—A mí no me vas a quitar el derecho a hablar, vamos, hasta ahí podríamos llegar. Solo quiero decirte que la niña es la más avanzada de la clase, lleva unas notas de honor todo el trimestre y está nerviosa por este viaje. ¿Crees que le hará bien en ese estado ir al colegio?

—Muy nerviosa, tato, me duele la barriguita —montó su papel ella.

—He dicho que no.

—Abigail, por favor —me pidió acariciando mi mejilla con la niña que seguía sobre él y ponía pucheritos—. Es lo único que te pido. Sabes que le doy importancia a los estudios, pero ella se merece vivir desde este momento con nosotros este viaje, ya que no comienza en el avión, es ahora en el momento que lo estamos preparando todo para irnos luego.

—Qué bonito hablas, tato, creo que la has convencido —dijo la muy zalamera, abrazándolo bien fuerte.

—Paso de ustedes, haced lo que queráis.

1 No me dio tiempo a terminar la frase cuando la niña se bajó de sus brazos y salió corriendo a la habitación gritando que se iba a quitar el uniforme y ponerse el pijama calentita.

—Amor, está nerviosa. Siéntete orgullosa de la niña que tienes.

—Lo estoy, pero me da rabia que falte a la escuela sin motivo.

—Lo hay, ponte en su lugar, está feliz por lo que va a vivir.

—Lo que me faltaba es que ahora a tu costa consiga todo lo que le venga en gana —le puse el café por delante.

—No lo hará, solo en las ocasiones como estas que está más que justificado —me abrazó.

—Ya estoy cambiada —dijo, sentándose de nuevo para seguir desayunando.

—Cambiada te voy a cambiar yo a ti —le dije en tono retintín, pero a ella se le escapó una carcajada.

—A mi niña no se la cambia por nada del mundo, ¿te has enterado?

—El otro —dije con ironía—. Ahora viene de Superman.

—Por mi enana, mato.

—Mamá, tienes a dos en tu contra.

—Por mí, como si tengo una manifestación. Temblando estoy.

Se tiraron toda la mañana buscándome la lengua, pero yo no les hacía ni el menor caso. Hicimos una tortilla de patatas para meterla en pan recién hecho y comerla como bocadillo.

;

A las dos y cuarto estábamos ya de camino hacia el aeropuerto donde dejamos el coche a las afueras en un *parking Low Cost*, que se encargaron de trasladarnos ellos mismos en furgón a la terminal y allí mismo nos recogerían al regreso.

Facturamos las dos maletas en las que llevábamos la ropa y nos adentramos en zona de embarque donde nos quedamos mirando tiendas hasta la hora del embarque.

Tomamos asiento en el avión y dejamos a la niña en ventanilla, Gonzalo se colocó en medio y yo en el pasillo.

—Mamá, qué de gente vamos en el avión, ¿a qué sí?

—Va completito, sí —murmuré mirándola por delante de Gonzalo—. No hables fuerte.

—Pues todo el mundo lo hace.

—Paula... —le reprendí.

Y era verdad, se escuchaba a todo el mundo hablar en voz alta, parecía que el vuelo iba a estar entretenido y esc que no había hecho más que despegar.

—Mamá, qué ganas tengo de ver a todos los personajes y abrazarlos. Les voy a decir a algunos que los quiero.

—Claro que sí, tú ponle emoción —le decía Gonzalo mientras yo me reía negando.

—El abuelo te ha dicho que me compres lo que yo quiera y que luego le pidas el dinero.

—Tampoco te pases que estamos a la vuelta de la esquina de unas Navidades y unos Reyes.

—Un vestido de princesa y un peluche sí me vas a comprar en Disney de parte del abuelo.

—Ya veremos.

—Mamá, no seas más “cortapunto” —me soltó con descaro y volteando los ojos.

—¿Dónde aprendes esas cosas?

—Eso te lo dice el tato y no le riñes.

—Ya me temía yo...

—A mí no meterme en líos que me veo aquí en medio de dos mujeres y estoy rezando más que cuando me castigaban los curas en primaria.

—Hostias, es verdad, lo recuerdo perfectamente —dije riendo.

Llegamos a París y un hombre nos esperaba con un cartelito con el nombre y apellido de Gonzalo. Lo seguimos hasta el coche donde metimos las maletas y nos llevó hasta Disney.

Durante todo el trayecto la pequeña iba de lo más nerviosa y parlanchina. No se callaba ni debajo de agua.

Paula miraba al hotel impresionada, era el más conocido de todos y el que mejor estaba ubicado a los pies de los parques. La emoción se hizo más intensa cuando al adentrarnos a la recepción comenzó a ver a dos de sus princesas favoritas acercarse a ella para saludarla y sonrió muy feliz. Eran Elsa y Cenicienta.

Gonzalo fue rápido y comenzó a sacarle fotos desde su móvil y además con una calidad y profesionalidad que parecían que tenían vida. Era impresionante cómo le estaban quedando.

La habitación era una monada también inspirada en las princesas y Paula no podía estar más contenta.

Dejamos las cosas y bajamos a cenar en el mismo hotel donde había espectáculo y los personajes merodeando por las mesas.

La Bella y la Bestia fueron los primeros que aparecieron por el salón y todos los niños comenzaron a aplaudir emocionados. La cara de felicidad de mi pequeña no tenía precio y todo gracias a un Gonzalo que lucía más emocionado que ella y no dejaba de immortalizar todos los momentos.

—¡¡Me muero!! Esto es lo más —dijo ella súper emocionada, y no dudó en darle un beso a su tato.

Mickey Mouse entró con Minnie y la música animada hizo que todos los niños se levantaran de la mesa y comenzaran a bailar, pero claro, Gonzalo se vino tan arriba que se levantó y al verlo muchos padres se animaron a terminar bailando también, como yo.

Fue una cena de ensueño en la que no faltó ningún tipo de magia ni momento especial para los niños.

Cuando terminó todo y habíamos cenado, nos fuimos a la calle a ver todo iluminado. Hacía mucho frío, pero nada que una buena ropa térmica y los chaquetones no solucionaran.

La pequeña ya se resentía con el cansancio y se le iban cerrando los ojos. Gonzalo la cogió en brazos y nos fuimos a la habitación. Como decía él, mañana sería otro día.

i

s

l

Capítulo 22



—Arriba todo el mundo que estamos en Disneyland París y todo esto es una fantasía para mi cuerpito —dijo Paula, tirándose en medio de nosotros en la cama.

—Primero un abracito con mucho amor —le pidió Gonzalo abriendo los brazos.

—Tato, yo quiero tomar hoy un chocolate para desayunar.

—Claro, mi niña, para ti todo lo que tú quieras.

—¿Y para mi mamá?

—Que se lo curre, que todo lo quiere por delante —bromeó y les di con la almohada en la cara a los dos.

—Ahora venís a por otra, que, menudo valor el vuestro —resoplé.

—Mamá, que yo no he dicho nada —decía ella riendo mientras yo me levantaba de la cama.

—Pues como os habéis vuelto muy cómplices el uno del otro, te tomaré también como mi enemiga.

—Mamá, que soy tu hija —se reía siguiéndome al baño.

—¿De verdad? ¿Estás segura? Porque pareces más de él que mía —me hice la celosa.

—No, pero es que él me mima mucho —se reía—. Y le tengo mucho cariño.

—Ah bueno, entonces decide, con él o conmigo.

—Conmigo, conmigo —dijo Gonzalo, señalándose a él mismo mientras la miraba divertido.

—No sé, no sé —se hizo la interesante.

—Qué fuerte me parece —me reí—. Nunca en la vida me pareció tan acertado eso de “cría cuervos”. Meses de llevarla en mi barriga, unos dolores de parto que, para qué contar, años de crianza, ¿y me cambia por alguien que le regala un viaje? Vamos, vamos —lo que me estaba riendo no tenía precio.

—Mami, es que Gonzalo me consiente demasiado —lo miraba embelesada, y es que el muy jodido se la tenía más que ganada.

—Ya voy a tener que poner yo orden aquí.

—No, no, que a ti también te va a consentir. ¿A qué sí?

—Sí, sí, no me atrevería a menos.

—Venga, vamos que el cuerpo me pide un café urgentemente.

—Mami, y a mí un chocolate calentito —se tocó la barriga.

—Y yo quiero un gorro de Mickey para pasar el día por el parque —dijo Gonzalo y ella lo miró boquiabierta.

—Me encantas, tato, eres el mejor —se abrazó a él y volteé los ojos.

—Qué fácil se compra a un niño —murmuré haciéndome la indignada y los dos se rieron.

La pequeña y yo nos vestimos con unos leggings térmicos con pelitos por dentro que eran una pasada de cómo calentaban, al igual que la camiseta que llevábamos interior debajo del jersey que era polar. Los chaquetones hasta la rodilla con unas botas de pelito y ya estábamos listas para disfrutar del día y para combatir el frío.

Desayunamos en el buffet del hotel por donde ya andaba algún personaje que otro recibiendo a los niños.

—Mamá, yo me quiero quedar a vivir aquí. Vamos a decirle a papi y Laura que se vengán también y compramos una habitación para cada uno.

—A mí, déjame de líos —dijo Gonzalo echando una carcajada—. Demasiado que cargo con tu madre como

para también hacerlo con tu padre y la pareja.

—Son buena gente —los defendió riendo.

—Ah bueno, entonces me lo pienso —se llevó la mano al pecho y respiró profundo.

Después de desayunar como si se acabara el mundo, nos fuimos directos a disfrutar del primer día de parque, que estaba segura de que sería inolvidable para mi hija, como todo lo que ya había vivido hasta este momento desde que pusimos un pie en el hotel.

Entramos a una tienda que le llamó la atención a Paula y lo que menos me pude imaginar es que dentro de ella le pidiera a Gonzalo que se vistiera de *Star Wars* del personaje de soldado de asalto que era el que iba de blanco.

Y para más sorpresa mía, Gonzalo no dudó en hacerlo. Se lo puso encima de su ropa y volvió a colocarse el chaquetón. La pequeña lo miraba flipando porque ni ella se creía que él lo fuera a hacer.

Como bien dije, este hombre no dejaba de sacarme una risa tras otra, y de sorprenderme mejor ni hablaba.

—Mamá, yo quiero este de La Bella.

—¿Segura? Solo te voy a comprar uno.

—Vale, tú uno, el abuelo, otro y el tato, otro.

—Ya pagué yo de nuevo —murmuró él bromeando.

—He dicho que uno. El que te va a comprar el abuelo y ya, así que decídetelo porque como te pongas en ese plan termino por no comprarte ninguno.

a —¡Mamá! Esto es injusto, no puedo quejarme por nada.

—Eso es, da gracias a que estás aquí viviendo este viaje que todos los niños desean, así que no seas avariciosa y lo quieras todo.

—Vale, pues me compro el de Frozen.

—Y el de La Bella se lo regalo yo —dijo Gonzalo, quitándose el poder de haber conseguido que la niña lo entendiera.

—Tú, te callas o te mando al hotel y no sales con nosotras hasta que regresemos al avión. Y te lo estoy diciendo muy en serio —le terminé por advertir.

—Bueno, pero algo podré comprarle. ¿O no tengo derecho?

—Mamá, tiene derecho, es su dinerito.

—Paso de ustedes. Coge el que quieras y vamos a caja. No vuelvas a pedir otro vestido o la vamos a tener.

—Vale —dijo ella resignada— me llevo el de R2-D2 para no dejarlo solito así —dijo refiriéndose al robot de la misma serie de la que se había disfrazado Gonzalo.

—Si es que eres la mejor niña del mundo. Coge ese del robot que yo me voy a comprar uno de La Bella —le hizo un guiño y a ella le salió una sonrisilla.

—¿Quieres dejar de malcriarla? —protesté muy enfadada.

—¿Qué pasa, que yo no me puedo comprar un vestido porque sea de mujer? —preguntó él, para ganársela más de lo que ya se le tenía ganada.

—Vale, a ella le compras el vestido, a mi otro, de paso me compras un reloj de *Swarovski* que venden en la tienda de al lado solo por dos mil euros y ya de paso me compras...

—Yo no saco la tarjeta ni de broma. Niña elige el de La Bella que es lo único que vas a conseguir —le dijo este haciéndose ahora el que me apoyaba.

—Si es que más vale que te calles que vas a salir perdiendo —le advertí.

—Mamá, qué manera de dominarlo —dijo ella para terminar de picar.

—Vámonos de la tienda que me están entrando hasta calores.

—¡Mamá! Que tienes que pagar mi vestido con el dinerito de abuelo —me gritaba.

—Que te lo pague él, yo os espero fuera. No quiero saber nada —me fui y los dejé allí.

Me salí y vi que había una zona de fumadores. Aproveché para ir a fumarme uno, ya que me había comprado un

paquete antes de venir. Normalmente no fumaba, pero cuando salía de viaje siempre me gustaba llevar uno y , disfrutar de alguna que otra calada. Y ahora era el momento perfecto.

Que sí, que yo entendía que mi pequeña estuviera nerviosa por un viaje como este, lleno de magia y todo eso, pero no la había criado ni educado para que fuera una niña así, que pidiera constantemente de todo lo que se le antojaba, y no me gustaba que Gonzalo se pusiera a su altura quitándome la autoridad.

Quince minutos tardaron en salir en los que me dio tiempo a fumarme el cigarrillo, a dar dos vueltas a esa calle y a desesperarme porque sabía que la niña se estaba saliendo con la suya.

—Mamá el tato se ha comprado una mochila y dentro hemos metido mi vestido.

Cuando miré hacia la mochila y la vi en su espalda colgada con todo lleno a presión, me di cuenta de que no solo le había comprado el vestido, estaba segura que la niña le había sacado hasta los ojos.

—Tú y yo luego vamos a tener una charla —le advertí a Gonzalo.

—¿Qué pasa, que te molesta también que me haya comprado una mochila de Elsa como recuerdo? —me preguntó él haciéndose el indignado.

—Para nada, luego veremos qué de sorpresas trae la mochilita de marras.

—Mamá, no le puedes registrar sus cosas —dijo ella toda lista y mirándolo a él con los ojos abiertos como platos.

—Es verdad, en el artículo doce del tratado de Disney, dice que lo que se compre aquí no debe ser mostrado si no se quiere.

—Qué listo eres, Gonzalo, te sabes hasta las normas de Disney —decía ella feliz pensando que yo me lo había tragado.

—Sí, me he preocupado mucho por estudiar todos los días de mi vida —murmuró él haciéndose el interesante.

Vaya dos, qué bien compinchados estaban, y qué viajecito me esperaba...

Capítulo 23



No era ni la una de la tarde cuando tuvimos que regresar al hotel a dejar la mochila y varias bolsas de compras que había hecho Gonzalo y todo para complacer a una niña que hacía con él lo que le daba la gana y de la que yo ya en este viaje había tirado la toalla. Es más, ya por último la animaba a pedir para que él se jodiera porque se lo buscaba con creces picando en todo momento a Paula con todo lo que veía.

Cuando llegamos a la habitación y comencé a ver todo lo que sacaba de la mochila, me había dado cuenta la de cosas que mi hija era capaz de adquirir en tan solo quince minutos. ¿Cómo había cedido este hombre a comprarle tantas tonterías juntas?

Me eché las manos a la cabeza mientras Paula silbaba disimulando, mirando al techo, imitando a Gonzalo que había empezado el primero a hacerlo.

—Yo paso de ustedes, de verdad, por cierto, a este paso vas a tener que pagar otra maleta para facturar a la vuelta.

—Otra vez me toca pagar a mí —murmuró él, causando una risa en la pequeña.

—Sí, sí, muchas risas veo yo, pero cuando lleguemos al aeropuerto, me contáis —dije mientras iba al baño a respirar un momento a solas.

Bueno, respirar y contar hasta cincuenta para calmarme antes de volver con ellos. Mi hija estaba desatada, de verdad que sí, y si el otro empezaba a consentirla de ese modo, no quería ni pensar lo que haría con él de aquí a un año.

Regresamos al parque y nos fuimos directos para comer a uno de los tantos restaurantes que había y que estaban llenos hasta la bola. La pequeña se pidió una hamburguesa que era más grande que ella y nosotros lo mismo, todo con menú.

—Tato, tú le puedes pedir a la carta de Reyes que te cases con mi mamá. Es que yo fui la que te pedí a Santa Claus y lo mismo ya no me hacen más caso.

—A mí no meterme en marrones que yo no os meto a ustedes —dije levantando el dedo a modo de advertencia.

—Mami, que él tiene mucho dinero como querías.

—No te creas, que la mujer le hizo una aspiradora y lo dejó más seco que una mojama.

—Mamá, pero él me compra cositas. Da igual que no tenga mucho dinerito, lo vamos a querer igual.

—Me estoy emocionando —decía él, haciendo el que lloraba mientras se secaba los ojos falsamente.

—Gonzalo, ¿por qué lloras sin lágrimas? Así no conseguimos que mi mamá se case contigo.

—Porque la otra le secó hasta los ojos —murmuré, causando una carcajada en él.

—Cómo se pasa tu madre —le dijo a la pequeña, que estaba encantada con esas conversaciones.

—Ya te digo, te tiene como a mí, enfilado, pero creo que es porque nos lo hemos buscado y no hemos sido obedientes.

—¿Y yo qué le tengo que obedecer a esa mujer? Ni que me hubiese llevado en su vientre —dijo y le lancé una patata que iba hasta con salsa de ketchup y se le quedó en la frente pegada.

—¡Qué puntería! —gritó la niña riendo, momento en que la patata resbaló al disfraz de Gonzalo— Mamá, lo has manchado —terminó diciendo.

—No pasa nada —me lanzó Gonzalo dos patatas y la niña empezó a tirar para todos lados.

Resultado, que nos llevó a ponernos a los tres como un cristo y que la gente nos mirara riéndose. Menos mal que los abrigos taparían todas esas manchas que nos habíamos echado.

—Menos mal que mi vestido lo he dejado para mañana porque si no ahora estaría llorando —dijo la pequeña.

—No te preocupes, el tato te hubiese comprado otro —murmuré causándoles una carcajada bien grande.

El papá de mi hija me mandó un mensaje diciendo que por favor le comprara a la niña algunas cositas de su

parte. Me puso un Bizum con ciento cincuenta euros.

La verdad es que Jesús con su niña era todo un padrazo y estaba pendiente en todo momento de ella y de cualquier cosa que pudiera necesitar, aunque sabía que gracias a Dios yo podía cubrir todas sus necesidades, pero él me daba una buena manutención por encima de lo acordado judicialmente y siempre le compraba ropa y cosas que necesitara.

No le dije nada a la pequeña porque aún quedaban dos días más por delante y era capaz de hoy mismo gastárselo todo. Con esto de que Disney era una fantasía para ella, estaba en un plan de lo más caprichoso. Y claro, con un Gonzalo al lado sucumbiendo a todos sus deseos más fácil lo tenía ella.

La verdad es que el lugar era una pasada con tanta fantasía. Desde la magia que transmitía esa iluminación del gran árbol de Navidad que estaba en Town Square, hasta los espectáculos con canciones navideñas, los personajes y Santa Claus, así como la cabalgata donde no faltaba el pato Donald, Elsa, Buzz Lightyear y otros tantos más que bailaban a ritmo de la música y que nos dejaban a todos con el cuerpo moviéndolo para adentrarnos en su fiesta. Todo era especial y era un viaje que ni mi pequeña ni nosotros, íbamos a olvidar en la vida.

También disfrutamos del Universo Marvel donde estaban El Capitán América y Spiderman entre otros...

Pero la joya de la corona fueron las Princesas Disney, que eso era lo que a ella la volvía loca. Se emocionaba saludando a Ariel, o a la mismísima Bella, y, cómo no, Tiana, esa que también hacía que volara su imaginación.

Íbamos comprando crepes, galletas y un sinfín de productos para ir probando y que había repartidos por todo el parque en diferentes puestos en los que siempre había gente comprando.

La verdad es que no había en el parque tanto aglomeramiento como creía, pero sí que había que esperar unos minutitos en las colas para adquirir cualquier cosa de comida.

Pasamos un día inolvidable lleno de risas y con momentos de esos que se nos iban a quedar en la retina para siempre.

Fuimos directos hacia el restaurante del hotel para cenar y donde de nuevo había espectáculos y algunos de los personajes ya estaban allí recibiendo a los niños con su familia.

—Hola, Pocahontas —le dijo al personaje que era una chica que la habían clavado. Perfectamente similar.

La abrazó y les tiramos una foto. La pequeña estaba que no se lo creía porque era a una de las que aún no se había encontrado desde que llegamos.

—Es muy bonita, se va a convertir en mi favorita —decía ella emocionada.

—Más bonita es tu madre —contestó Gonzalo, mirándome fijamente—. Y no quiere casarse conmigo.

—Mamá, cástate con él, que de tato pasará a padrastro —se puso a aplaudir.

—Ya otro día, que hoy tengo sueño —contesté con una risilla suelta y mirándolo tan fijamente como lo hacía él

La pequeña abría los ojos como platos esperando algo más de mí, pero pronto se le volvía el rostro de enfado al ver como yo lo disuadía de mil maneras.

—Mamá, es tu amor, tu novio, tu vida, mi tato, mi compra cosas, me trae a Disney. ¿Cómo le vas a decir que no
a casarte con el tercer hombre más bueno del mundo?

—Mira, al menos soy el tercero —dijo él apretando los dientes.

—El primero es mi abuelo, el segundo mi padre y el tercero tú —comentó ella risueña.

—Unos días dices el abuelo y otro papá —contesté riendo.

—Claro, los voy alternando.

—Cualquier día me veo el primero —murmuró Gonzalo, llevándose la mano al pecho en plan de alivio.

—Claro, mañana cuando me compres más cosas —le respondió ella.

—Ah, el típico “por el interés te quiero tato” —resopló él.

—Pero, ¿desde cuándo te has vuelto así, si tú eras de las que se conformaban con muy poco?

—Son muchos a mi alrededor consintiéndome, lo han hecho mal —reconoció ella misma, causando una carcajada grandísima en Gonzalo.

—La amo, simplemente la amo —dijo este llorando de la risa.

La niña lo miraba con esa risilla pícara de tenerlo bebiendo de su mano, porque era así claramente. Gonzalo estaba con ella que ni cagaba, como se decía en mi tierra vulgarmente.

Subimos a la habitación y nos fuimos duchando. La pequeña se tiró en medio de nosotros dos para ver las fotos del móvil de Gonzalo que era el que más material tenía, ya que había sido el fotógrafo oficial del día.

Impresionadas estábamos viendo cada una de las imágenes que habían quedado de revista porque tenían una luz y brillo que parecían que estaban vivas. La pequeña las revisaba tranquilamente sin dejar avanzar, ya que se fijaba en todos los detalles.

· Se quedó dormida viendo esas fotos, momento en que Gonzalo se la echó a los brazos y la llevó a su cama.

o

Subimos a la habitación y nos fuimos duchando. La pequeña se tiró en medio de nosotros dos para ver las fotos del móvil de Gonzalo que era el que más material tenía, ya que había sido el fotógrafo oficial del día.

Impresionadas estábamos viendo cada una de las imágenes que habían quedado de revista porque tenían una luz y brillo que parecían que estaban vivas. La pequeña las revisaba tranquilamente sin dejar avanzar, ya que se fijaba en todos los detalles.

Se quedó dormida viendo esas fotos, momento en que Gonzalo se la echó a los brazos y la llevó a su cama.

Capítulo 24



No estaba Gonzalo en el cuarto y la pequeña me miraba sonriente cuando llamaron a la puerta y deduje que era él.

Al abrir me topé con la sorpresa de que eran dos trabajadoras del hotel vestidas de hadas madrina con sus varitas mágicas y un forro de ropa que traían colgado en un carro de trasladar las maletas.

—Venimos a hacer de su día uno de ensueño —me dijo una de ellas.

—Dirás a mi hija —me reí sin entender nada.

—A ti, Abigail, y tu hija te acompañará en el día.

—¿Y mi pareja? —lo definí así porque a estas alturas ya no sabía ni cómo llamarlo.

—Él te espera en el castillo...

—Madre mía de mi vida, en qué lío me ha metido este.

—Si nos permites...

Me aparté y entraron con esa funda y sacaron dos vestidos de Cenicienta.

—Mamá, mira qué bonitos y hasta con la corona y los zapatos de tacón.

—Ni de broma me visto así.

—Mamá, pues te arrepentirás el resto de tu vida.

—Me temo que sabes más de lo que hablas —murmuré, resignándome al ver cómo esperaban las dos chicas.

Nos peinaron, maquillaron y nos dejaron perfectas. Hasta nos traían unas bufandas gigantes en blancas de lo más cálidas y con un tacto increíble.

Las seguimos hasta la entrada del hotel donde nos esperaba una carroza como la de Cenicienta. ¿En serio? Me pregunté a mí misma con una angustia muy grande sin entender la gracia de Gonzalo al hacer algo así. ¿Qué pretendía, que nos sintiésemos princesas de verdad por un día? ¿Cuánto le habría costado contratar este paquete? Mejor no lo quería ni pensar porque se le había ido la cabeza por completo.

La pequeña iba saludando desde la carroza a todo el mundo y yo la seguía de igual manera con una sonrisa de lo más fingida. De esta salíamos hasta en los telediarios, por no hablar de los numerosos videos que subirían los que nos iban grabando. Lo iba a matar, definitivamente, lo iba a matar.

—Somos como dos princesas de verdad, ¿a qué sí, mami?

—Sí, hija —contesté entre dientes sin poder dejar de pensar en que esto no se lo perdonaba, que me estaba haciendo pasar una mijita de vergüenza el jodido de Gonzalito.

Llegamos a pie del castillo y mi sorpresa fue más grande cuando lo vi a él allí esperando vestido de príncipe, impecable, guapísimo y sonriente.

En su mano un cojín con un....

—Yo a ti te mato —le dije cuando me puse a su altura y un fotógrafo no dejaba de disparar la cámara y estaba segura de que en eso él también tenía mucho que ver.

—Quiero que sepas —hincó una rodilla en el suelo mientras sujetaba en su mano el cojín con la sortija y los curiosos se agolpaban para ver el momento— que el amor no consta del tiempo que dos personas pasen juntas, consta de momentos y de esos hemos coleccionado muchos en los últimos días. Vengo de fracasar en un matrimonio, pero tú me has hecho que crea ahora más que nunca en el amor —se escuchó un “ohhh” de emoción del público que ya había concentrado y que no era poco—. Nos conocemos de toda la vida, pero hemos perdido muchos años en los que nos podíamos haber comido el mundo, pero, ¿qué tal si nos lo empezamos a comer juntos con una vida que empiece ya en común?

—Me está entrando mareo —murmuré y todos se rieron, hasta él y la pequeña que tenía sus manos juntas y rezando para que esta vez no le diera calabazas.

—Abigail...

—No lo digas, por Dios —me reí nerviosa.

—¡Dilo, tato, dilo! —gritó la pequeña entre la risa de todos.

—¿Quieres casarte conmigo? —y lo preguntó desde el suelo y mirándome con la emoción en sus ojos.

—Cualquiera dice que no con tanta gente mirando —dije a carcajadas y me agaché a besarlo—. Quiero casarme contigo porque si la cagué una vez ¿por qué no dos? —le respondí y todos comenzaron a aplaudir mientras él colocaba el anillo en mi mano, pero no solo eso...

)

Sacó otro de su bolsillo que era una corona de plata preciosa y se lo colocó a la niña en su dedo.

—Ya eres mi padrastro, pero para mí siempre serás mi tato —le dijo ella, abrazándolo con todas sus fuerzas.

—¡Es mi prometida! —gritó Gonzalo a todo pulmón levantando mi mano y mostrándome orgulloso al público.

Los aplausos fueron de lo más intensos y duraderos, como ese beso que me dio dejándome caer hacia atrás como en las películas. ¿Podía ser más divertido y romántico mi futuro marido? Sí, no me cabía duda de que este era el principio de un amor al que no le faltaría ninguno de los ingredientes para mantenerlo vivo.

Pasamos un día de cuento en el que un fotógrafo nos seguía por todo el parque y nos grababa y captaba los momentos. Nos hicimos fotos con los personajes siendo uno más de ellos.

Fue un día precioso que culminamos en el baño de la habitación cuando la niña estaba dormida. Me sentía la mujer más afortunada del mundo.

—No miento cuando digo que te quiero —susurró antes de darme un beso.

—Yo también te quiero, Gonzalito —sonreí y a él se le escapó una preciosa risilla.

Al día siguiente comenzamos la mañana desde bien temprano, ya que era el último día en Disney y el siguiente regresábamos.

Me pasé todo el desayuno mirando mi sortija que era preciosa en forma de corona, como la de mi hija, pero la mía tenía unos diamantes y era de oro blanco. Estaba colocado delante del de Tous que me regaló de sorpresa y

que llevaba en el mismo dedo. Iban dos anillos en pocos días.

—Al menos si me dejas puedo venderlos —dije mirando hacia mi dedo.

—No eres más capulla porque no te entrenas —me contestó riendo.

—Mamá, Gonzalo nunca te va a dejar porque no podría vivir sin mí.

—Gracias por el consuelo —murmuré soltando una risilla.

?

Nos adentramos en el parque y la niña, que sabía que su padre le había mandado dinero para que se comprara cosas, se fue directa a la tienda que consideraba su favorita porque había de todo lo imaginable de sus personajes favoritos.

Hasta yo me animé y me pillé una sudadera, unos pendientes, bolígrafos, imanes, un par de tazas que me llamaron mucho la atención y un montón de cositas más de las que luego se llamarían trastos.

La pequeña se compró tantas cosas que no sabía dónde lo iba a colocar en su cuarto porque no le faltaban figuras, lapiceros, cuadernos y de todo lo que pudo pillar.

Tuvimos que ir al hotel a dejar las bolsas para seguir disfrutando del último día del parque, esta vez en los *Studios* que era lo que nos faltaba por ver.

Llegamos al hotel a las diez de la noche agotados de tanto parque y de tantas tiendas y de comer porquerías. Se habían pasado rápido los días, pero estaba claro que lo habíamos aprovechado hasta el último minuto y nos llevábamos unos recuerdos increíbles que no se nos olvidarían jamás, como el modo tan original y bonito con el que me había pedido que me casase con él.

—Ya no somos amigos con derecho a Navidad... —murmuró cuando el avión despegó a la mañana siguiente.

—Siempre lo seremos porque esa frase me la pienso tatuar y eso que no soy muy dada a los tatuajes y pensé que nunca lo haría, pero lo tengo claro.

—Yo soy igual, no estoy tatuado, pero si tú lo haces, yo voy de cabeza.

—¿Sí? —pregunté riéndome.

—No lo dudes, mi prometida —me dio un beso en los labios.

Y así regresábamos de un viaje en el que confirmábamos esos sentimientos que se nos venían agolpando desde que nos reencontramos esta última vez. Una historia de lo más corta, pero intensa, de esas que te dejan con un sabor de lo más dulce en la boca y que entiendes que el amor no es cuestión de tiempo, sino de llegar a la persona correcta.

Y así regresábamos de un viaje en el que confirmábamos esos sentimientos que se nos venían agolpando desde que nos reencontramos esta última vez. Una historia de lo más corta, pero intensa, de esas que te dejan con un sabor de lo más dulce en la boca y que entiendes que el amor no es cuestión de tiempo, sino de llegar a la persona correcta.

Capítulo 25



Si me llegan a decir que Gonzalo tras regresar de Disney se iba a instalar en mi casa permanentemente, no me lo hubiera esperado, pero así hizo, ir a su casa por sus cosas durante los tres días siguientes.

Estábamos a un día de Nochebuena y teníamos todo organizado para que se celebrara en mi casa con los cinco. Nuestros padres no se separaban para nada y dormían en casa de uno o del otro cada día. Aún estábamos en shock con ese idilio que se había forjado también tan fuerte.

Llevamos a la niña a casa de mi padre donde estaba también Carmen. Se iban a quedar con ella hasta el día siguiente que fuesen los tres para la cena a casa y así nosotros hoy pudiésemos hacer algunas compras de regalos en plan tranquilos sin que Paula viera algunas que no podía.

Para ver la cara de los abuelos, porque a ella también ya la llamaba así. Estaban que no cabían en felicidad sabiendo que se la iban a quedar.

—Ay, que me como a mi niña a bocaditos —dijo Carmen, después de escucharla llamarla abuela y pedirle un Cola Cao.

Mi padre sonreía feliz y eso me hacía estarlo a mí, porque desde que perdió a mi madre, a quien de sobra sabía que la amaba y amaría hasta el final de su vida, no lo había visto tan ilusionado con nadie más que con la niña y conmigo.

Tomamos un café en casa de mi padre antes de irnos. Nos pusimos a bailar en el coche por sentirnos libres por dos días. No es que mi hija nos molestara ni mucho menos, pero también teníamos ganas de disfrutarlos a solas por unos ratitos.

Dejamos el coche aparcado en mi casa, ya que tenía el centro a dos pasos. Me agarró de la mano, me la besó y comenzamos a andar hasta la calle principal que ya lucía como una feria en estos previos días a unas fechas tan señaladas.

Nos adentramos en unos grandes almacenes que era donde mi padre solía comprar todos los regalos y ese al que yo iba para hacer mis compras en las diferentes firmas de ropa, maquillaje o perfumes que usaba. Aquí podías encontrar todo lo imaginable y, además, lo entregaban con una presentación digna de ser mencionada.

—¿Qué perfume le gusta a tu madre? —pregunté porque cada vez que veía a Carmen olía súper bien, pero no caía en cuál era.

—Uno del baratillo.

—Estás como una cabra —volteé los ojos.

—Loewe, el de Aire Sutileza.

—Ya me extrañaba a mí que no supieras el que usa tu madre.

—¿Y tu padre? Porque tú se lo regalas a ella y yo a él y así nos ahorramos el doble.

—Cállate, vamos a comprarle entre los dos un perfume a cada uno, un cinturón a mi padre, un bolso a tu madre y un pijama a cada uno.

—Pero falta mucho para Reyes.

—Es para Santa Claus —resoplé— y se lo daremos en casa.

—¿Y para Reyes?

—Ya los compramos en otro momento.

—Qué ruina, madre mía, qué ruina, y yo reuniendo para la broma —bromeó—. Y todo eso sin contar lo que le compraremos a mi niña favorita.

—Para ella le vamos a coger una colección de libros que quiere, unas deportivas que me pidió y un set de maquillaje.

—¿Para Reyes?

—¡Vete a la mierda! —resoplé de nuevo y me dispuse a coger los perfumes.

—Una cosita —se puso a mi lado de nuevo—. A la mierda qué se va, ¿por allí o por allí? —señaló a ambos pasillos.

—Tú calla y ve metiendo en el carrito las cosas —habíamos cogido uno pequeño en vez de una cesta porque estaba claro que nos faltaría sitio y era más incómodo.

Conseguí que comprásemos todo lo que nos hacía falta y más para sorprender en ese día en el que estaríamos todos juntos. Dejamos todo en el coche y nos dimos una hora para poder comprarnos nuestros regalos.

—No me pienso gastar más de veinte euros en ti —me dijo, dándome un beso antes de perderse.

—Tranquilo que me quedan diez euros para invertir en ti —bromeé.

—O sea, que si alguien, alguna vez, me pregunta, cuánto vale el amor de mi mujer por mí, ¿tengo que contestar qué diez euros?

—Lo has pillado, maridito mío —contesté riendo marchándome por el pasillo central para ir hacia otro en el que estaba lo que quería.

Le compré un chándal de algodón de dos piezas, Adidas, en color gris claro, de la misma marca que le compré las zapatillas en color blanco. Me lo guardaron y prepararon de tal forma que no iba a imaginar lo que era cuando lo metiese en el coche. Luego le cogí un reloj en el que no dudé en gastarme setecientos euros, ya que él se había desvivido por nosotras y cómo no, no podía faltarle un perfume y me decanté por uno de Dior.

Nos dimos el encuentro y metió sus bolsas también en el carrito que me lo había quedado yo. Una vez que lo teníamos todo, nos fuimos hacia la casa de nuevo a dejarlo todo y salir del tirón a buscar dónde comer para seguir disfrutando del día en la calle.

Nos acomodamos en una terraza que era un freidor de pescado que tenía una fama increíble en la ciudad y los alrededores. Tuvimos la suerte de que solo esperamos diez minutos antes que nos pasaran a una de sus mesas que nos cuadró con una estufa en forma de chimenea exterior al lado.

Pedimos un surtido de pescado, un paquete de patatas al ajillo y dos cervezas.

—¿Por qué eres tan fea?

—Aún te llevas una guantada —me reí entre su mano que sujetaba mis mofletes apretándolos antes de darme un beso.

—Tengo muchas ganas de casarme contigo, ¿lo sabías?

—No me quedó claro en el viaje —me hice la indiferente.

—¿Y por qué será que cuando te pones tan chulilla más me caliento?

—¿Quieres tomarte la cerveza sin dejar de pensar en guarradas? —me reí.

—Pues luego bien que las disfrutas tú.

—Dios, dame paciencia, que si me das fuerzas lo mato —murmuré resignada.

—No serías capaz de eso porque ya no sabrías vivir sin mí. Reconócelo.

—Llevo viviendo sin ti treinta y tres años, Gonzalo.

e

—Pero porque no habías probado de mis mieles —murmuró y se hizo un silencio cuando nos trajeron el surtido y las patatas.

Echamos un rato muy bueno durante la comida y estábamos muy emocionados con vivir los días que quedaban por venir en este momento tan dulce y especial que estábamos viviendo.

Nos dirigimos al supermercado a comprar todo lo que nos hacía falta para la cena de Nochebuena y la comida de Navidad, del marisco se encargaría mañana mi padre en el mercado y lo traería ya preparado.

Compramos carne, verdura, pescado, turrones, dulces navideños, helados, bebidas y todo lo inimaginable para que no faltara de nada. Mi padre nos había regalado un jamón que también lo abriríamos para la cena.

Llegamos a casa y nos dispusimos a colocarlo todo bien en la nevera y en los muebles. Gonzalo era tan ordenado como yo y lo dejó todo de escaparate.

Nos duchamos y pusimos los pijamas para quedarnos ya en casa. Nos habían dado las siete de la tarde en la calle.

—Quiero hablar con usted —le dije cuando nos pusimos en el salón a cenar con los sándwiches que habíamos
1 preparado.

—¿Y por qué me lo dices así? A mí no me asustes que tengo el corazón muy débil.

—El padre de Paula se la lleva desde el veintiséis hasta el cuatro y había pensado que, como nuestros padres están muy bien acompañados, ¿qué te parece si nos hacemos un viaje de unos ocho días por el mundo a solas?

—Ya me tocó pagar otra vez —murmuró, haciendo la broma.

—Voy a invitar yo —carraspeé mirándolo.

—Estoy bromeando, yo a ti te lo pago, así tenga que pedir un préstamo —me mordió el labio.

—No seas tan exagerado que tienes muy buenos ahorros.

—Más podría tener si mi ex no me hubiera apretado tanto —se reía.

—No pienses en eso, el pasado es para que se quede ahí —lo besé.

—¿Y dónde te gustaría pasarlo?

—Había pensado en algo así como Las Vegas.

—¿Los dos en Las Vegas? Venimos arruinados, mi amor.

—Ahora que dices mi amor, ¿qué tal si nos vamos a Cuba?

—Allí con las mulatas moviendo el culo... ¡Me apunto! —Se encogió al recibir la colleja.

—¿Cuba entonces?

—Cuba entonces —me hizo un guiño.

Después de cenar me dispuse a buscar las ofertas de paquetes vacacionales con la suerte de que había una con salida el día veintisiete y de regreso el cuatro que llegaríamos aquí, era un paquete de siete noches en el destino.

—Pues sí que nos vamos a tener que dar patadas en el culo.

—Tenemos tres días completos para hacer las maletas, no me seas exagerado.

—Yo ya estoy nervioso, a Cuba con todas las mujeres exuberantes que hay allí.

—Te la has ganado de nuevo —le di otra colleja—. Y no se te olvide que aquello está lleno de bombones en forma de hombres —le recordé.

—No había pensado yo en eso —se lamentó.

Cuba, otro lugar que visitar junto a él y esta vez los dos solos. Me parecía fascinante la idea y ya tenía el gusanillo de los nervios dentro de mí.

¡Me iba a Cuba con el que iba a convertirse en unos meses en mi marido! ¿No era fascinante?

—Yo ya estoy nervioso, a Cuba con todas las mujeres exuberantes que hay allí.

—Te la has ganado de nuevo —le di otra colleja—. Y no se te olvide que aquello está lleno de bombones en forma de hombres —le recordé.

—No había pensado yo en eso —se lamentó.

Cuba, otro lugar que visitar junto a él y esta vez los dos solos. Me parecía fascinante la idea y ya tenía el gusanillo de los nervios dentro de mí.

¡Me iba a cuba con el que iba a convertirse en unos meses en mi marido! ¿No era fascinante?

Capítulo 26



Gonzalo y yo, habíamos pasado el día tranquilos en casa, desayunando y preparando muchas de las cosas que queríamos dejar listas para esa cena tan especial que tendríamos en familia en las que serían nuestras primeras Navidades juntos.

Había que ver las vueltas que podía dar la vida, que si a mí me hubieran dicho en la época en la que íbamos juntos a clase que acabaríamos así, prometidos y celebrando la Navidad con nuestros padres también como pareja del año, no me lo habría creído.

Pero aquí estábamos, en la cocina de mi casa terminando de meter la carne en el horno para que se fuera asando

Teníamos listas las croquetas de bacalao nada más que para freír cuando llegara el resto, teníamos unos deliciosos canapés de paté de todas las clases, el puré de patata estaba hecho nada más que para calentarlo un poco después, y habíamos hecho hasta un flan de huevo para el postre.

Como del marisco se encargaba mi padre, no había más que hacer por nuestra parte, así que después de poner en unas bandejas un buen surtido de dulces navideños, fuimos a ducharnos.

Lo hicimos juntos y porque Gonzalo me cargó en brazos en cuanto me vio desnuda antes de meterme en la ducha y me fue enjabonando el cuerpo con una delicadeza y unos masajes que me dejaron de lo más relajada, por no hablar de que me dio un par de orgasmos antes de comenzar a vestirnos.

Cuando acabamos nos hicimos una foto dejando el temporizador del móvil activado. Gonzalo se puso a mi espalda abrazándome desde atrás yo apoyé mis manos en sus brazos. Sonreímos y nos quedó una foto muy bonita junto al árbol de Navidad.

—Si es que lo supe nada más verte, somos la pareja perfecta —dijo con una amplia sonrisa y un beso después de ver la foto.

Me había puesto un vestido de punto entallado en color beige con los zapatos de tacón negros, llevaba el cabello recogido en un moño bajo y un par de mechones sueltos, uno a cada lado enmarcando mi rostro.

Él estaba guapísimo con unos vaqueros negros, el jersey beige y unos zapatos tipo bota.

Estábamos abriendo una botella de vino para servirnos una copa cuando llamaron y Gonzalo fue a abrir pues sabía que eran nuestros padres y la niña.

—¡Noche de Paz! ¡Noche de amor! —escuché canturrear a mi hija y sonreí, no tardó en llegar a la cocina— Mami, ¿me echabas de menos? —Me abrazó desde atrás.

—Sabes que, aunque a veces acabes con mi paciencia, siempre que no estás te echo de menos mi vida —le di un beso en la cabeza—. Pero qué guapa te has puesto —sonreí.

—¿Verdad qué es bonito? Me lo ha regalado mi abuela Carmen —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Iba preciosa con ese vestido en rosa pastel y una cinta blanca ancha haciendo de cinturón que acababa en un lazo en la espalda. Los zapatos eran también de color blanco y se había recogido el pelo en una coleta alta con una cinta rosa a modo de lazo.

.

—Abigail, ¿te ayudo en algo, hija? —me preguntó Carmen, entrando en ese momento.

o También se había puesto muy guapa, con un vestido rojo entallado que realzaba su figura y le hacía verse impresionante.

n —No, ya tenemos todo casi listo. Solo falta freír las croquetas y servir el marisco.

—Ese lo tengo aquí —dijo mi padre—. Hola cariño, qué guapa te has puesto —sonrió, dándome un beso.

—Tú sí que vas guapo, ¿has visto qué percha tiene, Carmen? —sonreí.

—Sí, sí, la veo. Uf —se abanicó ella con la mano y mi padre soltó una carcajada.

A ver, que yo tonta no era y por mucha edad que tuvieran, seguro que se daban sus buenos mimos, por eso no me escandalizaba.

Freímos las croquetas y servimos el marisco mientras Gonzalo y la niña ponían la mesa, que decían que la iban a dejar chulísima. Miedo me daba a mí lo que pudieran liar ese par de locos, pero bueno, que me había dicho a mí

o misma que no iba a estresarme más de lo necesario esa noche.

Fue mi padre quien acabó abriendo la botella de vino y sirviendo esas copas que nos tomamos los tres mientras terminábamos de preparar todo. Y cuando entramos en el salón con las bandejas de esos entrantes que íbamos a comer, Gonzalo y Paula estaban sonriendo junto a la mesa.

La verdad es que la habían dejado preciosa, con un mantel de papel blanco con dibujos en dorado que habíamos comprado para poder recoger rápido y que no nos preocupásemos si se manchaba la tela.

En el centro habían colocado un bonito centro de mesa con piñas, ramas de piño, algunas esferas de Navidad y unas velas que habían encendido para dar ambiente.

n

Platos, copas y los cubiertos en el lugar que ocuparía cada uno, completaban aquella preciosa mesa preparada para una noche que estaba segura sería de lo más especial.

—¿Qué te parece, mami? —preguntó sin dejar de sonreír.

1 —Está preciosa, mi niña.

—¿De verdad te gusta?

—Sí, cariño —le di un abrazo.

Nos sentamos y comenzamos a disfrutar de aquella primera noche de unas Navidades de lo más especiales.

Paula estaba de lo más risueña, y se puso las botas con los langostinos que había traído mi padre y que a ella le encantaban.

Los canapés que habíamos preparado se acabaron rápido, y es que esos patés que compramos en el super fueror todo un acierto, estaban buenísimos y de lo más suaves.

—Las croquetas están buenísimas, hija —dijo mi padre, tras coger una que se llevó a la boca sin pensarlo mucho.

—Y el asado seguro que también, que lo estoy oliendo desde aquí y seguro que no defrauda —me dijo Carmen.

—Eso espero, o no me querrás de nuera, no sea que no alimente bien a tu hijo.

—Tranquila, preciosa, que me das muy bien de comer —Gonzalo me hizo un guiño.

—Por Dios, Gonzalo, que no es momento —reí.

—¿De qué, mami? Si está hablando de comida —mi hija frunció el ceño.

Y mi padre y Carmen, que tampoco eran tontos y me habían entendido, se echaron a reír.

—¿Quién quiere más croquetas? —pregunté cogiendo la bandeja.

—A ver si no va a sobrar nada para mañana, Abigail.

—Uy, no te preocupes Carmen, que hay otra bandeja de croquetas para freír mañana, y haremos canapés también.

—Y el asado, que hemos preparado una carne rellena para chuparse los dedos —añadió Gonzalo.

Pensamos en todo cuando fuimos a hacer las compras para tener bastante cantidad de cada cosa y dejar lo justo por hacer para la comida de Navidad, de modo que podríamos levantarnos un poco más tarde.

Aunque teniendo a doña nervios en casa iba a ser complicado que nos levantáramos tarde.

El asado triunfó y acabamos por comernos todos, un par de filetitos más con ese puré que estaba de vicio. Debí reconocer que Gonzalo tenía muy buena mano en la cocina y había sido de gran ayuda para preparar esa cena de Nochebuena.

Servimos el flan con nata para el postre y un pedazo de tronco navideño que había traído Carmen de una pastelería de su barrio que estaba buenísimo, de ese pobre sí que no quedaron ni las migas, porque a Paula le gustó tanto que se tomó tres porciones.

Mi padre abrió una botella de champán y sirvió las copas de los cuatro, mientras que a mi niña se la llenó con zumo de naranja.

—Por la familia —dijo con la copa en alto—, esa que ha aumentado en solo unos días.

—Y yo espero que siga aumentando, que quiero algún nieto más —comentó Carmen, mirándome con una sonrisilla.

—¿A mí por qué me miras? Eso díselo a tu hijo —le señalé.

—Cariño, ¿será porque eres tú la que tendrá que llevarlo en la barriga? —dijo el muy jodido.

—¿Me vais a dar un hermanito? —preguntó Paula de lo más emocionada— Que yo solo pedí un novio para mi mami a Santa Claus.

—Entonces ya sabes, enana, pide un hermanito para Reyes.

—¿Qué dices? —chillé— Paula, no se te ocurra, ¿eh? Este año no, por Dios —reí.

—No, no, yo este año en peticiones no me paso más, que con tu novio pobre tenemos bastante.

—Anda lo que ha dicho, que soy pobre —resopló Gonzalo.

—Te hemos dejado pobre con el viaje a Disney —dijo ella.

—La tarjeta temblando sí que se ha quedado sí, y de qué manera —suspiró.

—Bueno, yo solo os digo que, cuando queráis, me dais otro nieto que a esta me la perdí de bebé y yo quiero ver unos mofletes achuchables —dijo Carmen.

a —Uy sí, mami, yo también. Al final escribo la carta para los Reyes ya pidiendo un hermanito.

—Vamos, o te ayudo —soltó Gonzalo, poniéndose de pie después de beberse el champán de un trago.

—¿Me dejáis ayudar también? Que así pedimos que no sea tan revoltoso como fue Gonzalo, que entonces tu madre se vuelve loca del todo.

—Ya estoy loca, Carmen, porque mira que aceptar a tu hijo de marido...

Mi padre se echó a reír al ver a los tres ir a la cocina donde teníamos una libreta y un bolígrafo con los que hacíamos las listas de la compra.

—Creo que no nos vamos a aburrir con ellos en la familia —comentó mientras me pasaba el brazo por los hombros.

—Ni una mijita, papá, no nos vamos a aburrir ni una mijita.

—Mami, ¿cómo quieres que sea el hermanito?

—Espera, ¿vamos a poder elegir sus rasgos? —Arqueé la ceja.

—Claro hija, un bebé a la carta —contestó Carmen y nos reímos.

—Hombre, es que es la carta para los Reyes, abuela —volteó los ojos porque no había caído en la broma con segundas de mi suegra.

Y así, entre risas, copas, bromas, villancicos y algún que otro baile, se nos pasaron las horas volando y entendí que sí, que Gonzalo había heredado el sentido del humor de su madre, una Carmen que me trataba como a esa hija que nunca tuvo, como ella decía.

Paula se fue a la cama nerviosa porque a pesar de que ya había dejado Santa Claus ese novio que le había pedido para mí, sabía que algún regalito le caería a ella.

Mi padre y Carmen se quedaron a dormir en el sofá abierto, decían que así estarían aquí para empezar la mañana en familia y, conociendo a mi padre, se iría desde bien temprano por chocolate con churros para desayunar.

Gonzalo y yo nos quedamos dormidos casi al instante, agotados después de un día lleno de preparativos para la que había sido, sin lugar a dudas, una noche realmente perfecta.

—Mami, ¿cómo quieres que sea el hermanito?

—Espera, ¿vamos a poder elegir sus rasgos? —Arqueé la ceja.

—Claro hija, un bebé a la carta —contestó Carmen y nos reímos.

—Hombre, es que es la carta para los Reyes, abuela —volteó los ojos porque no había caído en la broma con segundas de mi suegra.

Y así, entre risas, copas, bromas, villancicos y algún que otro baile, se nos pasaron las horas volando y entendí que sí, que Gonzalo había heredado el sentido del humor de su madre, una Carmen que me trataba como a esa hija que nunca tuvo, como ella decía.

Paula se fue a la cama nerviosa porque a pesar de que ya había dejado Santa Claus ese novio que le había pedido para mí, sabía que algún regalito le caería a ella.

Mi padre y Carmen se quedaron a dormir en el sofá abierto, decían que así estarían aquí para empezar la mañana en familia y, conociendo a mi padre, se iría desde bien temprano por chocolate con churros para desayunar.

Gonzalo y yo nos quedamos dormidos casi al instante, agotados después de un día lleno de preparativos para la que había sido, sin lugar a dudas, una noche realmente perfecta.

Capítulo 27



—¡¡Mamá!! ¡¡Arriba!! —gritó Paula desde el pasillo, y no tardé en escuchar que abría la puerta de la habitación y saltaba en la cama— Vamos, arriba dormilones.

—Por Dios, me acabas de romper una costilla —dijo Gonzalo cuando se tiró en plancha sobre él—. No puedo respirar.

—Ay, mi tato, ¡qué lo mato! —gritó con las manos en la cabeza y se arrodilló entre los dos.

—Cariño, baja el ritmo que no son ni las ocho de la mañana —dije.

—Me has roto una costilla, Paula, no me voy a poder levantar hoy.

—Que sí, que sí puedes, venga —empezó a zarandearlo.

—Ay, ay, qué malito, ay, ay, que no puedo —me miró e hizo un guiño, aunque ya sabía yo que estaba de broma.

—¿De verdad te he hecho daño? Yo no quería —ahí mi niña se cagó de miedo, se lo veía en la cara—. Mami, que no quería hacerle daño.

—Pues ni se mueve, hija, le has dejado lisiado de por vida. Y ahora a cargar con él, lo que me faltaba —resoplé.

—Vamos a llevarlo al médico, mami.

—Pues nada, a pasar el día de Navidad en urgencias. ¿Ya no quieres abrir los regalos? —pregunté.

—No, no, vamos a llevarlo al médico.

—Si es que te como, enana —le dijo, cogiéndola en brazos y ella chilló riéndose—. ¿Me has preferido a mí a los regalos?

—Qué va, sabía que estábamos de broma —rio—. Y ahora venga, a levantarse que me he asomado al salón y hay un montón de regalos en el árbol.

—Eso por listo —le dije, riéndome.

Nos levantamos y al entrar en el salón me vino ese rico olor a chocolate con churros y sonreí, sin duda mi padre era un libro abierto para mí.

—Buenos días, el desayuno está servido —dijo él que estaba vestido al lado de Carmen, que llenaba las tazas de chocolate.

—¿Y los regalos? —preguntó mi hija, nerviosa por abrirlos.

—Después los abrimos, vamos a comernos los churros ahora que están calentitos.

—Yo tengo una porra que está la mar de caliente también —susurró Gonzalo en mi oído.

—Calla, que te van a oír —le di un manotazo.

—Esta noche no te libras, que lo sepas —me dio un mordisquito en el labio.

Nos sentamos a la mesa y mientras nos comíamos esos deliciosos churros mojados en el chocolate, Paula no dejaba de mirar hacia el árbol donde estaban los regalos. Y como la conocía más que de sobra, sabía que estaba contando todos para ver cuántos había y cuáles podrían ser suyos.

Una vez que no quedó ni un churro en el plato y que todos habíamos terminando de tomarnos el chocolate, Paula soltó un suspiro.

—¿Podemos abrir ya los regalos, mami?

—Sí, ahora ya sí —sonreí.

—¡Bien! —gritó y fue corriendo al salón para buscar el nombre en cada paquete, nos sentamos allí con ella y fuimos cogiendo todos los que llevaban nuestro nombre.

A las dos de la madrugada noté que Gonzalo se levantaba y me dijo que iba a colocar los regalos, cuando hice por levantarme se negó, pidiéndome que descansara pues la niña no tardaría en ir en mi busca, como así había sido.

En cuanto Paula abrió el primero se puso a chillar de contenta cuando vio esa colección de libros que le habíamos comprado. Mucho más chilló al abrir las deportivas y el set de maquillaje

—¡Me encantan! Este año Santa Claus me ha traído todo lo que quería.

—Empezando por mí, que soy el novio no tan rico de tu madre —comentó Gonzalo.

—Sí, sí, tú fuiste un regalo anticipado —rio.

Pero no quedó ahí la cosa, pues mi padre y Carmen también le habían comprado unos regalitos. Había un jersey de lanita en color azul pastel, unos vaqueros y unas botas de pelito en color azul que hacían de ese un conjunto de lo más bonito.

Y hablando de Carmen le tocó a ella abrir sus regalos, y quedó la mar de encantada con el perfume, el bolso y el pijama. Al igual que con los pendientes de oro con forma de corazón que le regaló mi padre.

A él también le gustaron los regalos que habíamos comprado nosotros, y Carmen le regaló unos gemelos nuevos en los que estaban grabadas sus iniciales.

—Venga, mami, te toca —me dijo mi pequeña, sonriendo de lo más feliz.

Abrí uno de los regalos y supe que ese era de mi padre. Me había comprado un maletín nuevo para el trabajo y una agenda de esas que siempre utilizaba, con mucho sitio para apuntar cosas y con banderitas de post-it para las notas importantes.

El siguiente regalo era un pack de perfume, el de baño y crema hidratante para el cuerpo de mi perfume favorito, sin duda, regalo de Carmen por cómo sonreía al mirarme.

Y por último abrí el que me había comprado Gonzalo.

Era una caja grande y dentro había un abrigo de paño en color gris precioso, junto a unos guantes y una bufanda en blanco que eran de lo más calentitos y suaves.

Además de una cajita más pequeña donde encontré unos pendientes de oro y diamantes de Tous que hacían

juego con el anillo.

Me emocioné y negué al tiempo que sonreía, pues no era necesario que se hubiera gastado tanto después de dejar la tarjeta temblando con el viaje a Disney.

Pero me lo comía, porque estaba teniendo unos detalles preciosos conmigo y mi niña.

Le tocó el turno a él, que recibió una cazadora de cuero por parte de su madre, unas botas de mi padre y esos regalos que yo le había comprado.

En cuanto vio el reloj cerró los ojos soltando el aire y negó, tal como había hecho yo. No tardó en abrirlos de nuevo y mirarme con una sonrisa en los labios para después mirar a su madre, y no tardé en saber que fue una mirada en clave.

—Paula, vamos a recoger todos los papeles y a tirarlos a la basura, cariño.

—Sí, vamos, abuela.

l Mi padre las ayudó y, cuando nos quedamos solos, Gonzalo me cogió la mano.

s —No tenías que haberme comprado tanto, preciosa, ese reloj seguro que te ha costado un ojo.

—No llevo ninguno de cristal, puedes estar tranquilo. Pero sí que he perdido un riñón —le hice una burla sacándole la lengua.

—Madre mía, Abi —sonrió cogiéndome por las mejillas y dándome un beso—. ¿Qué hago contigo?

—Eso digo yo, ¿qué hago contigo? Tú sí que no tenías que haber comprado los pendientes, que bastante fue lo que gastaste con el viaje.

—Con gusto me gasto el dinero con mis chicas, eso no lo dudes nunca, mi vida.

—Lo mismo te digo.

1 —¿Sabes que eres lo que más amo en el mundo?

—Ahora que lo dices, no lo sabía, no —sonreí.

—Pues ya lo sabes —me dio un beso—. Te amo, Abi, y no mentí al decirte que estoy deseando casarme contigo. Y que sepas que voy a verte con ese vestido de novia del escaparate.

—¿Tú no sabes que es de mala suerte ver el vestido de la novia antes de la boda?

—Peor suerte que tuve la primera vez que me casé, no la voy a tener ahora.

—Pues también es verdad —sonreí, acercándome para darle un beso.

—¿Quién quiere un café? —preguntó mi padre.

—Yo, que, si no lo tomo, no vuelvo a la vida —contesté mientras nos levantábamos.

Tomamos el café y después recogimos todos los regalos, Gonzalo y yo aprovechamos que nuestros padres estaban en casa para vigilar a Paula y fuimos a ducharnos, por turnos eso sí, aunque me costó convencerlo de eso.

Cuando regresamos ya estaban poniéndose a preparar los canapés como los que habíamos cenado la noche anterior y en cuanto estuvieron listos, freímos las croquetas y fuimos sirviendo el marisco en las bandejas para poner la mesa, de lo que se encargaron Gonzalo y Paula.

Después de comer y tomarnos el café mi padre y Carmen, se despidieron de nosotros con besos y abrazos, momento en el que Gonzalo y yo nos fuimos a ponernos el pijama y volvimos al salón donde nos esperaba la peque bien cómoda en el sofá para ver una peli cubiertos con la manta.

Y lo de ver una peli es un decir, porque acabamos quedándonos dormidos a baba caída los tres.

—Pues ya lo sabes —me dio un beso—. Te amo, Abi, y no mentí al decirte que estoy deseando casarme contigo. Y que sepas que voy a verte con ese vestido de novia del escaparate.

—¿Tú no sabes que es de mala suerte ver el vestido de la novia antes de la boda?

—Peor suerte que tuve la primera vez que me casé, no la voy a tener ahora.

—Pues también es verdad —sonreí, acercándome para darle un beso.

—¿Quién quiere un café? —preguntó mi padre.

—Yo, que, si no lo tomo, no vuelvo a la vida —contesté mientras nos levantábamos.

Tomamos el café y después recogimos todos los regalos, Gonzalo y yo aprovechamos que nuestros padres estaban en casa para vigilar a Paula y fuimos a ducharnos, por turnos eso sí, aunque me costó convencerlo de eso.

Cuando regresamos ya estaban poniéndose a preparar los canapés como los que habíamos cenado la noche anterior y en cuanto estuvieron listos, freímos las croquetas y fuimos sirviendo el marisco en las bandejas para poner la mesa, de lo que se encargaron Gonzalo y Paula.

Después de comer y tomarnos el café mi padre y Carmen, se despidieron de nosotros con besos y abrazos, momento en el que Gonzalo y yo nos fuimos a ponernos el pijama y volvimos al salón donde nos esperaba la peque bien cómoda en el sofá para ver una peli cubiertos con la manta.

Y lo de ver una peli es un decir, porque acabamos quedándonos dormidos a baba caída los tres.

Capítulo 28



Después de un montón de horas de vuelo en las que charlamos, nos peleamos en broma y dormimos, por fin estábamos en Cuba.

El calor que nos azotó nada más salir del aeropuerto era lo más parecido a un caluroso día de verano en España y eso que estábamos en diciembre.

Era extraño haber comenzado el viaje con un abrigo y ahora encontrarme en tirantes y deseando llegar al hotel para quitarme los pantalones vaqueros.

Un hombre con un cartel de la agencia con la que viajábamos nos atendió y después de buscar en la lista nuestros nombres, nos mandó al autobús que nos correspondía en el que ya había otros viajeros.

Después de meter las maletas en el bus nos encendimos un cigarrillo antes de subirnos, ya que quedaba aún gente por llegar. Luego nos irían dejado a cada uno en nuestros respectivos hoteles.

—Joder, pero, ¿cómo puede hacer tanto calor?

—Es el Caribe, cariño. ¿Qué esperabas, unos centímetros de nieve?

—Pues no, porque toda la ropa que traigo es de verano, pero joder, me esperaba un clima un tanto más primaveral. Esto es demasiado —me abanicaba con la mano.

—Pues hoy es de los días más frescos —me dijo un cubano que pasaba y se enteró de nuestra conversación.

—Pues menos mal —volteé los ojos resignándome a ello—. Y gracias por los ánimos —dije con ironía.

—Ánimos lo de nosotros que estamos trabajando.

—También tienes razón —dije sonriente.

Ya se sabía la calidad de vida de los habitantes de la isla que estaban sufriendo la escasez de todo tipo. Era increíble que en la época que vivíamos aún siguieran soportando al mismo régimen durante tantas décadas.

Nos montamos en el autobús que, aunque poco, algo de aire tenía.

—Aquí vamos a morir asfixiados —escuchamos decir a una joven que estaba sentada atrás justo con el que se suponía que era su marido.

Fueron dejando a los turistas en sus hoteles y nosotros tuvimos la mala suerte que fuimos a los últimos que soltaron. Pues sí que empezábamos bien el viaje.

—Cinco minutos más y me tienes que despegar del asiento, te lo digo en serio Gonzalo.

—Exagerada —rio.

—Díselo a los vaqueros, que esos sí que me los vas a tener que quitar tú.

—¿Recién llegados y quieres marcha? Luego dices de mí —suspiró.

—Qué colleja tienes, Gonzalito, qué colleja —resoplé.

El botones se nos acercó para que coger nuestras maletas y nos acompañó con ellas hasta la recepción en donde nos hicieron el registro y nos dieron la llave. Las maletas ya las habían llevado hacia la habitación.

—¿Una cervecita antes de subir?

—Tengo los pantalones pegados al cuerpo, te lo he dicho, pero se ve que tú has escuchado mal —volteé los ojos y se rio—. Necesito una ducha, ponerme fresquita y ya nos tomamos todo lo que quieras.

—Bueno vale. ¿Me puedo llevar una a la habitación? —preguntó señalando la barra que había en el lobby.

—Venga coge dos.

Fue a la velocidad de la luz y apareció con dos Bucaneros que así se llamaba una de las cervezas de la isla y la verdad que le di un trago y me pareció de un sabor impresionante. O que también podía ser que con el calor que

había pasado el último rato, esta me sentara como agua bendita.

Nos tomamos la cerveza en la habitación mirando hacia el Malecón antes de ducharnos, pero ya me había quitado el pantalón y me había quedado con la camiseta. Y qué alivio sentí, igual que cuando me quitaba los zapatos después del trabajo

—Estás vistas son impagables —murmuró metiendo su mano por debajo de mi camiseta y acariciando mi zona.

—Mira, nunca me lo han hecho mirando al mar Caribe.

—Esto es mucho más que eso, es el Malecón... —jugueteaba mientras notaba que sus dedos ya comenzaban a hurgar entre mis labios—. Y dime en qué lugares no te lo hicieron que te llevaré a todos ellos.

—Si es que encima tienes mucho arte —me reí ya notando cómo me iba excitando.

Me fue alimentando de esa excitación a la que me fue llevando mientras me tocaba relajadamente. Se me escapó un gemido que fue el primero de muchos que fueron saliendo por mi garganta.

Después de llevarme a ese momento cumbre con fuerte orgasmo en la terraza, nos fuimos a la ducha donde terminamos de rematar la faena. Me encantaba la forma en la que me hacía sentir tan segura y deseada.

Salimos a la calle donde de nuevo esa manta de humedad nos dio en todas las narices.

Nos perdimos en dirección a la zona de la Habana vieja y terminamos en una plaza delante de la Catedral que estaba de lo más animada con un grupo de música local y una terraza llena de turistas donde nos acomodamos a pedir dos cervezas y un plato de pollo frito con arroz.

No es que hubiera mucho para elegir, pero con eso contábamos antes de llegar a la isla. De sobra sabíamos la situación que allí se vivía y a la que nos teníamos que adaptar, ya que precisamente un viaje de lujo no era.

s

—Vuelve a mirar a otra y te comes el vaso —murmuré, aguantando la risilla.

—Amor, es que van tan ligeras de ropa que me dan ganas de ir y dejarle mi camiseta —dijo, causándome una carcajada.

—Sí, claro, y yo me chupo el dedo.

—No, puedes chuparme otra cosa.

—¿A esa también te dan ganas de abrirla?

—Amor, es que mire hacia donde mire todas van con poca ropa —ya lo hacía a maldad para buscarme la lengua.

—Pues no dejes de mirarme a mí que es con la que estás sentado y charlando.

—¿Tantos días así mirándote?

—Sí, sin dejar de mirarme o vuelves soltero como la canción esa que se hizo tan viral.

—¿Quieres vivir rico soltera?

—Ponme a prueba y verás como lo hago.

ó

—Hija, más vale que me hubieras llevado a un país que fueran todas abrigaditas por el frío. No sé, por el Polo Norte nos habría ido bien.

—O te mande de vuelta a España y me quede yo aquí disfrutando, que no me hace falta mirar hombres para pasarlo bien.

—Eso ha dolido —se tocó el corazón—. Si sabes que solo tengo ojos para ti, pero joder si miro hacia un lado y pasan mujeres, ¿qué hago? ¿Cierro los ojos?

—Eso mismo, eso mismo —le señalé con el dedo mientras reía—. O también puedo ponerme yo así de ligera de ropa y no me quitas la mirada de encima.

—Ni yo, ni nadie, vaya.

Realmente no me molestaba porque era como decía, es que le pillaba mirando para un sitio y aparecían mujeres que eran bombones, pero a mí me daba igual. Yo sabía cómo me miraba a mí y eso era lo que me hacía sentir bien. Confiaba en él y prefería hacerlo así siempre hasta que no me demostrase lo contrario. Vivir con miedo no era vivir y eso no existía en mi mente.

Estaba claro que un hombre que no amaba a una mujer se notaba y en su caso, se había desvivido no solo por mí, sino por lo que más amaba en este mundo, que no era otra que mi hija.

Después de comernos el pollo nos dirigimos hacia otra calle encontrándonos con la conocida Plaza Vieja que estaba también de lo más animada y allí nos pedimos dos rones con cola en uno de los bares y nos sentamos en un escalón a tomarlo mientras veíamos el ir y venir de la gente.

A pesar del calor debía admitir que allí se estaba genial, que ya solo con el ambiente que había era un rincón perfecto para pasar unos días de relax.

Me quitó la copa de la mano y me hizo levantar enganchándome para bailar una salsa que sonaba fuerte desde el interior del bar.

No éramos los únicos que estábamos bailando y fueron más los que se unieron en pareja formando como una especie de pista improvisada. Fue un momento guapísimo, ya que todo cobraba el son de esta tierra.

Pasamos una noche increíble en la que estuvimos hasta la una de la mañana de bar en bar tomando copas y probando también los mojitos. Lo más increíble es que, aunque teníamos el puntito, nos sentíamos de lo más cuerdos y no habíamos bebido poco que digamos.

—¿Y si nos casamos aquí, “*miamol*”? —preguntó, mientras bailábamos en otro momento de arrebatos salseros que le dio.

—¿Aquí? Y nos matan nuestros padres, ellos que quieren vernos sentar cabeza por fin —volteé los ojos.

—Es verdad, sí, mejor esperamos.

Durante los siguientes días nos dedicamos a recorrer toda La Habana y todos esos rincones más emblemáticos de la ciudad. Salimos de fiesta, nos bañamos en las playas del este y nos apuntamos a excursiones para conocer el Pinar del Río y los campos de café.

Cuba era un país que te hacía hacerte muchas preguntas antes de venir, pero infinitas de más una vez que estabas aquí. ¿Cómo podía ser que una isla que lo tenía todo para hacerla brillar la dejaban de esta manera, deteriorándose cada vez más y con un pueblo pasando tanta necesidad?

Era increíble que no se hiciera nada contra un gobierno que se lo estaba cargando todo, pero, ¿cómo iban a luchar desde aquí dentro cuando no tenían nada? Como nos dijo una mujer, los habían dejado hasta sin fuerzas.

Después de comernos el pollo nos dirigimos hacia otra calle encontrándonos con la conocida Plaza Vieja que estaba también de lo más animada y allí nos pedimos dos rones con cola en uno de los bares y nos sentamos en un escalón a tomarlo mientras veíamos el ir y venir de la gente.

A pesar del calor debía admitir que allí se estaba genial, que ya solo con el ambiente que había era un rincón perfecto para para pasar unos días de relax.

Me quitó la copa de la mano y me hizo levantar enganchándome para bailar una salsa que sonaba fuerte desde el interior del bar.

No éramos los único que estábamos bailando y fueron más los que se unieron en pareja formando como una especie de pista improvisada. Fue un momento guapísimo, ya que todo cobraba el son de esta tierra.

Pasamos una noche increíble en la que estuvimos hasta la una de la mañana de bar en bar tomando copas y probando también los mojitos. Lo más increíble es que, aunque teníamos el puntito, nos sentíamos de lo más cuerdos y no habíamos bebido poco que digamos.

—¿Y si nos casamos aquí, “*miamol*”? —preguntó, mientras bailábamos en otro momento de arrebatos salseros que le dio.

—¿Aquí? Y nos matan nuestros padres, ellos que quieren vernos sentar cabeza por fin —volteé los ojos.

—Es verdad, sí, mejor esperamos.

Durante los siguientes días nos dedicamos a recorrer toda La Habana y todos esos rincones más emblemáticos de la ciudad. Salimos de fiesta, nos bañamos en las playas del este y nos apuntamos a excursiones para conocer Pinar del Río y los campos de café.

Cuba era un país que te hacía hacerte muchas preguntas antes de venir, pero infinidad de más una vez que estabas aquí. ¿Cómo podía ser que una isla que lo tenía todo para hacerla brillar la dejaban de esta manera, deteriorándose cada vez más y con un pueblo pasando tanta necesidad?

Era increíble que no se hiciera nada contra un gobierno que se lo estaba cargando todo, pero, ¿cómo iban a luchar desde aquí dentro cuando no tenían nada? Como nos dijo una mujer, los habían dejado hasta sin fuerzas.

Capítulo 29



Último día del año y me despertaba con un café que nos habían traído a la habitación encargado por Gonzalo y mirando al Malecón. ¿Qué más podía pedirle a este día? Bueno, que estuvieran nuestros padres y mi hija aquí, pero ellos estaban en buenas manos y bien acompañados. Así que nos tocaba vivir este momento para nosotros, y que habíamos venido con esa intención.

—Vamos a terminar y comenzar el año en Cuba, ¡qué fuerte! —dije riéndome— Lo peor de todo es que hace pocas semanas estaba viviendo mi vida de los más relajada sin saber que ibas a venir a movérmela por completo.

—¿Y qué me dices de mí? Un pobre recién divorciado que vuelve a su tierra tras un fracaso matrimonial y no le da tiempo ni a comer las uvas cuando ya está comprometido con otra mujer —hizo el que se iba a tirar por la terraza.

—Si te vas a tirar, que sea una vez casado para así poder disfrutar de la paga de viudedad.

—Eso es pensar con el corazón —se reía.

—Qué ganas tengo de lucir el vestido esta noche. Si es que no pude escoger uno más perfecto —le dije sin pensar darle el más mínimo de los detalles.

—Si no me vas a decir cómo es, no me digas nada. Ya sabes que me imagino cosas y... —Metió su mano por debajo de mi camiseta.

—No vayas a empezar que ya hemos tenido el primero de la mañana.

—¿Y cuánto está permitido por ley?

—No lo sé, pero por ahora... —me llevé un dedo a su boca— vas a tener que esperar...

—Me acaba de entrar un calentón imperial.

—Imperial eres tú —solté una carcajada.

—Pues como dicen por ahí, si sabes cómo me pones, ¿para qué provocas?

—Para que no se te olvide que viniste conmigo, la mujer que siempre te lo hace rico —le hice un guiño y me puse de puntillas para besarlo, momento que aprovechó para rozarme con su entrepierna y gimió.

—No te escapas, *baby*, esta noche no te escapas —murmuró y me reí.

Bajamos a desayunar y ya se notaba que estaban preparando el hotel para la gran noche. Sería al aire libre y ¹dispondrían de mesas, barras, pista de baile y un grupo de salsa que amenizaría toda la velada.

—Qué bien nos lo vamos a pasar, vida mía y de mi corazón —me decía mientras sujetaba la tostada en la mano

—Sí, esta noche me voy a beber hasta el agua de la piscina.

² —Yo te acompaño, a mi mujer que no le falte de nada.

—Aún no soy tu mujer —carraspeé.

—Pero sí que lo serás dentro de unos meses —me hizo un guiño y me tiró un besito al aire.

—Qué valor tienes —le dije riendo.

—Por ti, me tiro desde un acantilado.

—Ya será menos —volteé los ojos.

Cuando terminamos de desayunar nos dirigimos hacia el mercado de los artesanos de La Habana. Llevábamos varios días aquí y aún no habíamos adquirido nada y no quería dejar de comprar cuadros con unas pinturas representativas de la ciudad y alguna que otra escultura.

Compré un cuadro pintado de El Malecón y personas tocando música y otro con La Plaza Vieja. Me habían llamado muchísimo la atención, así como unas esculturas terminadas en arena que eran toda una belleza.

Terminamos paseando y llegando hasta la Habana Café donde el ritmo y la cultura predominaba el ambiente. Realmente se ponía bien por las noches donde se hacían espectáculos, pero al ser un día tan señalado ya estaba ambientado desde por la mañana. Nos tomamos un ron cubano con cola, ya que eran la una de la tarde y el cuerpo nos lo pedía.

Luego nos fuimos a comer a un restaurante, Paladar y nos dieron sitio en la terraza. Era un lugar solo destinado a los turistas por los altos precios que tenía, pero pudimos disfrutar de una buena langosta y unos platos típicos de país que nos presentaron muy diferente al resto de lugares. Salimos contentos, pero eso sí, abusaban del prestigio y de ser de los pocos lugares donde podías comer algo más exclusivo.

De allí nos fuimos a la Bodeguita del Medio, todo esto con las bolsas de las compras del Mercado, pero en la mochila que llevaba Gonzalo que para eso había sido listo y precavido ese día.

Me gustaba mucho ese rincón tan famoso de La Habana y de la isla en sí y en el que ya habíamos estado días anteriores, pero no estaba de más otra paradita para disfrutar del que decían que era el mejor Mojito del mundo.

—Entonces, nos casamos de verdad —dijo un rato después mientras saboreábamos aquel mojito.

—Si no te has arrepentido, sí.

—¿Arrepentirme? Qué va, si yo es para ir reservando el vestido.

—¿Qué vestido? —Me hice la que no sabía.

—El mío, que he pensado en comprarme uno de estilo flamenco, así, con bata de cola, estilo Rocío Jurado.

—Madre mía, te veo con eso esperándome en el altar y salgo corriendo —reí.

—¿Por qué? Mira que igual hasta me quedaría bien, y seguro que un buen taconazo me estiliza las piernas —contestó pasándose la mano por una de ellas.

—Gonzalo, tú cómprate un traje que el vestido lo llevo yo y, con suerte, en la boda, te dejo que me lo levantes un poco y me des un meneíto rápido.

—Hala, ya me has puesto malo de imaginarlo —resopló y me eché a reír más, porque sí, me encantaba buscarle la lengua tanto como a él buscármela a mí.

Estuvimos hasta las seis de la tarde viviendo la ciudad y luego nos fuimos al hotel a descansar dos horitas antes de prepararnos para la recepción, cena y fiesta de Fin de Año.

Se vistió guapísimo y guiado por mí, con un pantalón beige y una camisa blanca de manga corta y unas zapatillas del mismo color de firma con suela de esparto a juego con el ambiente de la isla.

—Necesito que te vayas y pidas dos copas para cuando yo llegue —dije echándolo.

¹ —Claro que sí, y tú te quedas aquí tan guapa maquillada, peinada y en ropa interior. ¿Me vas a poner los cuernos con algún maromo?

—¡¡Qué dices!! —le grité empujándolo hacia fuera— Espérame en la barra del jardín.

—Joder con los misterios —se marchó quejándose.

Y ahora me tocaba a mí. Lo que él no sabía era el vestido que yo llevaba en color blanco, con una cola y la espalda al aire con los zapatos del mismo color. Le pedí a una amiga que tenía una tienda de novias en la ciudad que me abriera la tienda y me escapé poniendo una excusa para comprarlo. No era de lo más caro, algo sencillo para vivir el día.

Todo estaba hablado con el hotel y cuando lo vieran aparecer por el jardín lo iban a llevar al altar donde me iba a esperar. Hoy íbamos a tener una preboda ante los ojos de todos los que deambulaban por el hotel.

Aparecí por el jardín después de que un trabajador me diera el ramo que era en tonos amarillos y blancos. Él me vio aparecer directa hacia el altar donde estaba y que habían preparado los del hotel.

Un chico haría la ceremonia y muchos clientes se acercaron alrededor para ver el momento.

Los ojos se le hicieron agua como diría mi difunta madre. No era nada oficial, pero algo simbólico para recordar este día y este país para que se quedase para siempre en nuestros corazones.

Estiró su mano y no podía ni hablar del nudo que tenía en la garganta.

—Estás preciosa.

—Y tú también estás muy guapo.

—¿De verdad te has preocupado en preparar todo esto? —me besó emocionado.

—Fue más fácil de lo que imaginas —le hice un guiño.

El chico comenzó a abrir el enlace con unas palabras muy bonitas en las que mezclaba el momento y el entorno de la isla haciendo de ella como una poesía y unos instantes de lo más emotivos.

Sacó unas alianzas que yo había comprado y que nos intercambiamos en ese momento. Serían las mismas que usaríamos en España en nuestra boda oficial con los nuestros.

Fue tan bonito que la gente aplaudía emocionada y un fotógrafo que yo había contratado inmortalizó todo el momento.

Nos pusieron una mesa especial para la cena de Fin de Año donde brindamos una y mil veces por ese amor que nos había envuelto en este mes que esperábamos de todo menos unir nuestras vidas tan rápidamente. Pero la felicidad se podía transmitir a través de nuestros ojos, esos que se miraban sin poder dejar de brillar.

Tras la cena llegaron los fuegos artificiales y las felicitaciones del nuevo año que sellamos con un gran beso de amor, ese inmenso que sentíamos el uno por el otro.

Bailamos, bebimos, reímos y nos abrazamos durante una noche que estaba convirtiéndose en la locura de nuestras vidas...

?

r

El chico comenzó a abrir el enlace con unas palabras muy bonitas en las que mezclaba el momento y el entorno de la isla haciendo de ella como una poesía y unos instantes de lo más emotivos.

Sacó unas alianzas que yo había comprado y que nos intercambiamos en ese momento. Serían las mismas que usaríamos en España en nuestra boda oficial con los nuestros.

Fue tan bonito que la gente aplaudía emocionada y un fotógrafo que yo había contratado inmortalizó todo el momento.

Nos pusieron una mesa especial para la cena de Fin de Año donde brindamos una y mil veces por ese amor que nos había envuelto en este mes que esperábamos de todo menos unir nuestras vidas tan rápidamente. Pero la felicidad se podía transmitir a través de nuestros ojos, esos que se miraban sin poder dejar de brillar.

Tras la cena llegaron los fuegos artificiales y las felicitaciones del nuevo año que sellamos con un gran beso de amor, ese inmenso que sentíamos el uno por el otro.

Bailamos, bebimos, reímos y nos abrazamos durante una noche que estaba convirtiéndose en la locura de nuestras vidas...

Capítulo 30



Finalmente había llegado el día, ese que tanto decía yo que no llegaría porque cada vez que Gonzalo sacaba el tema, me lo tomaba a broma.

Pero aquí estábamos, en pleno verano y a punto de casarnos, llevando ese vestido que él vio y dijo que me estaba esperando a mí.

Íbamos a celebrar la boda en unos jardines preciosos que aún no había visto decorados, pero por cómo me lo describió la *wedding planner* que contratamos, seguro que habían quedado de ensueño.

No era mi primera boda, pero estaba más nerviosa que aquella vez, y me faltaba mi madre para calmarme como hizo entonces, pero estaba mi padre, que algo era algo.

—Estás preciosa, hija —me dijo frotándome los brazos—, no te mires más que al final te desgastas —rio.

—Es que estoy nerviosa, y quiero salir perfecta.

—Y perfecta vas a salir. Mira, no tienes churretes negros, el maquillaje está perfecto y los labios rojos, de escándalo.

—¡¡Mamá!! Sales ya o qué —dijo mi hija, entrando con los brazos en jarra—, al final Gonzalo se va y te deja plantada. Y entonces, ¿de qué sirvió mi carta para Santa Claus?

—Hija, no me presiones que me voy a poner todavía más nerviosa de lo que ya estoy.

—Qué guapa, mami —sonrió y vino a darme un abrazo.

—Tú también estás muy guapa, mi niña.

Iba de lo más veraniega, con un vestido blanco de ganchillo sobre una capa fina de tela del mismo color, al igual que las sandalias, y se había recogido el pelo con dos trenzas que le quedaban monísimas.

Salió de la habitación poco después diciendo que se iba con su padre y Laura, y me quedé con mi padre esos últimos minutos que pasamos los dos en silencio contemplando nuestro reflejo en el espejo.

—Estoy muy orgulloso de ser tu padre, cariño. Y no sabes cuánto me alegro de verte así de feliz.

—Yo también me alegro de verte a ti, Carmen te hace bien —sonreí.

—Esa mujer me ha dado la vida, hija, pero no por ello he olvidado a tu madre, ni mucho menos.

—Ya lo sé, mamá es inolvidable —sonreí, y el asintió antes de inclinarse para darme un beso en la frente.

—¿Lista?

—Qué remedio, no sea que a mi hija le dé algo si no bajo —volteé los ojos y mi padre soltó una carcajada.

Salimos de la habitación del hotel en el que íbamos a casarnos, y cuando llegamos a la zona de los jardines me quedé sin palabras.

Estaba todo realmente precioso, mucho más de lo que podría haberme siquiera imaginado.

Cientos de flores de colores vibrantes decoraban aquel rincón creando un ambiente realmente mágico y romántico, de ensueño tal como pensaba. Las mesas estaban de lo más engalanadas, los manteles eran blancos y el centro de mesa con flores silvestres le daban ese toque de color perfecto.

A modo de altar habían colocado una pérgola de madera decorada con enredaderas y flores, era perfecto y mucho más bonito de lo que la *wedding planner* nos fue describiendo.

Una alfombra rosa hacía de camino para que fuera hasta el que sería mi marido, quien ya esperaba en la pérgola con su traje de novio y le sentaba de maravilla. Estaba guapísimo, más si es que eso era posible. Gonzalo era un bombón que había desenvuelto en más de una ocasión, y que seguiría degustando el resto de mi vida.

Porque sí, él me había dejado claro que se casaba conmigo y era para siempre, que no pensaba aceptar que me quisiera divorciar de él.

A ambos lados de ese camino estaban los invitados, sonrientes y sentados en las sillas blancas con lazos rosas y flores silvestres como las de los centros de mesa, esperando verme caminar hacia el lugar en el que daría definitivamente el tan esperado “sí, quiero” que quería escuchar Gonzalo.

En cuanto me vio aparecer su madre, que ya era mi suegra y también mi segunda madre por ser la novia de mi padre, eso que mi hija decía que era un lío, sonrió y vi que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Y Gonzalo no se quedaba atrás, mi rubio de ojos azules tenía una sonrisa de oreja a oreja que me hizo sonreír a mí, porque la suya era de lo más contagiosa. Y sí, al igual que a mí se me estaban humedeciendo un poquito los ojos, a él también.

Lo vi pasarse los dedos por ellos con disimulo y cuando mi padre finalmente me dejó a su lado, me puse de puntillas para secarle yo esas lagrimillas que aún tenía.

—Estás preciosa, Abi, tal como te imaginé la primera vez que vi este vestido —dijo con la voz entrecortada.

—Y tú estás buenísimo con ese traje, a ver si te lo pones más a menudo.

—Dios, cuánto te quiero, mi vida —me dio un abrazo y escuchamos un montón de “oh, qué tiernos” de nuestros invitados.

Entrelazamos nuestras manos y dejamos que el oficiante comenzara con la ceremonia. Los dos veníamos ya de un primer matrimonio por lo que esta era una boda civil y no por la iglesia, pero para nosotros era perfecta.

Y mientras ese hombre iba hablando nosotros compartíamos esas miradas y sonrisas cómplices que no podíamos evitar dedicarnos. Lo veía nervioso, pero feliz al igual que yo, y no dejaba de acariciarme el interior de la muñeca como si necesitara hacer eso para saber que era real.

En el momento de los anillos fue mi niña quien los trajo, y Gonzalo le pidió que se quedara allí a nuestro lado.

—Hoy, frente a nuestros seres queridos, te prometo que voy a amarte sin condiciones —comenzó a decir Gonzalo mientras me ponía el anillo, y cuando lo hizo, me miró con ese amor llenando sus ojos—. Prometo que seré tu compañero en cada aventura, que te apoyaré en todo y que nunca dejaré de sentir lo que siento. Te elegí desde que volví a verte, te elijo hoy y te elegiré siempre, y me comprometo a hacerte reír, a escucharte y a construir un hogar lleno de amor y alegría.

Me secó las mejillas por donde caían esas lágrimas de emoción que no podía seguir conteniendo, y me dio un beso en la frente.

—Hoy, en este mágico y hermoso lugar, te elijo a ti, mi amor —dije, poniéndole el anillo para mirarlo a los ojos después—. Prometo ser tu compañera, seguir siendo tu amiga, y la mujer que te ame por siempre. Estaré a tu lado en los momentos de alegría y también en los de tristeza, y te aseguro que construiremos un futuro lleno de sueños y risas.

Carmen y Laura estaban llorando mientras mi padre y Jesús las consolaban, y no eran las únicas que tenían esas lágrimas de emoción, pues muchas de las invitadas estaban iguales.

—También tengo promesas que hacerte a ti —le dijo Gonzalo a Paula y se arrodilló ante ella mientras sacaba una cajita del bolsillo de su chaqueta.

La niña me miró sin entender nada y me encogí de hombros, porque no sabía que fuera a darle algo a ella.

Cuando abrió la cajita sacó una pulsera preciosa que la que había grabado el nombre de mi hija en la parte de arriba, y el suyo acompañado de, “Tu tato, siempre” que le hizo a ella brillar los ojos.

—Me caso con tu madre, y sé que eso conlleva hacerlo contigo también —le dijo tras ponerle la pulsera—. No voy a ocupar el lugar de tu padre porque ya lo tienes a él, pero sí puedo prometerte que, igual que contarás con él en cada paso que des, podrás contar conmigo. Y que sepas que siempre, siempre, seré tu tato, y tú mi niña preferida.

—Voy a llorar —murmuró mi hija y él la abrazó.

—Te quiero mucho, enana.

—Y yo a ti, tato.

Llorar, lloramos todos, de eso no había duda, porque Gonzalo era un hombre de lo más loco y divertido, pero también tenía un lado tierno, y si no que me lo dijeran a mí, cuando me sorprendió en pleno parque de Disneyland para pedirme matrimonio por enésima y definitiva vez.

Tras el beso, y ya convertidos en marido y mujer, recibimos felicitaciones y abrazos por parte de todos, y las que más ilusión nos hicieron fueron las de nuestros padres, así como las de Jesús y Laura.

—Me alegra verte así de feliz, Abigail —me dijo mi ex—. Y a la niña también. Adora a Gonzalo tanto como a Laura.

—Sabes que, si no hubiese sido así, y si él no la aceptara, no estaría aquí hoy.

s —Lo sé —me acarició la mejilla—. Ahora disfruta de tu marido que de nuestra hija me encargo yo.

Nos dimos un abrazo y regresé con Gonzalo, quien me esperaba con una copa de champán en la mano.

—Su ilustrísima letrada, le dije que sería usted mi mujer y no quería creermelo —arqueó la ceja.

—Señor periodista, teniendo en cuenta que con usted todo eran bromas, pues me lo tomaba así —sonreí.

—Te amo —me rodeó por la cintura con el brazo diciendo esas palabras mientras me miraba fijamente.

—Yo también te amo, Gonzalo.

Nos besamos y tras ese momento, la celebración fue toda una fiesta. No faltó comida y tampoco bebida, ni bailes y mucho menos esas risas a las que, mi recién estrenado marido, me tenía acostumbrada.

—Lo sé —me acarició la mejilla—. Ahora disfruta de tu marido que de nuestra hija me encargo yo.

Nos dimos un abrazo y regresé con Gonzalo, quien me esperaba con una copa de champán en la mano.

—Su ilustrísima letrada, le dije que sería usted mi mujer y no quería creerme —arqueó la ceja.

—Señor periodista, teniendo en cuenta que con usted todo eran bromas, pues me lo tomaba así —sonreí.

—Te amo —me rodeó por la cintura con el brazo diciendo esas palabras mientras me miraba fijamente.

—Yo también te amo, Gonzalo.

Nos besamos y tras ese momento, la celebración fue toda una fiesta. No faltó comida y tampoco bebida, ni bailes y mucho menos esas risas a las que, mi recién estrenado marido, me tenía acostumbrada.

Capítulo 31



Las Maldivas, ese fue el lugar al que finalmente iríamos de luna de miel, y es que mi padre dijo que él nos regalaba el viaje y los dos pensamos que ese sería un destino perfecto para disfrutar de unos días de playa.

Tras varias horas por fin estábamos llegando al resort en el que nos alojaríamos durante seis días, esos que iba a tomarme como unas mini vacaciones libres del estrés del trabajo.

Nada más entrar en la recepción nos dieron la bienvenida con un cóctel de frutas sin alcohol, en el mostrador de recepción nos dieron la llave de nuestra cabaña y la pulsera de “todo incluido”.

—Ole mi suegro, se ha ganado un buen regalo para las próximas Navidades —dijo Gonzalo mientras se la ponía

—Pues ya puedes rascarte bien rascado el bolsillo, que después de este viaje, mínimo le tienes que comprar un Rolex.

—Vale, lo cogeré en el *Black Friday* como tu anillo de Tous.

—La madre que te parió —reí.

—En casa con tu padre, tan tranquila y enamorada ella.

Y no le faltaba razón, pues nuestros padres estaban la mar de felices.

Nos llevaron hacia la cabaña que nos correspondía y el simple hecho de caminar sobre la pasarela de madera flotante sobre aquellas aguas cristalinas, era una maravilla.

Habíamos visto las fotos del resort y no les hacían justicia, era todo mucho más espectacular en vivo.

Esas playas de arena blanca invitaban a pasar allí largas horas en las hamacas y camas balinesas disfrutando del sol y un cóctel antes de comer.

En cuanto entramos en la cabaña me enamoré, de verdad que sí, pues era de ensueño absoluto.

Contaba con un salón con cocina, un sofá donde descansar, la habitación con una cama enorme en el centro y el cuarto de baño con un jacuzzi que ya me estaba llamando. Además, tenía un precioso porche trasero con una mesa y dos sillas desde el que se accedía al agua y donde el chico dijo que podrían recogerlos con una lancha para llevarnos a otros lugares de la isla.

Saldríamos, tenía claro que lo haríamos, pero también quería disfrutar del spa y los restaurantes con los que contaba el resort.

Y después de instalarnos en la cabaña en la que viviríamos esos días de luna de miel, nos dimos una ducha, juntos pues los dos veníamos con ganas de disfrutar del cuerpo del otro, nos pusimos cómodos y salimos para tener una cena romántica en la playa, así tal cual.

Caminamos por la pasarela hacia la zona de playa donde muchos otros huéspedes disfrutaban de la cena, y sonreí al ver la mesa tan bonita que nos habían preparado.

Estaba decorada con unas velas de citronela para evitar que se acercaran mucho los mosquitos, así como unas flores silvestres preciosas. El mantel era blanco y ya teníamos allí una botella de vino en la cubitera para mantenerse fría.

—Ha dicho que la citronela era para repeler a los mosquitos, ¿verdad? —preguntó Gonzalo tras el brindis que hicimos y ese primer sorbo al vino.

—Sí.

—Pues no funciona para los aviones que tienen aquí —estaba concentrado mirando a la mesa y al mirar yo, lo vi.

Razón no le faltaba para decir que era un avión, porque el mosquito era el triple de grande que uno normal. Y sin cortarse, lo vi coger la servilleta y, ¡zas!

—Uno menos —dijo cuando el mosquito estaba literalmente estampado contra el mantel—. Voy a tener que pedir más velas de estas para que nos rodeen con ellas.

—Madre mía, pues en vez de una cena romántica va a parecer que estamos invocando al Diablo —reí.

—Calla, no invoques tanto.

Nos sirvieron el marisco para la cena y nos pusimos las botas, estaba todo delicioso, y salvo por los mosquitos que parecía que la habían tomado con nosotros, disfrutamos de la velada y del sonido de las olas que nos acompañaba esa noche.

1

Regresamos a la cabaña abrazados nada más terminar, pues el viaje había sido largo y queríamos dormir esas horas para coger fuerzas y empezar al día siguiente con todas las actividades que queríamos hacer.

Y así fue como a la mañana siguiente, después de que mi marido me despertara con su juguetona lengua entre mis piernas y desayunándome como me había dicho, nos dimos una ducha, desayunamos en el porche y salimos para ir a hacer *snorkel*.

Decir que fue una pasada era quedarme corta, aquella había sido la mejor experiencia de mi vida.

Nos acompañó un guía experto en todo momento e incluso nos hizo algunas fotos con la cámara acuática que tenía para guardar un bonito recuerdo de ese momento.

Disfruté mucho explorando los arrecifes de coral y nadando entre aquellos peces tropicales que se acercaban a nosotros con curiosidad y sin miedo, así como de las tortugas y, por suerte para nosotros tal como dijo el guía, de la maravillosa compañía de los delfines.

Regresamos al resort y fuimos a comer en el restaurante, donde probamos la *garudhiya*, un plato típico que era una sopa de pescado elaborada con atún fresco, servida con arroz, cebolla, lima y chiles. Y de segundo una carne a la brasa con puré de patatas que estaba buenísima.

Ese segundo día disfrutamos de un paseo por la playa al atardecer y después pasamos el resto de la noche en el bar de allí, donde cenamos pescado a la parrilla acompañado con unos cócteles buenísimos antes de volver a la cabaña y retozar entre las sábanas.

Tras el desayuno de la siguiente mañana nos llevaron a visitar la capital de Malé, donde paseamos y nos fotografiamos junto a los lugares más emblemáticos, como la Mezquita del Viernes, el Museo Nacional y recorrimos muchos puestos de artesanía local en los que compré algunos recuerdos para todos.

Comimos en uno de los puestos de comida donde disfrutamos de unas deliciosas *bajiya*, que eran empanadas fritas rellenas de pescado, cebolla y especias, y unas brochetas de carne que estaban riquísimas.

—A nuestra peque le va a encantar ese vestido que le has comprado —me dijo Gonzalo, cuando ya estábamos

en la cabaña a media tarde para dejar todo y cambiarnos antes de ir al spa.

Y a mí me encantaba que se refiriera a mi hija como nuestra peque, se veía que era pasión lo que sentía por ella.

En el spa nos relajamos de un modo increíble, y es que nos llevaron a una sala con música de fondo de esa que te hacía dejar la mente en blanco y nos dieron un masaje a cada uno que nos dejó como nuevos, por no hablar de que la chica nos dijo que nos harían un tratamiento rejuvenecedor.

—Verás que volvemos del viaje con la apariencia de cuando íbamos a bachillerato —soltó Gonzalo antes de que nos lo hicieran, y estallé en carcajadas.

Esa estaba siendo una luna de miel perfecta en todos los sentidos, de verdad que sí.

Tras el momento de desconexión en el spa nos llevaron la cena a la cabaña, esa que tomamos en el porche, a la luz de la Luna, y donde mi marido puso música para bailar conmigo después de haber disfrutado de todos esos platos de marisco y pescado que estaban deliciosos.

No tardé en escuchar la melodía de un viejo bolero a la que le siguió la voz del gran Antonio Manzanero.

“Contigo aprendí que existen nuevas y mejores emociones. Contigo aprendí a conocer un mundo nuevo de ilusiones...”

Cerré los ojos mientras nos mecíamos allí, bajo la luz de la Luna, acompañados por su reflejo en el mar, el sonido de este mezclándose con la música, y me sentí la mujer más feliz y dichosa del mundo en los brazos de mi marido.

—*Contigo aprendí, que yo nací el día en que te conocí* —cantó Gonzalo a dúo con él, lo miré a los ojos y nos fundimos en uno beso de esos apasionados que, poco a poco, nos llevó a las caricias que nos hicieron ir a la habitación y perdernos entre las sábanas hasta el amanecer.

en la cabaña a media tarde para dejar todo y cambiarnos antes de ir al spa.

Y a mí me encantaba que se refiriera a mi hija como nuestra peque, se veía que era pasión lo que sentía por ella.

En el spa nos relajamos de un modo increíble, y es que nos llevaron a una sala con música de fondo de esa que te hacía dejar la mente en blanco y nos dieron un masaje a cada uno que nos dejó como nuevos, por no hablar de que la chica nos dijo que nos harían un tratamiento rejuvenecedor.

—Verás que volvemos del viaje con la apariencia de cuando íbamos a bachillerato —soltó Gonzalo antes de que nos lo hicieran, y estallé en carcajadas.

Esa estaba siendo una luna de miel perfecta en todos los sentidos, de verdad que sí.

Tras el momento de desconexión en el spa nos llevaron la cena a la cabaña, esa que tomamos en el porche, a la luz de la Luna, y donde mi marido puso música para bailar conmigo después de haber disfrutado de todos esos platos de marisco y pescado que estaban deliciosos.

No tardé en escuchar la melodía de un viejo bolero a la que le siguió la voz del gran Antonio Manzanero.

“Contigo aprendí que existen nuevas y mejores emociones. Contigo aprendí a conocer un mundo nuevo de ilusiones...”

Cerré los ojos mientras nos mecíamos allí, bajo la luz de la Luna, acompañados por su reflejo en el mar, el sonido de este mezclándose con la música, y me sentí la mujer más feliz y dichosa del mundo en los brazos de mi marido.

—*Contigo aprendí, que yo nací el día en que te conocí* —cantó Gonzalo a dúo con él, lo miré a los ojos y nos fundimos en uno beso de esos apasionados que, poco a poco, nos llevó a las caricias que nos hicieron ir a la habitación y perdernos entre las sábanas hasta el amanecer.

Capítulo 32



Despertamos esa mañana abrazos, sonrientes y con el brillo en los ojos de estar absolutamente enamorados.

Nos dimos una ducha y tras desayunar en el restaurante del hotel, nos fuimos a dar un paseo en *kayak* por la zona donde acabamos dándonos un baño en aquellas maravillosas aguas rodeados de delfines.

—Qué simpáticos son —dije cuando una de las crías se acercó a mí, poniendo su hocico a la altura de mis manos para que lo acariciara.

Gonzalo le pidió al chico que me hiciera una foto y no tardé en verme rodeada de muchas otras crías que también querían una ración de mimos.

—Mi mujer levantando pasiones —rio Gonzalo.

—Sí, sí, ándate con ojo que he visto en el resort un par de hombres que me miraban mucho.

—¿Qué dices? ¿Y dónde estaba yo?

—Fue la otra noche, y estabas cogiendo los cócteles.

—Verás que me veo aquí como Rocky Balboa, a puño limpio —arqueó la ceja.

—No se te ocurra, que si te llevan preso no te saca ni mi padre —reí.

Tras el momento de ternura que me habían regalado esos pequeños delfines, y los grandes también, regresamos al *kayak* para volver al resort donde fuimos a comer en el restaurante y después, dado que ya teníamos los trajes de baño puestos, decidimos pasar la tarde en la playa en plan relax, disfrutando del sol y tomándonos esos cócteles tropicales que estaban buenísimos tumbados en las hamacas.

Eso sí, Gonzalo se pasó todo el tiempo mirando de vez en cuando a nuestro alrededor en busca de, según sus palabras, las miradas lascivas de ese par de babosos que querían conquistar a su mujer.

Anda que no me reí yo por dentro porque le había dado a probar un poco de su propia medicina con esas bromas que él solía hacerme.

No, no había nadie que me hubiera mirado, a menos que yo supiera, porque la verdad que no tenía ojos para otro que no fuera mi atractivo marido.

Acabamos cenando allí en la playa una carne a la brasa que habían preparado y, en un momento de la noche, cogí a mi marido de la mano y lo llevé al agua, donde comencé a besarlo y tocar esa parte que mi cuerpo deseaba tener dentro.

—Me estás poniendo malo, *baby* —dijo dándome un mordisquito en el labio inferior.

—Es lo que quiero, ponerte malito y que me des lo mío, y lo de la pelirroja que no ha dejado de mirarte en todo el día —y eso sí que era verdad, que la había pillado comiéndose a mi marido con los ojos y, cuando él la miraba, aunque no se fijara en ella, la veía sacando pecho y tocándose con lujuria.

—¿Quieres que te haga cositas aquí en el agua? —Arqueó la ceja.

—Que me folles, cariño, quiero que me folles aquí en el agua, vamos a dejar las cosas claras y el chocolate espero.

—Dios, cómo me pones cuando te sale la vena mandona.

Me devoró los labios a conciencia y no dudó en tocarme con sus dedos por dentro de las braguitas del bikini, acariciando el clítoris y penetrándome con fuerza hasta hacer que me estremeciera.

Pero en lugar de dejar que me corriera así, liberó su erección y me penetró con fuerza mientras seguíamos besándonos y gimiendo en nuestras bocas, hasta que llegamos juntos a ese orgasmo que nos dejó sin aliento.

—Pues ya se ha ido la pelirroja —dije mirando hacia la playa.

—Espera, ¿nos ha visto?

^s —Ajá, es lo que quería, que viera que este bombón rubio de ojos azules es mío, y de nadie más.

—No sabía que te iba el exhibicionismo —sonrió de medio lado.

—Y no me va, pero a esa quería dejarle claro que, a mi hombre, no se le puede volver a insinuar.

s

—Vamos a la cabaña, que te voy a dar doble ración de sexo esta noche.

Me eché a reír, pero sí que volvimos a la cabaña y me dio doble y hasta triple ración de sexo antes de caer exhaustos en la cama.

Ese penúltimo día de nuestro viaje lo pasamos en una isla privada a la que nos llevó uno de los empleados del resort en barca.

Había una cabaña acondicionada con todo lo necesario así que nada más llegar decidimos ir a pasear por aquel lugar.

Gonzalo iba en todo momento con el móvil en la mano para hacernos fotos, y debía admitir que salíamos ideales en ellas.

Los dos íbamos con pantalones cortos beige, camiseta de manga corta blanca, gorra y unas botas apropiadas para hacer senderismo, parecíamos dos exploradores.

Vimos algunos pajarillos típicos del lugar que no dudaron en rodearnos y revolotear, momento que Gonzalo dejó grabado en vídeo y quedó precioso con el canto de ellos de fondo.

—Espero que no nos encontremos serpientes o arañas, porque salgo corriendo y te espero en la cabaña —dije cuando nos adentramos un poco más en la zona.

—Pues yo estoy viendo una serpiente ahora mismo que está deseando comerte.

—¿Qué dices? —grité girándome de golpe, y me lo encontré con esa sonrisilla de medio lado y la mano en su entrepierna.

—Que esos shorts que llevas me están poniendo malo, malísimo.

—Y tú en vez de esperarte a volver a la cabaña, me quieres dar aquí lo mío, ¿no?

—Digo, estamos de luna de miel, y también tenemos que disfrutar y aprovechar que no tenemos a la niña.

—Pues mira, razón llevas ahí —susurré mientras me ponía de puntillas y lo besaba con ansia.

Le desabroché los pantalones y no dudé en tocarle, como tampoco en ir arrodillándome despacio sin apartar la mirada de él para acogerlo en mi boca.

Gonzalo gimió con fuerza y lo vi cerrar los ojos para disfrutar de ese momento, y yo me excitaba de verlo.

Poco después me devolvió el favor, apoyándose de espaldas en uno de los árboles y tras quitarme los pantalones y las braguitas, colocó una de mis piernas sobre su hombro y me lamió y penetró con dos dedos hasta llevarme al borde del orgasmo.

Se incorporó, colocó mis manos en el árbol tras girarme y elevó mis caderas para penetrarme así.

Nuestros gritos y chillidos de puro placer resonaron en toda la isla mientras nos entregábamos a ese momento placentero y salvaje.

—Joder, qué gustazo cariño —dijo cuando nos corrimos y volvimos a devorarnos a besos.

Regresamos a la cabaña de esa isla tras unos minutos más de paseo y preparamos una carne a la brasa para comer antes de darnos un baño completamente desnudos en la playa y volver a retozar como dos animales en la arena de aquel rincón.

Regresamos ya de noche al resort, nos dimos una ducha y nos metimos en la cama, donde no pudimos evitar volver a tocarnos y comernos vivos porque éramos como dos imanes, atrayéndonos en todo momento el uno al otro.

—Último día en el paraíso, cariño —me dijo cuando salió de la cabaña esa mañana, encontrándome en el porche tomándome un café.

—Sí, y me da penita —sonreí recibéndolo para darme un beso en los labios.

—Pues que no te dé, porque este no va a ser el único viaje que hagamos solos, y tampoco el de Disney fue el único que hicimos con nuestra peque —me cogió por la cintura para sentarme en sus piernas cuando se acomodó en la silla—. Iremos a otros sitios con ella, para vivir en familia unos días especiales, y solos, para follar como animales.

—En serio, es que eres único —reí—. Te estaba quedando todo tan tierno y vas y saltas con esa burrada.

—Qué le voy a hacer, si mi mujer me pone así de burro. Mira, ahora mismo, te tumbaba en la mesa y...

—Pues hazlo, no te cortes, desayúname con todo lo que quieras ponerme en el cuerpo.

—Uf, mira que como me dejes, no salimos de la cabaña en todo el día.

—Pues no salimos, ¿qué problema hay? Ya hemos visto y hecho muchas cosas, hoy lo tomamos de relax y descansamos antes del viaje.

—Y follamos —arqueó la ceja

—Estamos tardando —reí.

Y sí, aquel último día de viaje no salimos de allí.

—Qué le voy a hacer, si mi mujer me pone así de burro. Mira, ahora mismo, te tumbaba en la mesa y...

—Pues hazlo, no te cortes, desayúname con todo lo que quieras ponerme en el cuerpo.

—Uf, mira que como me dejes, no salimos de la cabaña en todo el día.

—Pues no salimos, ¿qué problema hay? Ya hemos visto y hecho muchas cosas, hoy lo tomamos de relax y descansamos antes del viaje.

—Y follamos —arqueó la ceja

—Estamos tardando —reí.

Y sí, aquel último día de viaje no salimos de allí.

Epílogo



Cinco años después...

Los días compartidos con Gonzalo desde que nos casamos, habían sido tal como prometió en sus votos aquel día.

No nos habían faltado las risas y tampoco ese amor y cariño que los dos sentíamos por el otro, y a mi hija la quería con locura.

Como ella decía, siempre sería su tato, pero que tenía dos papás y estaba orgullosa de ambos.

Paula ya tenía casi trece años y seguía siendo una niña de lo más buena y responsable con los estudios, esos que nos hacía sentir a todos súper orgullosos de ella.

Aún era una niña para saber qué quería ser de mayor, y ya no solo tenía la posibilidad de elegir entre seguir los pasos de su padre, los míos o estudiar cualquier otra cosa que le gustara y llamara su atención, sino que también le gustaba mucho el tema del periodismo.

Fuera lo que fuese aquello que escogiese hacer, tenía el apoyo de todos los que la amábamos con locura.

Y no solo a ella, sino también a nuestro hijo Aitor, que ya tenía cuatro años, y es que nos quedamos embarazados al poquito de volver de la luna de miel. Se ve que vinimos de lo más relajados y fértiles, como dijo mi suegra, quien en cuanto supo que iba a ser abuela le dijo a mi hija que los Reyes nos mandaban ya el regalito.

El niño era un amor, igualito que su padre físicamente y, además, para desgracia mía también había heredado el sentido del humor de Gonzalo y su abuela Carmen. Qué cruz tenía yo en la casa cuando mi marido y nuestros hijos se aliaban para montarme una de las suyas, qué cruz.

Desde luego que como le dije a él en su momento, tenía yo más paciencia que el Santo Job.

Pero estaba feliz, muy feliz de la bonita familia que habíamos construido en este tiempo.

Mi padre y Carmen seguían juntos, ella se mudó a vivir a la casa de él y la suya la alquiló de modo que el dinero de cada mes lo metía en una cuenta que dijo que sería para el futuro de Paula y Aitor.

No se casaron porque decían que así estaban bien, que no necesitaban ningún papel que les dijera que eran marido y mujer, pues así se consideraban y se presentaban ante el mundo.

Y como abuelos eran los mejores, de eso no había duda ninguna, pues muchos fines de semana se quedaban a los peques para que nosotros pudiéramos descansar un poco de esa vida de padres que nos tenía entre desayunos, comidas, cenas y deberes a diario.

Yo seguía trabajando en el bufete de mi padre, ese que pronto y en cuanto él se retirara, pasaría a ser mío, y Gonzalo trabajaba desde casa en sus artículos de modo que él se encargaba de los niños cuando yo no podía ir al cole o me retrasaba para la hora de la comida.

También teníamos mucha ayuda de los abuelos, como decía, y es que más de una vez Carmen preparaba comida para todos y allí que iba yo después de un juicio que me llevaba más tiempo del previsto.

Jesús y Laura también se casaron, lo hicieron tras dos años de relación y en una boda en primavera preciosa, por suerte fue un día de lo más bonito y soleado y no les llovió ni un poquito.

Nueve meses después nació su pequeña Julia, una niña encantadora a quien Paula quería tanto como a su hermano Aitor.

En alguna ocasión por una reunión con compañeros de trabajo nos habían pedido si podíamos quedarnos con ella, y no dudábamos en traerla a casa. Era una peque muy buena y siempre andaba corriendo por la casa detrás de Paula y Aitor.

Estaba en el sofá repasando todo para el juicio que tenía por la mañana cuando me sonó el móvil y vi que era el número de Gonzalo, había salido al centro comercial con los niños para que yo pudiera trabajar como en otras ocasiones.

—¿Es el padre o alguno de los hijos? —pregunté, pues no sería la primera vez que uno de los dos le decía que me llamara para pedirme algo.

—Soy Paula —contestó mi hija riendo.

—A ver, ¿qué vas, o vais a pedir esta vez? —me acomodé con un suspiro en el sofá con la cabeza apoyada en el respaldo.

o —Oye, que vamos a evitarte pringar en la cocina para la cena.

—¿Es esa manera de hablarle a tu madre, jovencita? —protesté.

—Perdón, perdón. Lo que quería decir es que, ya que has pasado la tarde trabajando, para que no tengas que meterte en la cocina a hacernos cena, pues hemos pensado en comprar algo para llevar.

—Eso me suena perfecto. ¿Qué vais a traer?

—Espera que pongo el manos libres, que ahí estamos en negociaciones porque no nos decidimos.

—O sea, que me toca a mí el voto decisivo, ya veo.

a —Qué lista eres, mamá —rio—. Vale, te escuchamos todos.

—¡Hola, mami! —gritó Aitor.

r —Pero no saludes con la mano que no te puede ver, enano —le dijo Paula.

—¿No me ves, mami?

—No mi vida, estás en llamada normal, no en videollamada.

e —Vale, pues cuelga.

—¡No! —escuché que gritaron Gonzalo y Paula.

No tardó en sonar de nuevo con una videollamada, y al descolgar, vi a Aitor saludando con su manita.

—¡Mami!

—Hola, mi niño.

—Vale, quita, enano —dijo Paula, haciéndolo a un lado—. Elije. Compramos pizza, hamburguesas o comida china —me propuso.

Y eso tenía trampa y de las grandes porque, si elegía pizza o hamburguesas, uno de mis hijos no estaría contento, y solía ser el pequeño que prefería hamburguesas porque en el menú infantil siempre venía un muñequito.

—Y digo yo, ¿y si traéis una pizza familiar y además un menú pequeño de hamburguesa para cada uno? —contesté, y Gonzalo sonrió en el fondo porque sabía que me gustaba ser equitativa con nuestros hijos.

—Mami tiene razón, así tú comes pizza y yo, tengo mi muñeco —dijo Aitor.

—Qué listo eres, enano, que al final te sales con la tuya —sonrió ella, dándole un abrazo—. Veo que mis enseñanzas han dado sus frutos.

—Espera, ¿qué has dicho? —Arqué la ceja.

—Hala, ya os ha pillado —rio Gonzalo.

—Uy —Paula agachó la cabeza y me eché a reír.

Anda que no sabían nada esos dos, y lo peor es que ya estaba empezando a enseñar a su hermana Julia esas mismas cosas para hacerle a su padre.

—Entonces, una pizza familiar, tres menús y el infantil de hamburguesas, ¿no? —preguntó Gonzalo.

—Sí, ¿venís ya entonces? —dije mientras recogía el portátil.

—En media hora como mucho nos tienes en casa. ¿Has terminado todo el trabajo, cariño?

—Sí, he repasado lo del juicio de mañana, voy a darme una ducha en lo que venís, ¿vale?

—Perfecto, nos vemos en breve.

—Vale.

—Te amo, no lo olvides nunca.

1 —No se me olvida, no —sonreí, y no se me olvidaría jamás porque yo le amaba igual.

Y sí, tal como le dije me tatué la frase que me dijo aquel diciembre en el que empezamos esta locura que ahora llamamos amor, porque además de ser un matrimonio de lo más feliz, éramos amigos con derecho a Navidad.

Él también se lo tatuó y además añadimos un par de copos de nieve pequeños juntos a esa frase que nos acompañaría el resto de nuestra vida.

Mientras me daba una ducha antes de ponerme el pijama recordé todo lo que habíamos vivido en estos años como marido y mujer, las risas y las alegrías compartidas al igual que las penas, aunque esas fueron mucho menos frecuentes porque mi marido no dejaba que me derrumbara ni entristeciera nunca.

Y lo mejor de todos estos años, y los que aún estaban por venir, era nuestra frase, esa que nos habíamos tatuado para acordarnos cada época navideña que siempre, pasara lo que pasara, seríamos amigos con derecho a Navidad.

—No se me olvida, no —sonreí, y no se me olvidaría jamás porque yo le amaba igual.

Y sí, tal como le dije me tatué la frase que me dijo aquel diciembre en el que empezamos esta locura que ahora llamamos amor, porque además de ser un matrimonio de lo más feliz, éramos amigos con derecho a Navidad.

Él también se lo tatuó y además añadimos un par de copos de nieve pequeños juntos a esa frase que nos acompañaría el resto de nuestra vida.

Mientras me daba una ducha antes de ponerme el pijama recordé todo lo que habíamos vivido en estos años como marido y mujer, las risas y las alegrías compartidas al igual que las penas, aunque esas fueron mucho menos frecuentes porque mi marido no dejaba que me derrumbara ni entristeciera nunca.

Y lo mejor de todos estos años, y los que aún estaban por venir, era nuestra frase, esa que nos habíamos tatuado para acordarnos cada época navideña que siempre, pasara lo que pasara, seríamos amigos con derecho a Navidad.

Nuestras redes sociales:

Facebook: [Hugo Sanz](#)

Instagram: @hugosanz.autor

Amazon: relinks.me/HugoSanz

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu

Nuestras redes sociales:

Facebook: [Hugo Sanz](#)

Instagram: @hugosanz.autor

Amazon: relinks.me/HugoSanz

Facebook: [Sarah Rusell](#)

Instagram: @sarah_rusell_autora

Página de autora: relinks.me/SarahRusell

Twitter: @ChicasTribu